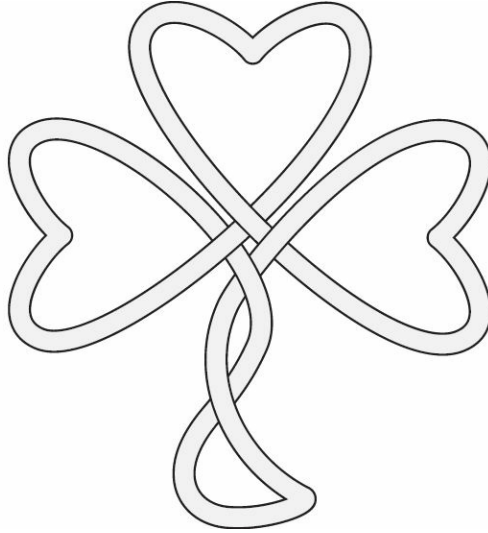




EMMA G. FRASER

LA
MIRADA
DEL
HIGHLANDER
GUERRERAS 1

LA
MIRADA
DEL
HIGHLANDER
GUERRERAS 1



EMMA G. FRASER

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: La mirada del highlander.

©Emma G. Fraser, 2019.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos.

PRÓLOGO

14 de noviembre de 1650

Aquel día de noviembre había amanecido lluvioso. El invierno se aproximaba y pronto no podría cabalgar a ese lugar tan especial en el que siempre se veía con el que consideraba que era su gran amigo del alma, aunque en su joven corazón tenía ciertos sentimientos a los que aún no había podido ponerles nombre debido a que jamás nadie le había explicado qué era amar de verdad.

El viento rozando sus rosadas mejillas hacía que Sheena MacLeod, única hija del jefe del clan MacLeod del norte de Escocia, cerrara los ojos y disfrutara de la humedad que arrastraba la fina llovizna. La joven cabalgaba a toda prisa hacia otra de sus innumerables citas que tenía con el que era su amigo desde la infancia: Alasdair Mackay. Este era hijo de Ian Mackay, gran enemigo de Arthur, padre de Sheena, desde hacía muchísimos años. Sin embargo, hubo un tiempo en el que ambos padres eran íntimos amigos, pero un malentendido entre ellos provocó que la amistad que los unía desde que eran pequeños desapareciera y diera paso a un intenso rencor que duraba ya gran parte de la vida de ambos. No obstante, ambos jóvenes habían coincidido en innumerables ocasiones y habían forjado una amistad tan fuerte que ni siquiera el yugo de sus padres era capaz de romper.

Desde hacía varios años, Sheena y Alasdair se veían a escondidas de sus respectivas familias a orillas de una pequeña charca a medio camino de las casas de ambos. Por eso, aquel día de comienzos de noviembre Sheena se había preparado para acudir al encuentro de Alasdair. Su pelo siempre suelto y rebelde como ella ondeaba con el intenso viento y comenzaba a humedecerse con la lluvia. Sin embargo, no le importaba. A pesar de que las instructoras que su padre había puesto a su cargo habían intentado hacer de ella una joven fina y educada que dedicara su vida a la labor y a tener hijos como todas y cada una de las chicas con las que se había cruzado, Sheena había forjado su propio futuro y siempre había tomado las decisiones que le dictaba su joven corazón. Era una rebelde por naturaleza, y el hecho de haber crecido sin una madre que sirviera como referente de educación y buenos modales había provocado que la joven fijara sus ojos en su padre. Por ello, desde muy pequeña había mostrado interés por las espadas y el arte de la lucha, ya que desde su habitación siempre había visto a su padre entrenar en el patio junto a sus hombres. Siempre se sentaba al lado de su padre para que este le contara historias de sus incontables aventuras desde que era apenas un adolescente, y Sheena soñaba con ser algún día una buena guerrera como él.

Con el paso del tiempo, la joven había aprendido a manejar la espada como cualquier otro hombre del clan, aunque una de sus grandes habilidades era el manejo del arco, pues poseía una puntería que era envidiada por todo el clan.

Sheena sonrió cuando espoleó al caballo para que este fuera más deprisa. Le encantaba sentir la libertad que le proporcionaba el animal cuando este aumentaba la velocidad. Le quedaba tan solo media milla para llegar al lugar de encuentro, y a medida que se acercaba sentía que este se encontraba cada vez más lejos de ella. No entendía el motivo de su nerviosismo. Disfrutaba de la compañía de Alasdair y siempre se le encogía el corazón cuando llegaba el momento de la despedida.

Su corazón se aceleró cuando divisó la charca y a sus oídos llegó el sonido del agua cayendo por la pequeña cascada. Su sonrisa se ensanchó aún más e intentó disfrutar del increíble paisaje que había a su alrededor. Un manto de color verde se extendía bajo los pies del caballo y cuyo fin le era

desconocido. La arboleda que la rodeaba se alzaba sobre sus hombros impidiendo que la poca luz del día penetrara entre las hojas y le iluminara el camino hacia su deseado destino. El canto de los pájaros la acompañaba y parecía haberse contagiado del entusiasmo de la joven y le daba la bienvenida como otras tantas veces desde hacía varios años.

Cuando tan solo quedaban unos metros para llegar a las rocas que bordeaban la charca, Sheena bajó del caballo y decidió recorrer el trecho a pie, disfrutando de la soledad del momento. La joven se aproximó a uno de los árboles, amarró fuertemente al caballo y después se aproximó al agua para disfrutar del sonido que desprendía la cascada mientras esperaba impacientemente la llegada de Alasdair.

Sabía que esa sería una de las últimas visitas a ese lugar antes del comienzo del invierno, que traería consigo intensas lluvias y nevadas que harían prácticamente imposible una visita a ese precioso lugar. Por ese motivo, y sin saber aún por qué, había dedicado más tiempo esa mañana a acicalarse para el encuentro.

Sheena se arrodilló en una de las piedras que sobresalían del agua y acercó su rostro al agua para ver su reflejo en ella. Deseaba saber que todo estaba en su sitio antes de la llegada de Alasdair, sin embargo, su reflejo le devolvió la misma visión de siempre: su pelo castaño y ondulado se mostraba encrespado por la humedad que la lluvia había traído consigo. Su rostro ovalado y fino aparentaba una calma que en realidad no sentía en ese momento. Y la ropa se había humedecido y descolocado con la intensa cabalgata a la que había sometido al caballo.

Sheena se paró unos segundos para mirar detenidamente su rostro. Su padre siempre había mostrado admiración por su belleza, indicándole que la había heredado de su fallecida madre, que había muerto en el parto de la joven. Desde muy pequeña, los niños que vivían en los alrededores del castillo habían mostrado su interés por ella, sin embargo, Sheena nunca había entendido esa fascinación que sentían hacia ella, ya que la joven no era capaz de reconocer la belleza de su rostro, que se había intensificado cuando llegó a la adolescencia. Por eso, a sus escasos dieciséis años aún no se había dedicado a mirarse detenidamente para averiguar qué tenía su rostro de especial. Y menos aún comprendía por qué había elegido precisamente ese momento para admirarse.

Sus ojos eran de un intenso color aguamarina, poco común entre las mujeres que ella conocía. Sobre sus labios gruesos y rosados asomaba una nariz pequeña y chata que estaba plagada de numerosas pecas, al igual que en sus pálidas mejillas, que en ese momento estaban rosadas por el frío. Su cuello era delgado y largo y se escondía entre los ropajes que había elegido para la ocasión: un ceñido corpiño de color verde con un bordado plateado de flores y un pantalón de lana con los colores típicos del clan MacLeod. Se arrepintió de no haberse puesto una de las faldas que guardaba desde hacía tiempo en el fondo del arcón de su dormitorio, aunque ella siempre había preferido usar para montar a caballo un pantalón, ya que le resultaba más cómodo. Sonrió al recordar los gritos de sus cuidadoras cuando la veían lucir esos pantalones que ellas consideraban de hombres.

Pasados unos minutos, Sheena se incorporó y decidió sentarse a la orilla de la charca a esperar. Estaba segura de que Alasdair no tardaría en llegar, por lo que, tras un suspiro, se sentó en una de las piedras que bordeaban el agua y se dedicó a observar con detenimiento la caída de la cascada. Desde que había descubierto aquel lugar tan especial se sentía enamorada de él. No era una cascada fácil de encontrar para quienes atravesaban el bosque, y siempre se había sentido segura y protegida de miradas indiscretas que pudieran descubrir su amistad con el que debía ser su enemigo.

No podía ni quería imaginar lo que diría su padre si en algún momento de su vida descubría su

amistad con el hijo de su peor enemigo. Sheena había crecido escuchando barbaridades del clan Mackay, especialmente de Ian, su jefe y padre de Alasdair. Sin embargo, estaba completamente segura de que el joven al que aguardaba con insistencia era diferente de lo que su padre contaba de Ian. Siempre había mostrado respeto hacia ella y la había tratado como a un igual, tan igual que a veces pensaba que la veía como a una hermana a pesar de que ella se ponía nerviosa cada vez que se aproximaba el momento de verlo.

Sheena frunció el ceño ante ese pensamiento. ¿Qué sentía realmente por Alasdair? Durante unos segundos, la imagen del joven apareció en su mente. Siempre lo había considerado un chico muy atractivo, con el rostro demasiado varonil para tener tan solo diecisiete años. Además, debido al entrenamiento al que era sometido, sus músculos comenzaban a asomar entre la tela de sus ropajes e incitaban a Sheena a desear tocarlos por encima de cualquier otra cosa.

Se preguntó si aquellos pensamientos eran cercanos al amor o simplemente era una joven demasiado desvergonzada que únicamente deseaba retozar con él sobre la hierba que rodeaba aquel lugar tan bonito.

Tragó saliva e inspiró profundamente. Quería que el calor de su cuerpo, que había subido repentinamente al acordarse de los músculos de Alasdair, bajara antes de que el joven apareciera ante ella. Volvió a respirar hondo cuando los latidos de su corazón se calmaron y se inclinó ligeramente sobre la roca sobre la que estaba sentada para tocar el agua fresca de la charca y así ayudar a su cuerpo a recuperarse.

Sin embargo, cuando estaba a punto de tocar el agua con su mano derecha, sintió sobre su cuello el cortante filo de una espada. Su corazón comenzó a latir de nuevo con fuerza. Cerró los ojos un instante para intentar calmarse y pensar con rapidez la manera de salir de esa situación sin un solo rasguño. Se maldijo a sí misma en silencio por haberse dejado llevar por la tranquilidad que le inspiraba aquel lugar y no haber estado atenta a los sonidos de su alrededor.

No obstante, una voz potente y varonil le habló antes de que pudiera dar la orden de moverse a sus paralizados músculos.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Sheena sintió el filo de la espada intentando clavarse en su piel—. Una joven como vos no debería estar sola en medio del bosque.

Sheena apretó los labios con fuerza. Nunca le había gustado que, por ser mujer, la trataran como una persona débil que no era capaz de defenderse y cabalgar sola por donde quisiera.

—Podría cruzarse con algún malhechor que le haga daño a esos preciosos rasgos, señorita.

Sheena se levantó lentamente cuando sintió que la espada dejó de ejercer tanta presión sobre su cuello.

—Y usted, señor, no debería subestimar el poder de una mujer —dijo la joven antes de agarrar con fuerza la empuñadura de la daga que escondía entre su corpiño y girarse rápidamente al tiempo que se alejaba del filo de la espada de su atacante.

Con una gran habilidad y seguridad se lanzó contra su asaltante, aunque este era tan hábil como ella en la lucha.

—Una mujer no debería usar una daga como esa, señorita —dijo él con una sonrisa pícaro en los labios—, podría lastimarse.

—Serás... —La joven no fue capaz de terminar.

Sheena se lanzó hacia él con todo su cuerpo. Intentando derribarlo de cualquier manera sobre la hierba y vencerlo. Sin embargo, en ese momento olvidó lo que su padre siempre le había enseñado a

sus hombres y que ella había escuchado escondida entre los portones del castillo: “Jamás peleéis con el corazón, sino con la cabeza. Si os ciega la pasión, jamás venceréis”. Sheena odiaba desde pequeña que todo el mundo la tratara como una niña indefensa incapaz de luchar y hacer frente a quien se le pusiera por delante, por eso, en ese momento se cegó al escuchar las palabras del joven y solo pensó en vencer como fuera. Sin embargo, no midió la fuerza de los increíbles músculos de los brazos de su asaltante y, finalmente, la joven acabó tirada sobre la hierba con el cuerpo de su atacante sobre ella intentando sujetar sus brazos por encima de los hombros.

—¡Suéltame! —gritó Sheena.

El joven que había sobre ella sonrió de lado y su rostro resplandeció de belleza ante ella, que fue incapaz de volver a pegarle. Sus intentos por escapar cesaron de golpe y solo pudo mirar fijamente a Alasdair, cuya sonrisa se ensanchó al ver que la joven se daba por vencida.

—Luchas como ninguna otra mujer que haya conocido, pero si no mides tu furia, tu oponente te vencerá —le dijo antes de aproximar su rostro al de la joven a tan solo unos centímetros de su boca.

Sheena sintió como si el rayo de una tormenta la atravesara de arriba abajo. Creyó que Alasdair iba a besarla, sin embargo, se dedicó a observarla con detenimiento.

—Sabes que no me gustan tus bromas sobre mi condición de mujer —contestó la joven con la voz casi cortada—. Soy tan buena en la lucha como cualquier otro hombre.

Alasdair sonrió de nuevo y acortó la distancia entre ambos para darle un beso en la frente, como otras muchas veces. Sheena se sintió descolocada y decepcionada. Cada vez que Alasdair le besaba la frente deseaba que fueran sus labios los que sintieran la calidez de los del joven. Y en su interior, ese día sintió un pinchazo de pena y rabia.

Alasdair le tendió la mano para ayudarla a levantarse. No obstante, Sheena la rechazó y se puso de pie ella sola mientras miraba detenidamente al joven. Ese día lo veía realmente atractivo. Su pelo rubio iba recogido en una coleta baja, lo cual dejaba más al descubierto su atractivo rostro. Sus impresionantes y vivos ojos azules destilaban felicidad y picaresca. Su nariz era recta. Sus labios estaban ligeramente curvados hacia la derecha en una sonrisa más que atrayente. Parte de su rostro estaba poblado de una barba de varios días, lo cual le transfería una imagen aún más varonil y adulta.

Sheena recorrió con sus ojos la curvatura de su grueso cuello al tiempo que sus pensamientos divagaban y deseaban encarecidamente besarlo. Y sus brazos...

—¿Qué pasa? —La voz de Alasdair interrumpió lo que estaba a punto de pensar—. ¿Puedo saber qué piensas?

Sheena carraspeó y lo miró con rostro sorprendido. No era consciente de que el joven la estaba mirando mientras ella lo observaba con detenimiento. Un ligero rubor apareció por sus mejillas al verse descubierta. Desvió la mirada con incomodidad hacia el agua que caía de la cascada y se alejó de él lentamente.

—Nada. No es nada importante —dijo en apenas un susurro.

—Lo es porque te ha cambiado el gesto. ¿Tu padre de nuevo?

Sheena negó con la cabeza en silencio. Alasdair sabía todo lo referente a la relación con su padre y a su incansable prohibición de recorrer las tierras del clan ella sola sin ningún tipo de protección.

—Dentro de poco llegará el invierno y tendremos que recluirnos de nuevo antes de que llegue el buen tiempo, Alasdair.

—Estos meses pasarán pronto —intentó animarla—. Si quieres, puedo escribirte todas las semanas.

La joven negó con la cabeza. Estaba segura de que al final alguien del clan descubriría su amistad con él, y no deseaba tener que enfrentarse a su padre por ese motivo. Además, estaba segura de que acabaría recluida en el castillo y sin posibilidad de volver a verlo.

—Será mejor dejarlo como está. —Suspiró—. Aunque, de todas formas, mi padre está tan centrado en proteger las joyas familiares que seguramente no se daría ni cuenta de mi presencia o ausencia.

Alasdair frunció el ceño y esbozó una ligera sonrisa.

—¿Las joyas? ¿A qué refieres? —le preguntó con auténtico interés.

—Mi padre tiene la certeza de que algún enemigo del clan quiere robar las joyas de sus antepasados. Tienen un gran valor sentimental, y no solo eso, sino que en el mercado tendrían un valor incalculable. Al parecer, uno de sus informadores le dijo que un clan estaba interesado en ellas y, al no querer venderlas, teme que las roben.

—¿Y por eso las quiere proteger?

—Sí —contestó Sheena inocentemente—. Las ha llevado a la casa que perteneció a sus antepasados, cerca de la costa.

—Bueno, si está centrado en eso, al menos te deja libertad de movimientos.

Sheena asintió y después le dedicó una sonrisa a Alasdair. Sin embargo, no era la única que sonreía en ese momento en aquel lugar, pues cerca de ellos, y con cuidado de no ser visto por los jóvenes, una sombra protegida con una capa negra había escuchado toda la conversación, tal y como hacía todas las semanas desde hacía meses para intentar averiguar lo que la joven acababa de revelar sin darse cuenta.

Con cuidado de no hacer ruido, el hombre se retiró lentamente de ese lugar y dejó a los jóvenes solos. Por fin había obtenido lo que deseaba y se relamió al saber que su padre le daría la recompensa que le había prometido tiempo atrás si averiguaba dónde escondían las joyas que tanto deseaban...

Una semana después, Sheena se despertó de nuevo impaciente al saber que volvería a ver a Alasdair. Su último encuentro había resultado demasiado corto para su gusto, pues la lluvia comenzó a ser intensa y tuvieron que despedirse con la promesa de volver a verse la próxima semana antes de despedirse definitivamente con la llegada de un intenso frío que ya comenzaba a notarse día tras día.

La joven se acicaló como siempre, deseando llamar la atención de Alasdair para que este la viera como la mujer en la que se estaba convirtiendo. Por ello, se engalanó con uno de sus mejores vestidos. Jamás le había gustado montar a caballo con vestido, pues la tela del mismo se le enredaba en las piernas y le resultaba más complicado manejar las riendas del caballo. No obstante, la joven consideraba que aquella era una buena ocasión para presentarse ante Alasdair con uno de sus mejores galas.

La austera decoración de su dormitorio le dio los buenos días cuando retiró las sábanas de su cuerpo para desprenderse del blanco camisón.

Sheena abrió el arcón que reposaba a los pies de su inmensa cama con dosel y rebuscó entre sus ropajes hasta encontrar el que deseaba. Se trataba de un vestido de terciopelo verde y ribete plateado que le quedaba tan ajustado que marcaba las atractivas curvas de su cuerpo, además de resaltar el volumen de sus pechos con un corpiño en el que habían labrado con gran habilidad el escudo del clan MacLeod. Las mangas del vestido se abrían acampanadas en el antebrazo, y en el borde de la tela habían bordado un precioso cardo escocés.

Sheena miró su reflejo en el espejo que había al lado de la puerta cuando terminó de vestirse y sonrió. Esperaba que Alasdair mirara más allá de ella y por fin lograra un beso suyo en los labios. La joven se puso nerviosa al pensar en cómo sería su encuentro e intentó calmar esos nervios buscando la daga que siempre la acompañaba cada vez que se alejaba de los alrededores del castillo.

Cuando por fin estuvo lista, se encaminó hacia la puerta de su alcoba, y solo entonces fue consciente del ajeteo del castillo. Se había levantado tan metida en sus propios pensamientos que no había sido capaz de escuchar lo que ocurría fuera de los muros de su alcoba.

La joven frunció el ceño y salió deprisa para ver qué ocurría. Echó un vistazo alrededor del oscuro pasillo, iluminado únicamente con un par de antorchas. Desde la puerta de su dormitorio logró escuchar la voz de su padre dando órdenes a diestro y siniestro mientras que todos sus hombres comenzaban a formarse en el patio del enorme castillo. Sheena bajó tan deprisa las escaleras de piedra que estuvo a punto de trastabillar y caer escaleras abajo. Por un momento pensó que estaban siendo atacados por algún clan enemigo, pero la realidad le golpeó aún más fuerte que aquello cuando habló con su progenitor.

Cuando su padre la vio bajar las escaleras, la esperó al pie de las mismas para después agarrarla del brazo y llevarla a un lugar apartado del resto de sirvientes y hombres armados del clan que esperaban nerviosos junto a la puerta del castillo. El rostro preocupado de Arthur le indicó que nada bueno iba a escuchar de sus labios.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó asustada la joven.

—Sheena, ¿tú le has contado a alguien que nos hemos llevado las joyas fuera de este castillo?

El corazón de la joven comenzó a latir más deprisa de lo que ya lo hacía. Un intenso nudo le atenazó la garganta al tiempo que las piernas comenzaron a temblarle sin parar. Observó el rostro de su padre durante unos segundos que le parecieron eternos mientras pensaba con rapidez una respuesta.

Arthur MacLeod siempre había sido un hombre robusto y alto, aunque en los últimos meses su salud se había visto afectada y aparentaba más años de los que en realidad tenía. A pesar de su mala salud, conservaba parte de la belleza que lo había caracterizado de joven y que atraía la mirada de todas las jóvenes del clan. Su pelo canoso aún conservaba zonas en las que podía verse el pelo castaño que lo había acompañado durante tantos años. Y sus ojos marrones estaban desorbitados debido a la preocupación por las joyas de sus antepasados que durante media vida había protegido de interesados que lo único que pretendían era robarlas.

Ese día, Arthur parecía haber envejecido veinte años y en su mente solo estaba la preocupación por el paradero de su herencia.

—¡Hija! —Arthur llamó a voces la atención de Sheena, que parpadeó para volver de nuevo al temido momento de dar una respuesta que fuera creíble a su padre.

—Lo siento, padre. Nunca he hablado con nadie de sus joyas, ni mucho menos contado el lugar donde las resguardaba.

Arthur le soltó el brazo decepcionado. Por un momento, tuvo la esperanza de que su hija le diera un nombre al que poder agarrarse para ir en busca de sus bienes más preciados, ya que eran demasiados clanes con los que se había enemistado a lo largo de los años y no podía declararles la guerra a todos.

—No pasa nada, hija —dijo con un hilo de voz.

—¿Puedo ayudar en algo, padre? —se ofreció la joven—. Puedo acompañaros. Sabe que monto a caballo mejor que muchos de sus hombr...

—¡Ni hablar! —gritó Arthur llamando la atención de los sirvientes que había a su alrededor—. Ya he perdido las joyas de mis antepasados. No pienso perderte a ti también.

—Pero, padre...

—¡No hay más que hablar, Sheena! —dijo su padre antes de volverse de nuevo hacia sus hombres y prepararse para cabalgar—. Quédate aquí, hija, no quiero que hoy salgas fuera de estos muros.

—Pero...

—¡Obedece!

Sheena apretó los puños con fuerza. El nudo de su garganta se hizo más grande y estuvo a punto de dejar caer las lágrimas que la atenazaban allí en medio del hall del castillo. Pero no deseaba llorar solo por la pérdida de las joyas o por la orden expresa de su padre de no acompañarlos, sino porque dentro de su corazón sentía la intensa puñalada que le había dado la única persona del mundo en la que confiaba: Alasdair. Solo él sabía el paradero de las joyas, ya que la semana anterior le había contado la historia de las mismas al joven. No había hablado del tema con nadie más, por lo que no podía haber otro culpable. Durante unos segundos, estuvo a punto de decirle la verdad a su padre para que le declararan la guerra al clan Mackay y vengarse así de Alasdair. Sin embargo, prefería tomarse la justicia por su mano y acudir a la cita semanal con el joven Mackay para hacerle saber que a Sheena MacLeod nadie la traicionaba...

Tras cambiarse de ropa y ponerse unos cómodos pantalones para montar, Sheena se dirigió silenciosa hacia las caballerizas de su padre para ensillar su caballo. Tuvo que esperar alrededor de una hora para que su padre y sus hombres abandonaran el castillo en busca de alguien que pudiera darles alguna pista. Una larga hora en la que por su mente atravesaron todo tipo de pensamientos y dudas sobre si lo que estaba pasando era real o fruto de su imaginación.

No obstante, todo era muy real, incluso el dolor que le atenazaba el pecho, allí donde sentía la puñalada de Alasdair. No quería darle la razón a su padre después de todos los años en los que escuchó que los Mackay eran unos traidores. No quería creerlo antes, pero después de lo sucedido llegó a la conclusión de que Alasdair era tan traicionero como su padre.

Con las lágrimas cayendo por sus mejillas, Sheena montó su caballo, lo espoleó con toda la rabia que sentía dentro de ella y que crecía por momentos. Y sin importarle que los sirvientes la vieran marchar, la joven salió de los muros del castillo en dirección opuesta a su padre, hacia el norte, deseando llegar lo antes posible a la charca que tan preciosa le había parecido en los últimos años y que ahora lo veía como un lugar que debía ser olvidado cuanto antes.

La joven cabalgaba a toda prisa. Espoleaba a su caballo como nunca, a pesar de que las lágrimas le impedían ver con claridad por dónde iba. Sin embargo, el animal parecía saber a dónde se dirigía su dueña. Las millas que separaban el castillo de la charca parecían haber aumentado, pues por un momento pensó que no llegaría jamás. Cuando por fin se adentró en los límites del bosque, no disminuyó la velocidad a la que se acercaba a su destino. Las ramas de los árboles se enganchaban en sus ropajes y le arañaban la cara, aunque la joven apenas era capaz de sentir algo que no fuera la rabia por la traición de Alasdair.

Tras unos minutos en los que los latidos de su corazón se intensificaron aún más, Sheena divisó por fin la charca y descubrió que Alasdair ya se encontraba allí esperándola. Cuando el joven escuchó el trote del caballo, se dio la vuelta y le dedicó una de sus mejores sonrisas sin saber que

una tormenta se avecinaba.

Al ver la sonrisa de Alasdair, Sheena no pudo evitar aumentar su enfado, ya que creyó que lo único que pretendía era burlarse de su traición hacia ella.

Cuando llegó a la altura del joven, Sheena frenó el caballo en seco y se bajó para aproximarse a él sin tan siquiera atar al animal a algún árbol.

Alasdair llevaba un rato esperándola y estaba impaciente por que la joven llegara. Por eso, le sonrió cuando la vio llegar a lo lejos. Sin embargo, cuando leyó el enfado en su rostro, frunció el ceño extrañado y abrió la boca para preguntar el motivo de esa cara:

—¡Sheena! ¿Qué te ocurr...?

Sin embargo, Alasdair no pudo terminar la pregunta. La joven lo saludó con un puñetazo en el rostro. Tal era la furia que la joven sentía que logró partirle el labio a quien había sido su amigo durante tantos años.

—¡Eres un maldito traicionero como tu padre! —vociferó Sheena con lágrimas en los ojos.

La joven las apartó de sus mejillas con rabia, ya que no quería que Alasdair la viera llorar por su traición. No deseaba mostrar su sentimiento de tristeza ante él, pero era tanto el dolor que sentía por dentro que no podía frenar las incontables lágrimas que escapaban de sus ojos.

—¡Pero qué dices, Sheena! —ladró Alasdair llevándose la mano hacia el labio para intentar frenar la sangre que manaba de él.

—¡Le has contado a tu padre lo de las joyas de mi familia! —contestó Sheena levantando de nuevo su puño hacia su interlocutor.

No obstante, Alasdair, que ya se esperaba el ataque, fue más rápido y logró apartarse, logrando esquivar el golpe. Con rapidez, agarró el brazo de la joven y, por la espalda, la puso contra él para intentar tranquilizarla y hablar para aclarar las cosas.

—No sé a qué te refieres —dijo apretándola contra él con más fuerza, ya que la joven se retorció con fiereza para soltarse de su amarre—. ¿Por qué habría yo de contar el secreto de tu padre?

Sheena lo pateó como respuesta, pero, al no conseguir nada, vociferó:

—¿De verdad me lo preguntas? Tu padre siempre ha odiado al mío, así que no me vengas con esa pregunta, maldito Mackay.

Alasdair torció el gesto cuando escuchó el impropio de la joven y decidió soltarla. La miró con dolor cuando se dio la vuelta y lo encaró, pero Sheena hizo caso omiso a su gesto.

—Creía que me conocías lo suficiente como para confiar en mí y saber que jamás te traicionaría —le dijo con dolor.

Sheena negó con la cabeza y lo señaló con el dedo:

—Tú lo has dicho. Creía que te conocía, pero nadie sabía nada de las joyas.

—¿Y eso me inculpa, Sheena? Yo no te he traicionado. Tal vez tu padre debería preguntarse si puede confiar en quienes lo rodean.

Alasdair estaba comenzando a encolerizarse. No podía aceptar que Sheena lo culpara de lo ocurrido.

—No, soy yo la que debería haber mirado quiénes son mis amigos.

—Sí, debiste pensarlo antes —dijo entre dientes.

—¿Entonces lo confiesas? —preguntó la joven con un grito.

Alasdair se encogió de hombros al tiempo que la miraba con odio.

—Pensad lo que deseéis, lady MacLeod —contestó con desprecio—. Ya me habéis juzgado.

Alasdair se dio la vuelta para regresar a su caballo y marcharse de allí cuanto antes. No deseaba pelearse, tan solo quería alejarse de allí y no regresar jamás a aquel lugar.

Cuando Sheena lo vio con intención de marcharse y dejarla sola, no pudo evitar el ataque de rabia que sintió en ese momento. Veía que su sed de venganza no podría saciarla y siempre le quedaría el mal sabor de boca por no haber podido ayudar a su padre respecto a las joyas perdidas. Por eso, sin pensar en lo que estaba haciendo y sin medir sus fuerzas con las de Alasdair, se aproximó a él por la espalda y lo atacó dándole un puñetazo en el costado.

El joven se giró lanzando una maldición, pero no fue tan rápido como para parar el siguiente golpe de Sheena, esta vez dirigido hacia su entrepierna. El joven se retorció y se protegió para evitar el siguiente golpe. No deseaba pelear con Sheena, pues sabía que podía hacerle daño, ya que su fuerza era mayor a la de ella.

Sheena estaba cegada por la rabia. Sin embargo, no era solo por lo ocurrido con las joyas de su padre, sino porque en ese momento fue cuando descubrió que sus sentimientos por Alasdair eran más fuertes de lo que ella pensaba. No solo sentía atracción por él, sino que estaba realmente enamorada del joven. Por eso, cuando vio que Alasdair le daba la espalda y la miraba con desprecio y odio, no pudo soportarlo y la rabia la cegó de nuevo.

Apretando los puños con fuerza, Sheena se aproximó a él por la espalda, pero esta vez él fue más rápido y, dándose la vuelta al escuchar crujir las hojas bajo los pies de la joven, la agarró por el brazo y la hizo trastabillar para después dejarla caer al suelo y ponerse sobre el cuerpo de la joven.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Sheena? No quiero hacerte daño.

—Eso debiste pensarlo antes de traicionarme —dijo retorciéndose bajo él—. Nadie se burla de los MacLeod y sale ileso.

Cogiendo impulso como pudo, Sheena atacó de nuevo a Alasdair y le dio un cabezazo en la nariz que lo hizo sangrar abundantemente por ella. Cuando el joven la soltó y se apartó de ella, la joven aprovechó para darle un nuevo golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento.

Sheena no pudo aguantar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos cuando lo vio tirado sobre la hierba. Allí inconsciente estaba el único hombre al que había amado en sus dieciséis años y al que le había prometido mentalmente amarlo por el resto de sus días. El dolor que sentía en su pecho era tremendamente mayor al que le iba a propiciar al joven. No deseaba hacerle daño, sin embargo, su orgullo MacLeod la obligaba a hacerlo. No lo delataría jamás, pues contarle a su padre que había sido Alasdair Mackay quien había contado su secreto sería cavar la propia tumba del joven. Y Sheena no estaba dispuesta a verlo morir ante sus ojos. Por eso, cogiendo la daga que siempre llevaba con ella, se aproximó hacia el cuerpo inerte de Alasdair, al que le dio un ligero puntapié para comprobar que realmente estaba inconsciente. Después, le desabrochó los botones de la camisa, algo que le provocó un ligero cosquilleo en la parte baja del vientre, pues ver por primera vez el musculoso pecho de Alasdair ante ella fue todo un descubrimiento. Sin embargo, dejando a un lado los sentimientos que tenía hacia él, apretó con fuerza el mango de la daga y la aproximó al pecho del joven. Con lentitud, e intentando no profundizar mucho en la piel, aunque sí lo justo para que se quedara grabado para toda su vida, dibujó con la punta de la daga la letra S en su pecho.

En cuando la punta tocó la piel, comenzó a manar un hilo de sangre que rápidamente manchó los pliegues de su camisa y su kilt.

—Algo así no puedo perdonarlo —susurró al viento sin poder parar las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Lo siento, Alasdair. Desearía que todo fuera diferente, pero mi deber es proteger a mi

clan.

Después de ver que S grabada en el pecho del joven, deseó que despertara pronto, pues comenzaba a oscurecer y pronto acabaría por nevar.

Sheena se levantó del suelo y caminó con paso lento pero firme hacia su caballo. Por primera vez en su vida era consciente de la maldad del mundo en sus propias carnes, y lo había hecho de la peor manera posible: de la mano de la persona más importante de su vida. Había confiado en Alasdair durante toda su vida a pesar de todo lo que decía su padre de la familia Mackay. Y la realidad le había golpeado demasiado fuerte como para olvidar algo así tan fácilmente.

Cuando montó su caballo, miró por última vez el cuerpo inerte de Alasdair. Deseó y rezó en ese momento para que su mente pudiera olvidarlo para siempre, ya que estaba segura de que su corazón no lo olvidaría jamás. En ese momento, lo odió a él por traicionarla y se odió a sí misma por amarlo.

—Adiós, Alasdair —dijo en un susurro.

Observó la sangre que manaba del pecho del joven y sintió una punzada de dolor en su corazón, allí donde guardaría para siempre bajo llave los sentimientos que hasta entonces no quería revelar, y que a partir de ese momento haría lo imposible para alejarlos de ella para siempre.

CAPÍTULO 1

10 de mayo de 1654

A pesar de haberse jurado no pisar jamás aquel lugar que tan buenos recuerdos le atraían a la mente, Sheena regresó después de casi cuatro años al lugar donde todo acabó con Alasdair. Cuatro años llenos de una amargura tal que incluso su padre era consciente día tras día del apagamiento de su querida hija, aunque Arthur creía que aquel comportamiento se debía a la desaparición de las joyas de su familia casi cuatro años atrás.

Sheena había reflexionado mucho sobre si debía ir de nuevo a ese lugar donde había forjado gran parte de sus mejores recuerdos, aunque en él también se encontraba el peor de todos: la despedida con Alasdair y la traición del joven. A pesar del paso del tiempo y la incansable búsqueda de un culpable, Arthur no había vuelto a encontrar las joyas y Sheena había preferido callar en lugar de confesar que sabía quién era el culpable de todo.

Por eso, aquel soleado día de mayo decidió volver a ese lugar para intentar olvidar lo que tanto la atormentaba durante todas las noches desde aquel funesto día. La joven no era capaz de olvidar el rostro de Alasdair, ni siquiera el olor del joven. A veces paseaba por los alrededores del castillo y soñaba con volver a verlo y que fuera a rescatarla de la amargura en la que ella misma se había sumido.

El carácter de la joven se había ennegrecido tanto como el cielo en una noche sin estrellas. La que hacía tan solo unos años recorría los pasillos del castillo y los alrededores tarareando alguna melodía aprendida en los bailes que organizaba el clan ahora se mostraba mustia y apenas cruzaba unas palabras con su padre o con los miembros del servicio. Incluso la rebeldía que tanto la había caracterizado en la adolescencia se había incrementado y a veces se mostraba un tanto insolente, especialmente con su padre.

Incluso su vestimenta, que antes solía estar siempre limpia, ahora mostraba manchas y arrugas impropias en una joven que pronto heredaría la jefatura de un clan.

A lo largo de esos cuatro años, Sheena había incrementado las clases de esgrima, practicando durante largas horas en el patio del castillo hasta llegar a la extenuación. Arthur la miraba con preocupación a veces a través de los ventanales de su despacho. El jefe del clan pensaba que solo lo hacía para enfrentarse algún día a los ladrones de las joyas de sus antepasados, pues desconocía el verdadero motivo del cambio tan radical de la joven, aunque admiraba la capacidad y destreza que Sheena había adquirido con la espada.

Sheena no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla al recordar a su padre. Desde hacía varios meses había arrastrado un resfriado poco común que le estaba costando superar. Y aunque su padre era un hombre fuerte y siempre intentaba mostrar la energía de la juventud, parecía apagarse por momentos ante los ojos de la joven.

Sacudió la cabeza para alejar de ella esos pensamientos sobre su padre e intentó centrarse en la belleza que tenía ante sí. Desde que había llegado a la charca, no había sido capaz de volver a disfrutar de lo que sus ojos veían, por lo que intentó centrarse en lo que tenía delante. Sin embargo, allá donde posara sus preciosos ojos aguamarina un recuerdo regresaba a su mente. Pensaba que si volvía al lugar que tanto la atormentaba, todo acabaría, sin embargo, no había hecho otra cosa más que acrecentarse todo lo que recordaba.

Apretó los puños con fuerza cuando giró la cara hacia su derecha para observar el lugar donde había visto por última vez a Alasdair. Por un momento, creyó ver que aún había restos de la sangre del joven sobre la hierba. Y entonces, una nueva lágrima volvió a recorrer sus mejillas, aunque esta vez por la rabia que sentía hacia el que había sido su mejor amigo.

A lo largo de esos cuatro años, Sheena se había repetido una y otra vez frente al espejo que odiaba a Alasdair por encima de cualquier otro enemigo del clan. E incluso a veces se había planteado la posibilidad de contarle a su padre la verdad sobre la desaparición de las joyas. No obstante, no quería que nadie más que ella fuera la que acabara con la vida de Alasdair. Su odio había alcanzado tasas tan altas que estaba segura de que en un futuro lejano volvería a encontrarse con él en una lucha a muerte, y esa vez no lo dejaría marchar como aquel día en el que le grabó la inicial de su nombre en el pecho.

A pesar del dolor que le había producido su pérdida, Sheena había cambiado ese dolor por odio. Y era precisamente ese odio el que la atormentaba durante todas las noches en forma de pesadillas en las que se volvía a encontrar con Alasdair y luchaban a muerte, aunque siempre se despertaba antes de conocer el final de sueño.

Suspiró cuando el color del cielo fue tornándose cada vez más oscuro. La noche se estaba acercando y la charca se encontraba bastante lejos de su casa. Pero no le importaba que la noche la alcanzara antes de llegar al castillo. Ya nada le importaba. Todo carecía de importancia para ella desde hacía cuatro años. Su vida se centraba en alcanzar el virtuosismo con la espada para ser la mejor líder que había tenido el clan, incluso por encima de su padre. Los sentimientos no tenían cabida para ella en su nueva vida. Incluso a veces había rechazado la oferta de su padre de organizarle la boda con el hijo de algún clan amigo. Sin embargo, Sheena se había convertido en una mujer fuerte que no deseaba depender de las exigencias y necesidades de un marido, ni siquiera deseaba tener hijos, algo que había provocado que muchas mujeres del clan la miraran con admiración, pues esa era la determinación y valentía que a ellas les faltaba para enfrentarse a sus maridos en ciertas ocasiones.

Sheena apartó esos pensamientos de su mente y se levantó de la roca en la que se había sentado para escuchar el relajante sonido de la cascada. Se encontraba estirando sus entumecidos músculos cuando escuchó que varias ramas crujían a su espalda cerca de ella.

Con rapidez, cogió el arco que desde hacía un par de años colgaba de su espalda y apuntó hacia el lugar de donde creía que procedía el crujido. Intentó no hacer ruido para no alertar al posible atacante, que se acercaba a su posición lentamente. La joven podía escuchar también el sonido de su propio corazón. No pensaba que alguien más, además de Alasdair, pudiera conocer aquel idílico lugar. Durante unos segundos, un intenso temblor de piernas la atacó al creer que podría ser el propio Mackay quien había regresado de nuevo allí, sin embargo, estaba segura de que no había vuelto a pisar ese paraje desde hacía cuatro años, igual que ella.

Sheena escudriñó el lugar y era consciente de todos y cada uno de los sonidos que se escuchaban a su alrededor. Sin embargo, el que más llamaba su atención era el de las tímidas pisadas. La joven siguió apuntando hacia unos arbustos, desde los cuales procedían los sonidos hasta que por fin apareció la sonrojada cara de una de las sirvientas del castillo.

Inmediatamente, Sheena dejó de apuntar con el arco hacia la joven, que había lanzado una expresión de sorpresa y miedo al verse casi atacada por la futura jefa del clan MacLeod. Sheena respiró hondo y dejó salir el aire con lentitud para que sus nervios se calmaran. Después, intentando

forzar una sonrisa para que la joven, la cual creía recordar que se llamaba Mary, no tuviera miedo de ella.

—¡Por Dios, Mary! —dijo con voz casi temblorosa—. Me has dado un susto de muerte.

Durante unos segundos, Sheena se sintió decepcionada al comprobar que se trataba de alguien de su propio castillo. Sin embargo, enseguida desechó esos pensamientos y volvió a sonreír a la joven.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

La sirvienta se encogió de hombros y se sonrojó ligeramente.

—Hace años me dijo que había descubierto un lugar bonito, y hoy he pensado que usted estaría aquí, mi lady.

Sheena se relajó al instante. Sonrió ante las dos últimas palabras que pronunció la joven y se acercó a ella para ponerle una mano en el hombro.

—Mary, sabes que no me gusta que me llames así. Soy Sheena.

La sirvienta bajó la mirada y asintió avergonzada. Su señora siempre le había pedido que la tuteara, pero ella jamás había logrado hacerlo, pues su madre siempre la educó para que tratara a los jefes del clan con respeto.

—Y ahora dime qué ocurre —le pidió amablemente—. No creo que hayas cogido prestado uno de los caballos y cabalgado hasta aquí por alguna tontería. Algo grave ha de ocurrir para que estés aquí.

Mary levantó la mirada y carraspeó.

—Su padre me ha pedido que la busque. Necesita hablar con uste... contigo.

Sheena sonrió y asintió, aunque algo dentro de su corazón le decía que algo grave debía ocurrir para que su padre la mandara llamar con tanta premura.

—Está bien. Regresemos.

El viaje de vuelta le pareció una eternidad a Sheena. A pesar de que intentaba mostrar una actitud serena ante Mary, que cabalgaba unos metros más atrás, la joven estaba nerviosa. Normalmente, cualquier tema que tuviera que tratar con su padre lo hacían durante las comidas o cenas. Sin embargo, cuando se trataba de algo verdaderamente importante relacionado con el clan, la llamaba a su despacho. Por eso, la joven supuso que debían tratar un tema delicado.

Cuando por fin cruzó los muros del castillo de Auld, casi no pudo esperar a que el caballo se quedara quieto en la entrada a las caballerizas, sino que bajó de un salto y se despidió de Mary con la mano mientras se dirigía con paso rápido hacia el despacho de su padre. Este se encontraba en el ala oeste de la fortificación, justo al lado de la pequeña capilla familiar donde cada semana celebraban una pequeña misa con el párroco de un pueblo cercano.

La estancia era rectangular y tres de sus paredes estaban repletas de estanterías donde reposaban gran parte de los libros que, durante generaciones, había hecho las delicias de los más ávidos de lectura. En la pared principal había una chimenea de piedra que pocas veces se encontraba apagada, ya que su padre pedía que siempre la mantuvieran encendida, especialmente desde que su salud se había visto afectada desde hacía meses. Sobre la chimenea colgaba un enorme escudo con el emblema del clan, que no era otro que una cabeza de toro con una bandera a cada lado.

Mientras Sheena se aproximaba al despacho de su padre, se lo imaginó detrás del enorme escritorio que había justo delante de la chimenea, disfrutando de una taza de té caliente y mirando la llama del fuego, algo que siempre le había gustado a su padre.

Cuando la joven estuvo ante la puerta de la estancia, respiró hondo e intentó calmar los nervios que la recorrían. Se miró las manos y descubrió que estaban temblando, por lo que no demoró más la

espera y llamó con los nudillos a la puerta. Hasta que la joven no escuchó la apagada voz de su padre, no abrió la puerta y se adentró en el despacho. Esbozó una ligera sonrisa cuando, efectivamente, descubrió a su padre tal y como se lo había imaginado antes de entrar. Sin embargo, esa sonrisa se esfumó al ver el rostro de su padre.

—¿Me llamaba, padre?

La joven intentó recolocar su ropa vanamente. Con disimulo, se atusó el cabello, que estaba enredado por el viento, y alisó sus manchados ropajes antes de que su padre se diera del todo la vuelta y viera el estado en el que se encontraba.

—Hija, tenemos que hablar de un asunto de vital importancia. —Un ataque de tos lo cortó y desechó la idea de Sheena de ayudarlo a incorporarse.

La joven permaneció en el sitio hasta que su padre le indicó que se sentara frente a él. Con un carraspeo, Arthur la miró directamente a los ojos. Estaba realmente orgulloso de la persona en la que se había convertido su única hija. A lo largo de toda su vida, había intentado que fuera una digna sucesora para el clan, y ahora que la miraba tan de cerca estaba seguro de que lograría grandes cosas cuando heredara la silla en la que se encontraba sentado.

Su joven hija, a pesar de haber entrado hacía unos meses en la veintena, estaba más que preparada para sucederlo. Se había convertido en una joven muy atractiva que atraía a muchos jóvenes del clan, tal y como le indicaban en las numerosas cartas que ahora reposaban sobre la mesa de ese despacho. Sheena era una joven fuerte, decidida, talentosa y preciosa, como su madre. Aquellos eran los atributos que le habían atraído de su fallecida esposa hacía más de veinte años.

—Me está preocupando, padre —dijo al fin Sheena con los nervios de punta.

Arthur suspiró.

—Hija, sabes que hace tiempo que arrastro un enfriamiento del que no logro recuperarme del todo.

La joven asintió con el rostro serio.

—Pues bien, lo que no sabes es que desde hace semanas he empeorado.

—¿Cómo dice, padre? —se extrañó—. Pero estos días de atrás usted ha estado entrenando con sus hombres en el patio. Pensé que estaba mejor.

Arthur sonrió con tristeza.

—No quería preocupar a mis hombres, y mucho menos a ti. Pero me muero, Sheena. Me queda poco tiempo de vida.

El corazón de la joven pareció dejar de latir durante unos segundos que le parecieron eternos. Aquellas palabras habían provocado que los muros que había construido a su alrededor para que nadie pudiera hacerle daño se resquebrajaran y comenzaran a caer en pocos segundos.

—¿Morirse? No puede morir, padre —dijo la joven con la voz temblorosa—. Usted aún es joven.

—Me lo ha confirmado el curandero del castillo, hija.

—Buscaremos a otro, padre —intervino con desesperación—. Usted no puede morir aún.

Sheena no pudo aguantar más y dejó que el torrente de lágrimas saliera de sus ojos. La única persona de su familia que le quedaba en el mundo estaba a punto de morir por lo que parecía ser un mero enfriamiento. La posibilidad de quedarse sola con únicamente veinte años le pareció tan desmedida que le resultaba imposible pensar con claridad.

—No puede ser, padre. Tiene que haber un error.

—Hija mía, si existiera una mínima oportunidad de salvarme, ya la habría buscado. Pero me siento cada vez más débil. No puedo aguantar mucho más como jefe del clan.

—¡Al diablo con la jefatura del clan, padre! —gritó Sheena levantándose de la silla—. Lo importante es usted.

Arthur sonrió tristemente y negó con la cabeza.

—No, hija. Por encima de mí mismo está el clan al que he dedicado casi toda mi vida. Y ahora es tiempo de llevar a cabo la sucesión del cargo, hija.

Sheena miró sorprendida a su padre. No había pensado en que si su padre estaba a punto de morir, le cedería el cargo para que fuera ella quien ocupara el puesto como habían hecho durante generaciones.

—Yo... no estoy preparada, padre.

—Lo estás, hija mía. ¿Crees que no te he estado observando estos últimos meses? Te has estado dejando la piel para entrenar con la espada como cualquier hombre del clan y sabes usar el arco como nadie. Eres disciplinada, valerosa e inteligente. Nadie mejor que tú para ocupar mi cargo. —Arthur frunció el ceño y carraspeó incómodo—. Tan solo te falta una cosa...

Torció el gesto, lo cual provocó que Sheena frunciera también el ceño, pues no estaba segura de a qué se refería su padre.

—Sabes que todo el clan te ama y aceptará mi decisión. Sin embargo, algo a tu favor sería que... estuvieras casada, hija.

Sheena abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que negaba rotundamente con la cabeza. Las palabras de su padre resonaron una y otra vez dentro de ella. No era posible que su decisión de pasar su vida en soledad sin estar casada estuviera a punto de echarse a perder.

La joven se levantó de la silla de prisa, tan enfadada que estuvo a punto de tirar la silla al suelo. Apretó los puños con fuerza. Su mentón se endureció debido a la rabia que le recorría el cuerpo. ¿Por qué una mujer no podría ostentar el cargo de jefa del clan sin estar casada? ¿Acaso ella no podía llevar la jefatura de la misma forma que su padre y el resto de sus antepasados varones? A pesar de que dudaba de ella misma debido a su juventud, en el fondo sabía que estaba totalmente preparada para suceder a su padre, ya que se había estado preparando a lo largo de toda su vida, no solo para luchar en el campo de batalla, sino que también estaba al corriente de las cuentas y la recaudación anual del clan.

A lo largo de sus veinte años, su padre la había preparado poco a poco para sucederlo, pero el hecho de que debía casarse... era algo sobre lo que no estaba de acuerdo.

—Padre, sabe que no deseo casarme —dijo volviéndose hacia él—. Sé valerme por mí misma. No necesito a ningún hombre para llevar las tareas que usted me ha enseñado.

Arthur cerró los ojos, cansado.

—Lo sé, hija. Nadie te conoce tanto como yo, pero en el clan las cosas son diferentes. No puedes dirigirlo tú sola. Los hombres del clan no lo dejarán pasar, hija mía.

Con lentitud, arrastró todas las cartas que reposaban sobre la mesa. Sheena las contó una por una y descubrió con sorpresa que había más de una veintena de misivas.

—¿Qué es eso, padre?

—¿Por qué no lo compruebas por ti misma? —le preguntó señalando una de ellas.

Con paso dudoso, Sheena se aproximó a la mesa de su padre y cogió una de las cartas. Lentamente, pues no sabía si el contenido iba a gustarle, extrajo el pergamino y leyó en voz alta:

“Jefe y señor MacLeod,

Como miembro de uno de los clanes amigos del suyo, le envío una petición que puede interesarle. Sé que su única hija está en edad casadera y que heredará el cargo de jefa del clan cuando usted lo desee. Es por ello por lo que le pido que medite sobre la posibilidad de unir en santo matrimonio a su hija con el mío. De este modo, daremos fe de la unión que existe entre clanes.

Atentamente,

John Cameron.”

Cuando terminó de leer las últimas palabras, las manos de la joven temblaban como una hoja a punto de caer del árbol por la fuerza del viento. No podía creer lo que sus ojos habían leído. ¿Cómo iba a casarse con una persona a la que no conocía? Sabía que los Cameron eran uno de los aliados del clan MacLeod, pero jamás había tratado con ninguno de ellos, ni mucho menos para que su padre aceptara casarla con alguien a quien no había visto jamás.

Sheena tragó saliva y miró detenidamente a su padre intentando averiguar lo que estaba pensando. Sin embargo, no fue capaz de descifrar nada.

—¿Qué opinas, hija?

La joven levantó una ceja.

—Padre, ni siquiera sé quién es el hijo de John Cameron —contestó con apenas un hilo de voz.

Su padre señaló al resto de cartas sobre la mesa.

—El resto de misivas dicen prácticamente lo mismo, hija —dijo con una sonrisa—. Al parecer, las historias que cuentan sobre tu belleza han alcanzado gran parte de nuestro país.

Sheena arrugó la carta que tenía entre sus manos y la tiró al suelo con rabia.

—Ya le he dicho, padre, que no voy a casarme con nadie.

—Lo siento, hija, pero ya está decidido. Harás lo que se te ordene. Me he dejado la vida por este clan y no voy a permitir que por un capricho tuyo lo echés todo a perder.

El tono de Arthur fue aumentando a medida que hablaba con su hija. Se notaba a leguas que se estaba impacientando y que la negativa de su hija era algo que lo estaba sacando de sus casillas.

—¿Y mi opinión no cuenta, padre?

—Ya está decidido. Hay que pensar en el clan.

—Pero, padre...

—Ya basta, Sheena —vociferó dando una palmada fuerte sobre la mesa para mandarla callar—. Te vas a casar, y no hay más que hablar, hija.

Sheena apretó los puños cuando sintió que un nudo se le formaba en la garganta debido a la ira que la recorría por dentro. No podía creer que su padre permitiera casarla con alguien a quien no amaba, y menos aún cuando él lo hizo por amor a su madre. Sin embargo, no estaba dispuesta a que su padre la casara con quien él quisiera, por lo que aclarándose la voz, dijo:

—No voy a casarme con alguien a quien no conozco, padre —dijo entre dientes.

Arthur esbozó una ligera sonrisa.

—¿Y quién ha dicho que no lo conoces?

Sheena frunció el ceño.

—¿Es que acaso ya tiene pensado con quién quiere casarme?

Su padre asintió solemnemente mirándola fijamente a los ojos para ver la reacción de su hija

cuando le diera la noticia. El corazón de Sheena comenzó a latir con fuerza. Por un lado, estaba deseando conocer la identidad del joven que tan celosamente guardaba su padre. Sin embargo, por otra, veía que todas las ideas que se había forjado sobre su futuro dependerían de la aceptación de esa persona con la que pretendían casarla.

—Todas estas cartas pertenecen, como ya te he dicho, a amigos de nuestro clan, Sheena. —Arthur esperó a que su hija asintiera para continuar—. Sin embargo, hay alguien quien fue mi amigo, pero por distintas circunstancias dejó de serlo con el paso del tiempo. De hecho, siempre lo he considerado como uno de mis peores enemigos. No obstante, ahora que la muerte me acecha tan cerca creo que es hora de enterrar el hacha de guerra.

Arthur posó los brazos por encima de las cartas sobre la mesa y cruzó los dedos de ambas manos al tiempo que carraspeaba y tomaba aire para continuar, lo cual provocó que los nervios de la joven comenzaran a dejarse ver a través de sus ojos.

—Déjese de rodeos, padre, por favor —intervino Sheena después de unos momentos de silencio—. ¿Quién es la persona que usted ha pensado para casarme con él?

El tono sarcástico que empleó la joven no pasó desapercibido para Arthur, que inmediatamente contestó:

—Alasdair Mackay.

CAPÍTULO 2

El corazón de Sheena comenzó a latir tan deprisa que durante unos segundos pensó que estaba a punto de desmayarse. Las piernas comenzaron a temblarle y necesitó sentarse en la silla que anteriormente había ocupado. El nombre de Alasdair Mackay resonaba una y otra vez dentro de su cabeza. La última imagen que tenía del joven hacía cuatro años apareció de nuevo en su mente. Lo recordaba tirado sobre la hierba con la inicial de su nombre grabado en el pecho.

Sin embargo, una idea cruzó por su mente y de nuevo miró a su padre a los ojos.

—Padre, usted ha dicho que me casaría con alguien a quien conocía —dijo lentamente intentando aparentar normalidad—. Pero yo no sé quién es ese joven.

La sonrisa de Arthur se ensanchó.

—Hija, ¿de verdad me crees tan inepto como para no saber que durante años te encontrabas con él en la charca que hay de camino hacia sus tierras?

Sheena se agarró fuertemente a la silla, pues en ese momento sintió un ligero vahído al descubrir que su padre conocía su mayor secreto.

—Lo que no sé es por qué dejaste de hacerlo, hija.

El nudo en la garganta de Sheena se hizo más fuerte y necesitó tragar saliva para que este bajara y le permitiera respirar con normalidad.

—¿Y cómo lo sabe, padre? —preguntó con miedo.

—Eres hija del jefe del clan. Cualquier persona enemiga del clan podría haberte secuestrado. Necesitabas protección.

—Y si lo sabía, ¿por qué nunca me ha dicho nada? Siempre tuve miedo de que me descubriera y me impidiera acudir a ese lugar. Además, siempre ha dicho que los Mackay eran personas en quienes no se podía confiar. ¿Cómo pretende casarme con uno de ellos?

—Hija, te lo he dicho antes. Eres una persona inteligente. Y si considerabas que el joven Mackay era una persona en la que confiar, yo también lo hice.

Alasdair es un traidor, estuvo a punto de gritar Sheena después de escuchar a su padre.

La joven abrió la boca para contestar, pero el nudo de su garganta le impedía hacerlo. Sintió que la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor, por lo que respiró profundamente e intentó serenarse, pues no podía seguir la conversación que tenía con su padre en ese estado de nerviosismo.

—Padre, le ruego que no me obligue a casarme con él, por favor —le pidió con los ojos llenos de lágrimas.

Arthur frunció el ceño y la miró detenidamente.

—¿Qué ocurrió entre vosotros para que no volvieras a verlo, hija? ¿Acaso te hizo daño?

Sheena negó con la cabeza en silencio.

—No, pero le pido que no me pregunte más por eso.

—Entonces, si no te hizo daño, creo que es un buen joven con el que poder casarte. Él sabrá cuidarte. Además, así podréis volver a retomar vuestra relación perdida.

Sheena miró a su padre con ojos suplicantes.

—Por favor, padre, no lo traiga al castillo.

—No hay más que hablar, hija. Además, ya está todo hablado con Ian Mackay, el padre de Alasdair. Él está de acuerdo en que ambos clanes vuelvan a ser aliados.

—¿Lo ha hecho a mis espaldas?

—Conocía cuál sería tu respuesta. —Arthur se levantó de la silla y la invitó a marcharse del despacho—. En unas horas estarán en el castillo para la boda, que será en unos días en la capilla.

La proximidad de su boda le produjo tal nerviosismo que por un momento creyó estar en el borde de un acantilado a punto de caer. La joven sentía que no existía la posibilidad de cambiar de opinión. Además, seguramente, Alasdair ya estaba de camino al castillo de Auld. ¡Alasdair en su casa!

La mano de su padre seguía en el aire indicándole el camino hacia la puerta. A pesar de que perdería a su padre en poco tiempo, no pudo evitar dedicarle una mirada de auténtico odio por obligarla a hacer lo que menos deseaba en el mundo. ¡Y con su peor enemigo! Estaba segura de que si su padre supiera que la familia de Alasdair era la causante del robo de las joyas no la casaría con él, pero se prometió a sí misma no delatarlo. Ella no era una traidora.

Con lágrimas en los ojos, Sheena abandonó el despacho de su padre, que pronto heredaría, y caminó sin pensar hacia las caballerizas. Apenas fue consciente de las personas que se cruzaban a su alrededor. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que solo logró salir de ellos cuando *Thor*, su caballo, le dio con el hocico en la cara. En ese instante, lo miró llorosa y lo acarició. El animal parecía conocer lo que le ocurría. Sin pensar, lo montó sin prepararle la montura y cabalgó sin rumbo fijo.

Sheena necesitaba salir de los muros del castillo cuanto antes y sentir de nuevo la libertad antes de hundirse en un matrimonio que no deseaba con la persona que menos esperaba.

La joven espoleó al caballo con fiereza sin ser consciente del daño que pudiera infringirle. Las ramas de los árboles le golpeaban el rostro, pero no le importaba. Solo quería huir del castillo Auld y no regresar jamás. La rabia que sentía por verse obligada a casarse le oprimía el pecho. Ella siempre había sido una persona resuelta que había tomado sus propias decisiones. Había crecido sin madre y el hecho de haber sido educada en el arte de la lucha y las cuentas hizo que tuviera más libertad que otras mujeres, ya que intentaba seguir a su padre a todas partes y aprender de él los oficios más propios de un hombre.

Sheena siempre se había considerado una joven que era capaz de desempeñar las mismas tareas que un hombre, de hecho, lo había demostrado en varias ocasiones al vencer en la lucha a varios de los hombres de su padre. Sin embargo, aquel revés que le daba la vida le hacía temer que todo lo que había conseguido se esfumaría como si nunca hubiera existido.

Pensó durante unos segundos en Alasdair, el que había sido su amigo y dentro de poco sería su marido. Durante todos esos años lo había tenido por enemigo y siempre pensó que no volverían a verse más que en el campo de batalla. No obstante, el campo de batalla en el que tendrían que lidiar no era otro que su propio dormitorio. Hasta ese momento no había pensado que tendrían que compartir lecho e incluso tener hijos, vivir el día a día y soportarse como pudieran. Todo eso le produjo a la joven cierto nerviosismo, ya que no se sentía preparada para algo así.

Se preguntó a sí misma cómo reaccionaría una vez lo tuviera frente a ella y lo mirara después de haberle grabado la inicial de su nombre en el pecho. ¿Tendría la cicatriz de aquello o, por el contrario, la habría intentado borrar de alguna manera? ¿Cómo reaccionaría el propio Alasdair después de aquella afrenta? Sheena sabía que lo que hizo fue una chiquillada que lo único que pretendía era humillar al propio Alasdair. Por eso, una parte de su ser no podía evitar pensar qué sería de ella si él decidía vengarse de alguna manera. ¿Tal vez la mataría en el propio lecho nupcial? ¿La repudiaría? ¿Sería capaz de quitarle todas sus pertenencias y echarla de su propio castillo o la obligaría a vivir en el castillo Weerock, la residencia de su padre?

Todas esas y muchas más preguntas rondaban la cabeza de Sheena cuando decidió parar a refrescarse y para que su caballo bebiera algo de agua, pues estaba completamente exhausto por la cabalgata.

Un pequeño riachuelo le dio la bienvenida. Desmontó despacio, pues estaba dolorida. Las lágrimas aún surcaban su rostro. La joven se veía incapaz de quitarse el dolor del pecho. Sin embargo, después de mojar su rostro con las frías aguas del riachuelo, logró la ansiada tranquilidad. Su corazón comenzó a serenarse y la ansiedad y las lágrimas desaparecieron casi por completo. En ese momento, no le importaba nada que no fuera ella misma. Disfrutó de la tranquilidad que le transmitían las aguas y el bosquecillo que la rodeaban. Escuchó el canto de los pájaros, que parecían intuir lo que le ocurría, y sonrió al respirar la pureza del aire.

Intentó no pensar en la posibilidad de que esa fuera la última salida que pudiera hacer ella sola sin la necesidad de contarle a su marido a dónde iba, pues estaba segura de que Alasdair haría lo imposible por devolverle el daño que ella también le había infringido.

Sheena volvió a respirar hondo, sin embargo, *Thor* se movió nervioso y llamó la atención de la joven, que se puso en alerta al instante. Se levantó y miró a su alrededor. Debido al dolor y la ansiedad que la habían llevado hasta allí, no había sido consciente de lo peligroso que podía ser haber llegado hasta allí sola, pues se había apartado mucho del castillo Auld.

Con lentitud e intentando no hacer ruido, Sheena agarró el arco que colgaba de su espalda y preparó una flecha para ser usada en caso de que alguien quisiera atacarla. Echó de nuevo un vistazo a su alrededor, caminó despacio entre la hierba, aunque sus intentos por descubrir algo fueron en vano. No obstante, la sensación de estar siendo observada no lograba quitársela de encima.

La joven echó un vistazo a *Thor*, que seguía bebiendo agua del río, y se alejó unos metros para llegar a la pequeña cascada en la que se convertía ese riachuelo que había saciado su sed y calmado sus nervios. A lo lejos, entre los árboles, logró distinguir un grupo de personas que parecían viajar hacia el castillo Auld, pues aquel era el único camino que llevaba a los viajeros del norte hacia el castillo de su padre.

Fijó la mirada en aquellas personas para intentar descubrir la identidad de las mismas. Todas vestían con kilt del mismo color y portaban carros con varios baúles sobre ellos. Y enseguida su corazón comenzó a latir a un ritmo desbocado. Descubrió que se trataban de los Mackay, que estaban a punto de llegar al castillo Auld.

Sin pensar, sus ojos buscaron una y otra vez la presencia de Alasdair entre ellos, sin embargo, no logró verlo. Sí vio a un hombre que era la viva imagen del joven, aunque con varios años más. Supuso que se trataba de Ian Mackay, el padre de Alasdair. El jefe del clan se encontraba dando órdenes a los sirvientes que viajaban con ellos y eran numerosos los hombres que portaban armas en sus caderas.

Sheena sintió durante unos segundos que le faltaba el aire. Tal y como le había dicho su padre unas horas antes, los Mackay llegarían ese mismo día al castillo para preparar su inminente boda. Sin embargo, ¿dónde estaba Alasdair? Divisó todas y cada una de las personas del grupo, pero el joven no estaba con ellos. ¿Tal vez había desoído las órdenes de su padre y también había intentado huir de esa boda obligada?

Sheena apretó los dientes al tiempo que sujetaba con fuerza el arco entre sus manos. Un intenso calor la recorrió cuando la idea de suspender la boda cruzó por su mente. Fijó la mirada en el pecho de Ian Mackay y levantó con decisión el arco para apuntarle en el centro del mismo.

No estaba dispuesta a dejar en manos de su padre las decisiones que le pertenecían a ella. Cerró su ojo izquierdo para apuntar mejor. Podía escuchar los latidos de su propio corazón cuando tomó la decisión de soltar la flecha. Sin embargo, ese mismo corazón sintió que se paraba de golpe cuando la punta de una espada se posó en su cuello por la espalda.

—Si yo fuera tú, soltaría ahora mismo ese arco.

CAPÍTULO 3

Sheena tardó en reaccionar. Cerró los ojos cuando la voz de Alasdair penetró en sus sentidos de nuevo después de cuatro años, y un intenso escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

La presión de la espada de Alasdair sobre su cuello se acrecentó y la joven acertó únicamente a bajar lentamente el arco tal y como le había pedido.

—Será mejor que lo sueltes. —De nuevo esa voz rasposa de Alasdair volvió a producirle escalofríos. Era tal la frialdad con la que le hablaba que parecía estar a punto de clavarle la espada.

A pesar de que la punta del arma le rasgaba la piel y ya sentía sobre la base de su cuello un hilo de sangre, Sheena se negó a soltar el arco. Con lentitud, se giró hacia él intentando que la espada no le hiciera más daño del que ya le había hecho.

—Si quieres mi arco —comenzó—, tendrás que quitármelo.

Con el cuerpo tembloroso, Sheena se armó de valor para mirar a su enemigo a los ojos y se maldijo al instante por haberlo hecho, pues no recordaba el intenso color azul de su iris que tanto la había atraído durante todos esos años, y al ver de nuevo el cielo reflejado en sus ojos sintió una punzada en el pecho.

La joven tragó saliva y se obligó a sí misma a mantenerle la mirada a Alasdair. Entre ellos se produjo una lucha con las miradas que parecía no tener fin, pues ninguno estaba dispuesto a cortar el tenso hilo que había entre ambos.

Durante esos segundos de provocación, Sheena observó los evidentes cambios en Alasdair después de cuatro años. Unos cambios que habían sido, a su parecer, para acrecentar el atractivo del joven. La complexión de su cuerpo era aún más atlética que la última vez que lo vio, por lo que sus músculos eran más que evidentes bajo sus ropajes. La cara del joven, que antes había sido amable hacia ella, ahora era tremendamente dura, salvaje e inflexible, como si no hubiera otro sentimiento hacia ella más que odio. Se había cortado el pelo y la coleta que siempre lucía en su adolescencia ahora había desaparecido, dejando por completo a las vistas el bello y angelical rostro del joven Mackay.

La mirada gélida que le enviaba la dejó petrificada. No pensó en ningún momento que se sentiría tan pequeña a su lado cuando lo tuviera delante después de todo lo que pasó. De nuevo, un remolino de emociones que creía enterradas para siempre resurgió de entre las cenizas de su maltrecho corazón, provocando que la joven se maldijera una y otra vez por sacarlas a la luz.

Intentó por todos los medios que Alasdair no viera reflejado en su rostro la adoración que siempre había sentido hacia él, pues no estaba dispuesta a dejar que esos sentimientos estuvieran mucho tiempo dentro de su corazón. Se prometió a sí misma que volvería a enterrarlos en lo más profundo de su ser en cuanto estuviera sola. La rabia y la ira eran lo único que debía tener si quería sobrevivir en ese matrimonio al que estaba avocada su vida.

—Veo que vuestro padre no os ha frenado la lengua, lady MacLeod —dijo con ironía—. Sigue siendo tan viperina como siempre y puede traeros muchos problemas.

—Soy libre para decir lo que quiera —contestó levantando el mentón con orgullo—. No lo olvides.

Alasdair esbozó una sonrisa de lado.

—Y tú no deberías olvidar que seré tu marido en unos días.

—Ya veremos...

Alasdair entrecerró los ojos y la miró intentando averiguar lo que escondían sus palabras. Sin embargo, Sheena se mostraba impenetrable y no logró descubrir nada.

—¿Qué pretendías hacer con esa flecha? —le preguntó apretando de nuevo el filo sobre el cuello de la joven.

—Acabar con esa maldita y absurda idea de boda —contestó con sinceridad.

Alasdair apretó los dientes. No creyó en ningún momento que le confesaría la verdad mirándolo a los ojos. Aquella joven dulce y valiente que había conocido hacía años se había convertido en una persona totalmente diferente. No la reconocía en ninguna de sus palabras, pues el odio se había impuesto sobre cualquier otro sentimiento en el corazón de la joven. Siempre la había considerado capaz para luchar en una pelea, pero no para matar a sangre fría a una persona a la que no conocía.

—¿Qué crees que opinará tu padre cuando lo sepa?

Sheena tragó saliva ruidosamente. No pensó que Alasdair le contaría ese desencuentro a su padre. Durante unos momentos, le temblaron las piernas, ya que no quería ofender a su padre ni darle un disgusto en el estado en el que se encontraba.

—Claro —dijo ella con voz casi temblorosa—, se me olvidaba que a ti te gusta contar lo que no debes.

—Dame ese arco —le ordenó obviando sus palabras.

Sheena apretó con fuerza el arma entre sus manos.

—Ya te he dicho que si lo quieres, tendrás que cogerlo tú.

La joven esbozó una sonrisa victoriosa al tiempo que volvía a mirarlo directamente a los ojos.

Alasdair bajó lentamente la espada y dio un paso hacia ella para arrebatarse con rabia el arco. Aquella proximidad hizo que Sheena pudiera oler el suave perfume del joven, que penetró en su nariz y acabó en su pecho, provocándole un nuevo escalofrío.

—Ya veremos si eres tan valiente cuando tengas que dar explicaciones a tu padre sobre lo que ibas a hacer.

Alasdair agarró fuertemente a Sheena del brazo y casi la arrastró hacia el caballo de la joven. Descubrió que el animal estaba justo al lado de *Thor*, sin embargo, no dejó que Sheena montara sobre su propio caballo, sino que la obligó a montar con él en el suyo.

—¡Suéltame! —Intentó zafarse—. Puedo montar perfectamente a *Thor*.

Alasdair hizo caso omiso a sus exigencias y la obligó a montar delante de él. Después, agarró con fuerza las riendas del caballo de la joven y puso rumbo directamente hacia el castillo Auld, ya que su padre sabía que se había adelantado para llegar antes que todos ellos. Sin embargo, cuando vio cruzar ante él a Sheena no pudo evitar seguirla para descubrir a dónde se dirigía.

—Si sigues moviéndote, te caerás del caballo —le avisó después de que la joven estuviera a punto de derribarlos a ambos.

Sheena le dirigió una mirada de auténtico odio, pero no le contestó. No tenía palabras para él en ese momento, solo podía sentir una rabia inmensa dentro de ella.

Alasdair sonrió cuando la joven giró de nuevo la cabeza hacia adelante. Para evitar que siguiera moviéndose y poniendo nervioso al caballo, Alasdair estiró el brazo derecho y lo pasó por la cintura de la joven, estrechándola contra él con fuerza. Un gesto que provocó una exclamación de sorpresa en Sheena, que durante unos segundos se mantuvo quieta, pero después volvió a rebullirse.

—Hace cuatro años te gustaba estar más pegada a mí —le dijo en un susurro en el oído.

Escuchar la ronca voz de Alasdair tan cerca de ella a su espalda le provocó un escalofrío que

llegó hasta lo más hondo de su ser. Abrió la boca para contestar, pero un movimiento del caballo hizo que la joven chocara contra el musculoso pecho de Alasdair. Al instante, como si quemara, se incorporó para alejarse de él, pero la cabalgata provocaba que una y otra vez chocara contra él.

—Te agradecería que fueras más despacio —le pidió enfadada.

Alasdair sonrió y volvió a hablarle al oído.

—¿En la noche de bodas me pedirás que vaya lento o rápido?

Aquella pregunta descolocó a Sheena y provocó en ella un sonrojo. No se atrevió a mirarlo a la cara, pues no sabía qué contestar a eso. Carraspeó y siguió con la mirada fija al frente.

En un momento dado, escuchó la risa de Alasdair y le pareció oír que hablaba entre dientes:

—Será más divertido de lo que pensaba.

El resto del camino lo hicieron en el más absoluto silencio. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos y ninguno quería ser el primero en romper el hielo. Con destreza, Alasdair los guió hacia el castillo de los MacLeod.

Cuando lo vio por primera vez, Alasdair sintió un ligero nerviosismo. Él no era partidario de aquella boda, pero había cedido a las peticiones de su padre. Sin embargo, no podía evitar sentir que había dejado atrás a su familia y su vida en su propio castillo para ir a vivir a uno que le resultaba desconocido y hostil.

Estaba a punto de dar un nuevo paso en su vida, y de la manera más extraña, pues desde hacía cuatro años pensaba que jamás volvería a pisar las tierras de los MacLeod, y mucho menos casarse con Sheena.

Cuando cruzaron la puerta principal fueron recibidos por varios sirvientes y guerreros del clan. Alasdair sintió sobre él las miradas de extrañeza y desconfianza por parte de todos. Sin embargo, no le importó, pues pronto todos estarían a sus órdenes. El joven levantó el mentón con decisión y obvió las miradas de reproche.

Condujo los caballos hacia las cuadras y desmontó cuando ambos estuvieron dentro de ellas, fuera de las miradas indiscretas de la gente del clan.

—¿Acaso no os enseñan que no hay que ser tan curiosos? —le preguntó a Sheena en voz baja mirando hacia la entrada a los establos, donde se congregaban algunas personas.

—Se sorprenden al ver que un enemigo ha entrado en sus tierras como si estuviera en su casa —contestó ella malencarada.

Alasdair la miró con el ceño fruncido y la ayudó a bajar a pesar de la negativa de la joven. Esta se dispuso enseguida a dejar a cada caballo en una cuadra para que la persona encargada de las mismas les diera comida y agua, ya que estaban cansados del viaje.

—Y ahora —dijo Alasdair agarrándola del brazo—, me vas a llevar ante tu padre y le vamos a contar algunas cosas.

Sheena intentó deshacerse de la fuerte mano de su futuro marido, sin embargo, lo único que consiguió fue que el joven apretara más los dedos en su carne.

Un gesto de dolor apareció en el rostro de Sheena, aunque Alasdair hizo caso omiso y caminó hacia adelante, llevándola consigo.

—¿Esta es tu forma de tratar a una mujer?

El joven Mackay se volvió hacia ella y le espetó:

—Esta es la forma en la que trato a una persona que quiere matar a mi padre, independientemente de si es hombre o mujer.

De nuevo, Alasdair se puso en marcha hacia la puerta del castillo. No fue consciente de las miradas de odio que le dedicaban los que en un futuro debían seguirlo, ya que todos querían a la hija del jefe y no admitían ese trato hacia ella.

—Además —siguió diciendo sin parar de caminar—, siempre quisiste que todos te trataran con igualdad, ¿no? Deberías dar las gracias por que no te dé el trato que reciben los guerreros de mi padre cuando intentan lo mismo que tú.

Sheena se mantuvo en silencio hasta que cruzaron el patio y entraron en el castillo. Un intenso olor a incienso los recibió. Alasdair arrugó la nariz, nunca le había gustado ese olor y siempre que podía huía hasta que se había disipado. Sin embargo, ese día no estaba dispuesto a dejar pasar el intento de asesinato de su padre.

—Alasdair...

Sheena intentó llamar la atención del joven para que se detuviera antes de seguir. Sin embargo, él no hizo caso y miró hacia ambos lados del pasillo.

—¿Cuál es el despacho de tu padre? —La miró sin un atisbo de sentimientos en el rostro. Tan solo se podía ver la impaciencia por vengar, en parte, la afrenta de Sheena hacia su familia.

—Escúchame, por favor.

Alasdair resopló y la soltó de golpe. Se cruzó de brazos y elevó una ceja mientras esperaba las palabras de la joven.

—Te pido, por favor, que no le cuentes nada de lo que ha ocurrido en el bosque a mi padre.

—¿Acaso lady MacLeod tiene miedo ahora? —se burló de ella.

Sheena se mordió los labios. Era tan difícil para ella pedirle un favor que estuvo a punto de dejarlo hacer, sin embargo, no quería hacer sufrir a su padre ahora que sabía que estaba a punto de morir. Por eso, se tragó su orgullo y lo miró a los ojos.

—No es eso, Mackay —pronunció su apellido con desprecio.

—Continuemos. —Volvió a mostrarse frío e inflexible, sin embargo, Sheena se soltó de su amarre.

—Escúchame. En otras circunstancias no me importaría que le dijeras a mi padre que iba a matar a uno de sus enemigos, pero está enfermo y no quiero que su salud empeore por mi culpa.

El rostro de Alasdair se mantuvo impassible, aunque sus ojos evidenciaban que estaba intentando averiguar si decía la verdad o no. Finalmente, volvió a agarrarla del brazo y la empujó hacia donde se encontraba uno de los sirvientes.

—¡Eres un malnacido, Mackay!

—¿Dónde está el despacho de vuestro señor? —le preguntó a la sirvienta.

La joven, que aún tenía muestras de su adolescencia en la cara, le señaló el final del pasillo con manos temblorosas.

Alasdair se dirigió hacia donde le habían indicado.

—No me puedo creer que seas capaz de escudarte en una enfermedad para librarte de una buena reprimenda. Debiste pensar antes las consecuencias que tendrían tus actos.

—¡Alasdair!

Sin embargo, el joven no hizo caso a los ruegos de Sheena a pesar de notarse la desesperación en su voz. Con insistencia, llamó a la puerta del despacho de Arthur. No esperó a que uno de los sirvientes indicara que había llegado con antelación. Solo deseaba saciar parte de su sed de venganza hacia Sheena.

—¡Adelante!

Alasdair abrió la puerta del despacho y empujó con fiereza a Sheena dentro de él. Cuando Arthur vio la escena, se levantó de golpe de su asiento y frunció el ceño enfadado:

—¿Puedo saber qué ocurre aquí? —preguntó con tono exigente.

Alasdair se acercó varios pasos hacia él y se presentó:

—Señor, soy Alasdair Mackay, hijo de Ian Mackay y su futuro yerno. —Antes de continuar, echó una última mirada hacia Sheena, que mantenía la mirada fija en el suelo—. Debo informarle de una grave afrenta hacia mi familia por parte de vuestra hija.

Arthur dirigió entonces la mirada a Sheena, que miró de reojo a su padre y volvió a fijar los ojos en el suelo.

—¿Qué has hecho ahora, hija?

—Padre, yo...

Sin embargo, no pudo continuar, pues un ataque de tos le sobrevino a Arthur. Sheena se acercó corriendo a su padre y lo ayudó a sentarse. Era la primera vez que fue consciente de los estragos que hacía la enfermedad en su padre. La tez de Arthur se tornó rojiza debido a la falta de oxígeno.

Sheena le alcanzó un pañuelo y se lo dio. Su padre lo aceptó de buena gana y se recostó sobre la silla para recuperar el aliento. Cuando por fin la tos dio paso a la calma, retiró el pañuelo de su boca y en ese momento fue cuando Sheena se dio cuenta de lo que había en el pañuelo.

—Padre, eso es sangre —dijo en voz baja.

—Esto no es nada, hija —intentó restarle importancia para no preocuparla más.

Arthur bebió algo de agua que su propia hija le había preparado de la jarra que descansaba en una mesita cercana a la puerta. Respirando hondo, Sheena echó una mirada a Alasdair, y, aunque este parecía no sentir absolutamente nada en ese momento, la joven descubrió que el color le había desaparecido ligeramente del rostro.

—Y ahora, joven Mackay —siguió Arthur llamando la atención de ambos—, ¿qué es eso tan grave que ha hecho mi hija?

Alasdair lo miró con intensidad al tiempo que carraspeaba para aclarar su garganta. Tragó saliva sin saber qué decir. Una parte de él deseaba vengarse de Sheena, sin embargo, había descubierto que la enfermedad del padre de su futura esposa era verdad y, por la sangre, dedujo que le quedaba poco de vida. Por lo tanto, tomó una decisión, no obstante, Sheena se adelantó a él y le dijo:

—Padre, en el bosque he estado a punt...

—A punto de tirarme del caballo —terminó Alasdair por ella.

Sheena lo miró anonadada, sin saber cómo continuar la explicación, ya que su padre estaba expectante ante la historia que ambos tenían que contarle.

—Sí. Su hija cabalgaba sin mirar por dónde iba, ha asustado a mi caballo y hemos estado a punto de chocar.

Arthur levantó una ceja sorprendido y a la vez extrañado por la historia que acababa de contarle su futuro yerno. Miró a ambos alternativamente intentando descifrar si esas palabras eran ciertas. Sin embargo, los dos jóvenes mantenían una actitud distante y fría y no pudo descubrir la verdad.

—Bueno —comenzó diciendo lentamente, obviando el hecho de que sabía que le habían mentido—, espero que no vuelva a ocurrir, hija.

Sheena se apartó de él unos pasos y agachó la cabeza, no sin antes dedicarle una mirada llena de intención a Alasdair.

—Claro que no, padre.

Arthur asintió complacido y después miró hacia Alasdair, que no le quitaba ojo a Sheena.

—Joven Mackay, ¿dónde está vuestro padre? —preguntó extrañado—. Creía que vendría al enlace a sellar nuestro pacto amistoso.

—Por supuesto, señor —contestó—, lo hará. Está a solo unas millas de aquí. Viene con toda la comitiva. Llegará en unas horas.

Arthur se sintió complacido con su respuesta y se incorporó despacio en la silla.

—Como acabas de comprobar, estoy enfermo y no puedo moverme mucho por el castillo. Mi hija te enseñará las habitaciones acondicionadas para vuestro descanso estos días.

Sheena giró la cabeza hacia su padre como movida por un resorte. No podía creer lo que acababan de escuchar sus oídos. Abrió la boca para contestar, pero la mirada que le dedicó su padre fue suficiente para cerrarla y asentir obedientemente. Apretó los puños con fuerza, al igual que su mandíbula, y tras despedirse de su padre, salió decidida del despacho.

—Un placer, señor —dijo Alasdair antes de salir tras ella de la estancia.

Sheena lo estaba esperando en el pasillo y cuando vio la sonrisa con la que el joven abandonaba el despacho de Arthur resopló enfadada.

—Puede que te hayas ganado la confianza de mi padre, pero no la mía, Mackay —dijo entre dientes antes de comenzar a caminar por el pasillo.

La joven escuchó la suave risa de Alasdair a su espalda, lo cual provocó que volviera a enfadarse.

—Tal vez... —contestó relamiéndose—, pero no olvides que me debes una, lady MacLeod.

Sheena se paró en seco en medio del pasillo y se volvió hacia él con el rostro iracundo.

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—Porque si lo hubiera hecho, ahora no me deberías ese favor.

Alasdair sonrió pícaramente y paseó su mirada traviesa por el cuerpo de la joven.

—No pienso devolverte el favor, Mackay. No te hagas ilusiones.

La sonrisa de Alasdair se ensanchó.

—Ya veremos... —prometió siseando las palabras.

Sheena apretó los dientes y se giró hacia la doncella que se aproximaba a ellos a través del pasillo.

—¡Deirdre! —llamó su atención la joven—. Enséñale sus aposentos a... —Se giró hacia Alasdair sin saber cómo presentarlo— al señor Mackay.

—Preferiría que lo hicieras tú —intervino el joven con una sonrisa triunfal.

—Vete al infierno —fue la respuesta de Sheena antes de dirigirse hacia la salida del castillo y desaparecer.

Sheena se dirigió hacia una de las almenas del lado este del castillo. Aquel era uno de sus lugares favoritos desde que era una niña y siempre acudía allí cuando necesitaba pensar sobre algo realmente importante. Desde ese lugar podía ver el precioso acantilado que había a solo unos metros cerca de allí. El mar estaba en calma, aunque no su alma, que deseaba correr hacia la ladera del acantilado y dejarse caer por él hacia las tranquilas aguas.

La joven no podía dejar de sentir que, en tan solo unas horas, su vida había dado un giro demasiado grande para asimilarlo en tan poco tiempo. Siempre pensó que su padre la dejaría decidir sobre su propio futuro. Jamás pensó que algo tan banal para ella como el matrimonio sería tan

importante para el clan o para su padre.

Sheena estaba segura de que la querrían y aceptarían aunque la joven no estuviera casada, ya que les había demostrado a todos que era capaz de luchar y llevar las riendas del clan sin necesidad de la ayuda de nadie, ni siquiera la de su propio padre. Desde muy pequeña había mostrado su inteligencia, había visto a su padre una y otra vez llevar las cuentas de todo el clan, luchar, enviar órdenes a sus hombres... Y todo sin ningún tipo de ayuda, más que la de un amigo que solo le aconsejaba lo que era mejor para el clan, y en incontables ocasiones no escuchaba sus palabras.

Sheena, a pesar de haber entrado ya en la veintena, aún no había logrado entender por qué el mundo en el que vivía era solo de hombres. ¿Acaso las mujeres no tenían nada que aportar al mundo más que hijos y un plato de sopa caliente para comer? Ella sabía que era capaz de mucho más que eso, sin embargo, ahora la vida la ponía en el mismo lugar que cualquier otra mujer: atada a un marido de por vida. ¿Cómo sería Alasdair como marido? ¿Sería capaz de apartarla de las riendas del clan para ser él quien diera las órdenes? Tal vez sí, pero no se lo pondría fácil. No dejaría que él ni nadie la aislaran para arrebatarle lo que era suyo: la libertad de decidir.

La joven se limpió las lágrimas al tiempo que un trueno resonaba en la lejanía. Miró al horizonte y descubrió que unas nubes negras se cernirían sobre el castillo Auld antes del anochecer. Y fue en ese preciso momento, en que vio que el tiempo estaba cambiando, cuando decidió que ya era hora de cambiar también el mundo, de que al menos una mujer se levantara en contra de las leyes impuestas por los hombres, de que ese mundo en el que vivían también fuera de las mujeres y de que las ideas de estas fueran escuchadas.

—Ahora entiendo por qué me hablabas tanto de este lugar.

La voz de Alasdair la sacó del ensimismamiento y de sus pensamientos. Sheena no pudo evitar dar un pequeño brinco debido al nerviosismo que le provocaba la voz y el cuerpo de Alasdair cerca de ella. La joven se giró para mirarlo, aunque enseguida volvió la mirada al horizonte y a ese mar en calma que ya estaba comenzando a embravecerse.

Recordó las incontables veces que le había hablado de esa almena a Alasdair. Desde muy pequeña le había encantado aquel lugar, poder ver la lejanía y evadirse de la falta de un abrazo o un consejo maternal. El acantilado visto desde la almena era su refugio, y lo había compartido con él como tantas y tantas otras cosas de las cuales ahora se arrepentía.

—¿Me has seguido? —preguntó sin contestar a sus palabras.

—Sí —fue su escueta respuesta.

Alasdair se aproximó a ella y se colocó a su lado. Sheena lo miró de reojo y vio que el joven miraba hacia el horizonte ensimismado al tiempo que se cruzaba de brazos. Unos brazos cuyos músculos se marcaban a través de la ropa... Cuando Sheena se dio cuenta de que estaba admirando el cuerpo del joven, volvió la mirada también hacia el horizonte.

—Había escuchado maravillas sobre este castillo, pero nunca pensé que fuera tan... especial.

Sheena frunció el ceño. Volvió a mirar a Alasdair y descubrió verdadera admiración por ese lugar, y en ese momento vio tambalear los pensamientos que ella misma había tenido justo antes de la llegada del joven.

—Pues no te acostumbres a las vistas —le contestó secamente—. Este nunca será tu hogar.

El joven sonrió y se giró hacia ella. La observó detenidamente mientras la joven miraba hacia el frente, consciente de que los ojos de Alasdair estaban fijos en ella.

—Creía que el matrimonio sería más aburrido —comenzó diciendo—. Ahora sé que será muy

divertido.

Sheena resopló enfadada, lo cual aumentó la sonrisa del joven. Lo miró desdeñosa y le dijo:

—Será tu peor pesadilla —contestó la joven apretando los puños.

La respuesta de Alasdair llegó en forma de carcajadas. Sheena cerró los ojos intentando calmarse, pero no logró conseguirlo. No podía creer que Alasdair se siguiera comportando con ella como hacía cuatro años cuando aún eran amigos. Ella lo consideraba ahora un enemigo, sin embargo, él se comportaba como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Y eso le molestaba. A la joven le dolía aún su traición y él solo se reía en su cara.

Cuando comenzó a sentir en el pecho el dolor que le producía la rabia que sentía al verlo reír de aquella manera, pasó por delante de él para dirigirse hacia las escaleras que daban acceso a la almena. Sin embargo, la mano de hierro de Alasdair la detuvo. Sus carcajadas se habían dejado de oír y solo el viento fuerte que traía la tormenta era el único que rompía el silencio que se había instalado entre ellos.

Sheena intentó deshacerse de su amarre, aunque el joven apretó más sus dedos alrededor del delgado brazo de ella y tiró suavemente para acercarla más a él.

—La Sheena que yo conocía siempre tenía respuestas para todo —dijo en tono casi conciliador, aunque sin abandonar la picaresca.

—La Sheena que tú conocías murió el día que su mejor amigo la traicionó —contestó ella entre dientes.

El gesto de Alasdair cambió por completo. La sonrisa desapareció de sus labios y de repente se puso tan serio que Sheena sintió miedo. El joven Mackay resopló con lentitud, intentando buscar las palabras adecuadas para contestarle. Tras unos segundos de silencio, dijo:

—Te voy a demostrar que no fui yo quien te traicionó.

Sheena elevó una ceja.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

Alasdair se aproximó lentamente hacia ella, acortando considerablemente la distancia entre ambos, lo cual provocó un ligero nerviosismo en la joven.

—Eso da igual. Solo tiene que importarte el final.

—Estoy impaciente por que lo descubras —contestó Sheena altanera sin amilanarse ante la proximidad del joven.

Alasdair sonrió de lado, gesto que estuvo a punto de provocar que la joven mirase hacia otro lado, pues aquella sonrisa despertaba en ella sentimientos que ella consideraba que le acarrearían más problemas. Sin embargo, se mantuvo con la cabeza alta y mirándolo a los ojos.

—Y yo estoy impaciente por otras cosas... —fue la respuesta de Alasdair al tiempo que la miraba con deseo.

—Jamás —contestó la joven antes de darse la vuelta para seguir su camino.

No obstante, de nuevo la mano fuerte de Alasdair la detuvo y la giró hacia él. Sheena estuvo a punto de decirle algo, pero la boca del highlander selló la suya con un apasionado beso que la dejó sin aliento.

Aquella era la primera vez que alguien la besaba. Hasta hacía cuatro años siempre deseó que Alasdair fuera el primero en hacerlo, sin embargo, después de su traición, no se había vuelto a plantear la idea de besarse con alguien. Los labios de Alasdair eran rudos, salvajes. Sin lugar a dudas, la joven descubrió que sabía lo que hacía, por lo que estuvo segura de que no era la primera

mujer a la que besaba, lo cual le provocó celos.

Alasdair pasó una de sus manos por la cintura de Sheena para acercarla más a él y poder sentir su cuerpo, al mismo tiempo que la joven pudiera sentir su virilidad deseando salir de entre los pliegues del kilt para penetrarla. Su otra mano la pasó por el pelo de Sheena. Quería sentir la suavidad de este y las palpitaciones del corazón de la joven mientras su lengua penetraba en su boca para saborearla con rudeza.

Durante unos segundos, Sheena sintió cómo se paralizaba el tiempo entre los dos, ni siquiera escuchaba el sonido del viento a su alrededor. Solo existían ambos mientras un fino hilo los aproximaba de nuevo después de tantos años. Sheena sintió dentro de su pecho el mismo nerviosismo que la acosaba cada vez que quedaba con él en la charca en medio del bosque hacía años, ese hormigueo que le recorría el estómago y le impedía comer con normalidad aquel día, la necesidad de más... Sin embargo, la razón se impuso justo en ese momento. En el mismo instante en que la imagen de Alasdair tumbado en el suelo con la camisa abierta y la inicial de su nombre grabada en el pecho apareció en su mente. Ese instante en el que la traición se interpuso entre los sentimientos...

Sheena se apartó de él y lo miró fijamente antes de darle una sonora bofetada.

—Te recuerdo que no soy nada tuyo. Así que no cojas lo que no te pertenece —dijo antes de marcharse y dejarlo solo a merced de la tormenta.

CAPÍTULO 4

Sheena se dirigió directamente hacia su dormitorio como si la persiguiera el mismísimo diablo. No habló con ninguna de las personas con las que se cruzó. De hecho, estuvo a punto de chocar con su padre, pero ni siquiera fue consciente de su presencia hasta que Arthur le habló:

—Hija, ¿te encuentras bien?

—¿Eh? Sí, padre.

La joven se giró para subir las escaleras, sin embargo, de nuevo la voz de su padre la interrumpió.

—Ian Mackay está a punto de llegar. Recuerda que esta noche haremos una cena en su honor antes de la boda.

Sheena frunció el ceño y asintió sin pronunciar palabra antes de marcharse y subir las escaleras como una exhalación.

Cuando la joven cerró la puerta de su habitación, se apoyó contra esta y suspiró profundamente. Solo entonces se sintió verdaderamente tranquila. Los latidos de su corazón se serenaron y volvieron a latir más despacio, haciendo que su respiración fuera más calmada. Sin pensar en lo que hacía, llevó los dedos de su mano derecha hacia los labios y los presionó ligeramente. Aún sentía las palpitaciones que le habían provocado el beso, como si los labios de Alasdair estuvieran aún posados allí.

La joven sintió una fuerte presión en el pecho. No podía creer lo que acababa de suceder. Su peor enemigo la había besado. Y lo peor de todo era que le había gustado. La calidez y rudeza de los labios de Alasdair la habían atraído hacia él como si tuvieran la solución a todos sus problemas. Sin embargo, no era así.

Sheena se separó de la puerta y se dirigió hacia la ventana, desde donde podía ver la llegada de Ian Mackay y todo su séquito de hombres. Se sentó en el alféizar de la misma e intentó olvidar lo que había sucedido en la almena. Debía seguir viendo a Alasdair como su enemigo. No podía bajar la guardia, pues estaba destinada a casarse con él y podría usar sus besos para convencerla en un futuro.

La llegada de Ian Mackay minutos después la alejó del ensimismamiento en el que se había sumido desde que había llegado a su dormitorio. Desde allí vio de nuevo al que hasta hacía poco había sido un enemigo de su padre y de su clan durante años. Aún no sabía qué le había llevado a su padre a declararlo su enemigo, pues siempre que le hablaba de él y ella le preguntaba, Arthur nunca contestaba a sus preguntas sobre ese tema en especial.

Se encontraba a la misma distancia que ese mismo día en el riachuelo cuando estuvo a punto de matarlo. Sin embargo, el odio que había sentido esa misma tarde le había impedido verlo con más claridad. Era consciente del parecido más que razonable con su hijo, no obstante, en ese momento se dio cuenta de cuán grande era esa similitud en los rostros de ambos. Vio reflejada la cara de Alasdair en la de su padre y supo cómo se vería con unos años más. Ian Mackay era muy atractivo para su edad. Conservaba bastante bien las facciones juveniles y atrevidas de la juventud, y cuando vio salir a su hijo del castillo, se le dibujó una sonrisa de felicidad en el rostro, la misma que solía poner Alasdair cuando la veía llegar a la charca hacía años.

Sheena se preguntó qué sería de la madre del joven, aunque, por su ausencia, supuso que habría muerto durante los cuatro años que no había sabido nada de su vida. Lo sintió por él, pues sabía que era muy importante para su vida.

Desde allí lo vio abrazar con cariño a su padre para conducirlo después dentro de los muros del

castillo mientras su séquito se quedaba en el patio para descargar todas las pertenencias con las que habían viajado hasta allí.

Nada más verlos desaparecer por la entrada, alguien llamó a la puerta de su dormitorio. Dirigió su mirada hasta allí y deseó, durante unos instantes, abrir la ventana y saltar para evitar el momento que tanto temía: presentarse ante Ian Mackay. ¿Le diría Alasdair que había intentado matarlo en el bosque? No quería imaginarse la cara de su futuro suegro cuando su hijo le contara lo que había ocurrido.

Sheena apretó los puños al tiempo que intentaba calmar su corazón. El sonido de los puños contra la puerta volvió a resonar en su alcoba y, tras un fuerte suspiro, se levantó y se dirigió hacia ella para abrirla.

El rostro de una doncella asomó tímido tras la puerta. Casi sin mirarla a los ojos le dijo:

—El señor me envía para que le pida que baje al despacho enseguida. —Casi tartamudeaba, pues la joven admiraba la terquedad y valentía de su futura jefa del clan.

—Está bien —contestó volviendo a suspirar—. Iré enseguida.

La doncella asintió y se volvió como una exhalación para ir a avisar a Arthur sobre las palabras de la joven.

Sheena volvió a encerrarse en su dormitorio. No podía salir aún con ese estado de nerviosismo. En su interior sabía que sus pensamientos no solo estaban en Ian Mackay, sino en volver a ver a Alasdair después de lo que había ocurrido entre ellos en la almena. ¿Cómo debía reaccionar cuando lo tuviera delante, como si no hubiera pasado nada? ¿Podría mirarlo a la cara sin volver a sonrojarse? ¿La traicionaría su propio cuerpo? ¿Su padre sabría lo que había pasado entre ellos? Esas y otras muchas preguntas se agolpaban dentro de su cabeza, haciendo que el tiempo corriera en su contra e impacientando, seguramente, a su padre.

Se encaminó hacia el espejo y observó su reflejo en él. Su vestido se había arrugado ligeramente y tenía el pelo enredado debido al viento de esa tarde. Agarró el cepillo y lo peinó lentamente para desenredarlo y volver a hacerse una trenza. No sabía por qué tenía la necesidad de causar buena impresión a Ian Mackay, aunque suponía que se debía a que, si sabía que había intentado matarlo, quería cambiar la impresión que tuviera de ella.

Cuando hubo terminado, se dio el visto bueno, e intentando simular una sonrisa salió con decisión del dormitorio. Quería enfrentarse cuanto antes al padre de Alasdair y terminar con aquello cuando antes.

Cuando Sheena se aproximaba al despacho, escuchó ciertas risas procedentes del interior del mismo. Pudo reconocer la voz de su padre, la de Alasdair y, por descarte, la de Ian. Antes de llamar a la puerta, se dedicó a escuchar una parte de aquella conversación que parecía ser tan interesante y descubrió que su padre estaba contando algunas anécdotas de cuando ambos jefes eran aún jóvenes y no se habían casado.

Descubrió en ese momento, a pesar de que siempre había intentado sacar información a su padre, que ambos habían luchado juntos en algunas peleas entre clanes y que siempre se habían apoyado mutuamente. Ambos habían conocido a Sarah, la madre de Sheena, cuando intentaron robar una vaca en su casa.

—¿No entra, señorita?

La voz de una de las doncellas le provocó un susto tremendo. Sheena lanzó un pequeño grito, pues tan metida estaba en la conversación de su padre que no había escuchado los pasos de la doncella

detrás de ella.

—Lo siento, señorita. No quise asustarla —se disculpó la joven a punto de echarse a llorar.

—No pasa nada —contestó Sheena cuando recuperó el aliento—. Ha sido culpa mía.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió de golpe. Arthur apareció tras ella y las miró detenidamente.

—¿Ocurre algo, hija?

Sheena negó efusivamente.

—Nada, padre.

Sheena miró a la doncella y le sonrió para restarle importancia a lo ocurrido entre ambas. No quería que la joven le tuviera miedo. Sabía que había obrado mal al espiar la conversación de su padre, pero él nunca le había hablado de su madre con tanta naturalidad como lo había hecho con Alasdair. Y no pudo evitar sentir ciertos celos del joven.

Sheena mantuvo la cabeza alta al entrar y dirigió una mirada hacia Ian Mackay. Intentó obviar la presencia de Alasdair, pues sabía que los ojos del mismo estaban fijos en ella y no podría aguantarle la mirada durante mucho tiempo sin llegar a sonrojarse. Ian le devolvió la mirada y la joven supo en ese momento que Alasdair le había contado lo ocurrido en el bosque, pues sus ojos reflejaban una mezcla de odio y admiración por ella. Durante unos instantes, Sheena le mantuvo la mirada altiva y solo la desvió cuando su padre posó su mano sobre su brazo para conducirla hacia Ian.

—Querido amigo —Esas palabras hicieron que Sheena lo mirara al tiempo que elevaba una ceja—, esta es Sheena, mi única hija.

El silencio que siguió a las palabras de Arthur provocó cierto nerviosismo en la joven, que no supo cómo actuar ni qué decir. El aludido fue el primero en moverse y aproximarse a la joven. Con caballerosidad, y sin desviar la mirada de sus ojos, le cogió la mano derecha y la llevó hacia sus labios para depositar un beso sobre ella.

—Sois aún más hermosa que vuestra madre —dijo con admiración reflejada en sus ojos.

—Gracias, señor —fue a escueta respuesta de Sheena.

—Sheena es la viva imagen de Sarah —comentó Arthur con la misma admiración que Ian—. Nuestro señor me arrebató a mi querida esposa, pero me dejó seguir admirando la belleza que poseía.

Ian asintió en silencio. Sheena se sentía incómoda con su mirada, pues parecía haber algo en ella que no lograba descifrar cuando la miraba. Incómoda, desvió la mirada hacia Alasdair, aunque fue su gran error. Este estaba sonriendo pícaramente y ese gesto le recordó lo sucedido horas antes en la almena.

La joven carraspeó y miró hacia el suelo, ya que no quería que los allí presentes se percataran de su sonrojo ni de su incomodidad.

—Bueno —comenzó Arthur—, Ian y yo hemos hablado sobre la boda y hemos pensado que se celebrará dentro de tres días en la capilla del castillo.

Sheena levantó la mirada de golpe. ¿Había escuchado bien? ¿Tres días? La joven miró sorprendida a su padre, ya que pensó que había escuchado mal, sin embargo, la mirada de complicidad que le dedicó Arthur le confirmó que así era. Dentro de tres días estaría casada con Alasdair. Miró al joven para ver qué descubría en su mirada y vio que estaba tan sorprendido como ella, aunque intentaba disimularlo. Parecía aceptar lo que su padre había decidido sobre su futuro. ¿Aquel era el Alasdair que conocía? ¿Aceptaba que lo obligaran a casarse en solo tres días? ¿Acaso

iba a quedarse callado sin decir nada?

Sheena volvió a mirar a su padre. La joven sentía que un intenso calor le recorría el cuerpo al tiempo que un nerviosismo le atenazaba las manos, que ya empezaban a temblar por el enojo.

Arthur le devolvió una mirada llena de intención. Conocía a su hija y no estaba dispuesto a soportar un arranque de ira de los suyos.

—Padre —comenzó la joven apretando los puños—, tres días es muy pronto.

—No te preocupes por el vestido, hija. —Arthur desvió el tema para que la joven no replicara—. Las costureras ya han empezado con el trabajo.

¿Ya habían comenzado? ¿Acaso su padre sabía que la boda iba a ser tan repentina? Se sintió como una marioneta de las que llevaban los actores al castillo cuando había alguna fiesta. Parecía sentir que unos hilos manejaban su vida de repente y había perdido el control sobre ella misma. Miró con dolor a su padre. Siempre habían tenido plena confianza para contarse cualquier cosa. Sin embargo, los planes de boda los había hecho a sus espaldas, pues sabía que la joven iba a negarse en rotundo.

Con lágrimas en los ojos, Sheena dio unos pasos hacia atrás para dirigirse hacia la puerta.

—Si me disculpan, debo ir a cambiarme para la cena de esta noche —dijo con voz temblorosa.

Antes de esperar una respuesta, la joven se dio la vuelta y salió del despacho. Entonces, las lágrimas ya recorrían su rostro, perdiéndose entre los pliegues de su vestido. Con pasos rápidos, se alejó de allí, dispuesta a encerrarse en su dormitorio hasta que la doncella fuera a buscarla para aparecer en la cena de gala en honor al clan Mackay.

Unas horas después, Sheena se serenó y dejó de llorar. Ya era la hora de la cena y escuchaba desde allí el ajeteo de los sirvientes de un lado para otro. Y estaba segura de que su padre ya estaba preparado esperándola en el gran salón del castillo. No deseaba hacer esperar a su padre, pues no quería que su salud se resintiera por su culpa. Sin embargo, habría deseado meterse bajo la cama y desaparecer durante las horas de la cena y el posterior baile.

Ya se había cambiado de vestido y se había preparado a conciencia para la ocasión. Había elegido uno de los mejores vestidos que conservaba de su difunta madre y tras mirarse en el espejo descubrió que le quedaba perfecto. Se trataba de un vestido de color verde esmeralda con mangas francesas de color blanco, al igual que la parte central del corpiño, también blanco. Este tenía en el centro bordados con hilo de oro tres cardos escoceses. Y para ella lo mejor del vestido era la ausencia de tela en la parte del cuello. Toda la base de los hombros hasta el cuello no tenía tela, parecido a un palabra de honor, lo cual le daba un toque desenfadado y algo atrevido al vestido.

Una de las doncellas más veteranas en el castillo le había comentado tras su elección que ese era un vestido casi vetado por su padre cuando su madre lo compró. Sin embargo, había accedido a que se lo pusiera en contadas ocasiones. Sheena le restó importancia a las palabras de la doncella y esperó que su padre no le prohibiera entrar de esa guisa al gran salón.

Sheena sonrió en el espejo. ¿Qué cara pondría Alasdair cuando viera sus hombros al descubierto? ¿Pondría el grito en el cielo como tal vez haría su padre después de la cena o tal vez le agradecería verla así? La joven sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de ella. ¿Acaso le importaba lo que pensara Alasdair? ¿Necesitaba su aprobación respecto a algo tan banal como la vestimenta? No obstante, una parte de ella deseaba conocer los pensamientos que rondaran por su mente cuando la viera aparecer en el gran salón.

Con delicadeza, se dispuso a peinarse para preparar su pelo. La joven soltó su esplendorosa cabellera negra de la trenza y lo peinó lentamente, dándole forma a las ondas y dejándolas caer con

cuidado a su espalda antes de volver a agarrar un nuevo mechón. Cuando ya tuvo su pelo debidamente peinado, se hizo un recogido únicamente con la mitad del cabello, ya que siempre le había gustado que su melena o parte de esta cayera suelta por su espalda.

Con el cuerpo recto y la cabeza alta salió de su dormitorio y se dirigió a las escaleras. A cada metro que avanzaba podía sentir las miradas de los sirvientes sobre ella. La joven sonrió, pues pensaba que lo hacían por lo atrevido de su vestimenta. No obstante, la gran mayoría la miraba porque se habían quedado de piedra con su belleza. Muchos de ellos trabajaban en el castillo desde antes de su nacimiento y al verla aparecer vestida así, pensaron que Sarah, la madre de Sheena, había regresado de entre los muertos para acudir a la boda de su hija, pues era la viva imagen de su madre con ese vestido puesto.

—Señorita —le dijo una de las doncellas cuando la vio al pie de la escalera—, su padre me ha enviado a por usted. Ya están todo en el salón esperándola para cenar.

—Gracias —contestó Sheena con una sonrisa.

La doncella le hizo una pequeña reverencia antes de desaparecer por el pasillo, no sin antes dedicarle una mirada de admiración a la hija del señor, pues su belleza se había intensificado aquella noche.

Sheena caminó sin prisa, pero sin pausa hacia la puerta del gran salón. Desde allí podía escuchar el griterío que tenían los hombres de ambos clanes. Se escuchaban risas y bromas, palabras obscenas y exclamaciones de valentía por parte de muchos de los allí presentes.

Sheena se armó de valor y abrió la puerta del salón. Tras un suspiro, la joven comenzó a dar pasos hacia la mesa que presidía la estancia y en la que se habían sentado su padre, Ian Mackay y Alasdair. A ambos lados del salón se habían colocado dos mesas, donde iban a cenar los guerreros de ambos clanes que serían testigos de la boda de ambos jóvenes.

El silencio se hizo a su alrededor. Ya no se escuchaban las risas ni las bromas de hacía tan solo unos segundos. Todos los ojos de la sala estaban puestos sobre ella, provocando que la joven sintiera cierto nerviosismo e incomodidad. Sin embargo, los ojos de la joven se habían posado desde el primer momento en Alasdair, que mantenía el rostro impassible. La miraba fijamente y vio cómo sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo. La mirada del joven Mackay estaba cargada de ansiedad y deseo, aunque intentaba disimularlo para que Sheena no descubriera lo que pasaba en ese momento por su mente.

Alasdair paseó la mirada por todo el salón y vio en los ojos del resto de hombres lo mismo que había en los suyos hacía solo unos segundos. Sin llegar a entender el porqué, sintió contrariedad, aunque no por la vestimenta de Sheena, ya que él conocía el afán de la joven por sorprender siempre a los de su alrededor, sino por las miradas intensas que le dedicaban el resto de hombres allí presentes.

Alasdair volvió a admirar la belleza que desprendía Sheena. Su pelo brillaba con la intensa luz de los candiles que pendían de las paredes, incluso ella misma parecía resplandecer con ese vestido. Desde muy joven la había visto con pantalón y chaquetas que escondían toda su anatomía. Pero aquella noche, con ese vestido que dejaba al descubierto su cuello y sus hombros, la veía más femenina que nunca. Y sintió durante un segundo el deseo irrefrenable de correr hacia ella y tapar la carne que quedaba al descubierto con su propia boca. Deseó saborear la base de su cuello una y otra vez sin importarle que gran parte de los hombres del clan estuvieran delante. Sin embargo, cuando descubrió que la joven lo estaba mirando, carraspeó incómodo y desvió la mirada hacia su plato,

gesto que Sheena interpretó como desagrado y contrariedad. Ella siguió avanzando, ajena a la mirada de los hombres, hacia la silla que había libre a la derecha de su padre y a la izquierda de Alasdair. Intentó no mirar a su padre, pues estaba segura de que su mirada estaba cargada de reproche por usar ese vestido, y se sentó a su lado en completo silencio.

Poco a poco, un nuevo murmullo entre los allí presentes fue alzándose y las conversaciones entre ellos surgieron de nuevo, olvidando la llegada de la hija del jefe del clan MacLeod. Para alivio de Sheena, su padre retomó su cena y apenas le dirigió la palabra mientras saboreaba el pavo asado que habían preparado especialmente para Ian Mackay, pues Arthur recordaba que aquella era su comida favorita.

Durante gran parte de la cena, Sheena sintió una gran incomodidad, pues el silencio de su padre le indicaba que se sentía mal o bien que estaba enfadado con ella. Y Alasdair charlaba en voz baja con su padre. Ella se dedicó a mirar su plato en silencio. El nerviosismo que había sentido al llegar allí se había acrecentado, impidiéndole probar bocado de aquella espléndida cena. Tan solo removía una y otra vez los trozos de pavo en el plato.

Cuando por fin todos dieron buena cuenta de la cena, Arthur se levantó con dificultad. Sheena vio que la enfermedad corría por sus venas a una gran velocidad y algo le indicaba que le quedaba poco tiempo para disfrutar de la compañía de su padre. Vio que este agarraba su copa llena de whisky y la levantaba mirando hacia los futuros contrayentes.

—Señores, debo dedicar unos momentos para brindar por los futuros novios. La boda será dentro de tres días en este mismo castillo y haremos una gran celebración.

Una gran ovación siguió a las palabras de Arthur hasta que este les indicó silencio con las manos.

—Les deseo toda la felicidad del mundo. Hija mía, sé que cuando me vaya serás una de las mejores jefas que han tenido los MacLeod, y con la ayuda de tu futuro marido harás de este un clan mejor.

Sheena apretó las manos con rabia cuando escuchó las últimas palabras de su padre. ¿Acaso ella sola no iba a poder hacerlo bien? Haciendo un gran esfuerzo, la joven levantó la mirada hacia los allí presentes y después la dirigió hacia su padre. Intentó esbozar una sonrisa y asintió obediente a pesar de que en su corazón sentía una tremenda rabia y ganas de gritar a todos que ella sola era capaz de eso y mucho más. Sin embargo, se mordió la lengua y volvió a mirar el pavo que aún reposaba en su plato.

Sheena escuchó que todos cogían sus copas y las levantaban en su honor y en el de Alasdair. Vio de reojo que el aludido levantó también su copa y brindó con ellos, por lo que la joven hizo lo mismo que él. No deseaba ganarse la enemistad de los hombres del clan antes de ser la jefa.

Cuando iba a bajar de nuevo la copa, Sheena escuchó que a su lado su padre tosía con fuerza. Se giró al instante y dijo:

—Padre, ¿te encuentras bien?

Arthur asintió antes de que el ataque de tos llegara a su fin. Después le sonrió y le restó importancia con un gesto de la mano.

—Será mejor que me marche a dormir, hija.

Sheena asintió y se adelantó a él.

—Lo acompaño a su dormitorio.

Arthur negó en rotundo.

—Quédate aquí para atender a los invitados, hija. No te preocupes por mí.

Sheena iba a replicar, pero la mirada de su padre fue contundente, por lo que calló y volvió a sentarse junto a Alasdair, que se mantenía en silencio y con la mirada puesta en el plato o en Ian.

—Pues qué diversión... —susurró para sí la joven antes de soltar con rabia la servilleta sobre la mesa.

Sin embargo, tan metida estaba en sus propios pensamientos que no vio asomar la sonrisa de Alasdair al tiempo que la miraba de reojo.

CAPÍTULO 5

Los tres días siguientes pasaron tan rápido que Sheena apenas fue consciente de lo que ocurría a su alrededor. Durante esos días no vio por ningún lado a Alasdair, ni siquiera cuando preguntaba a sus doncellas de confianza sabían darle explicación alguna, tan solo que había salido con su padre y no lo habían visto regresar.

El castillo era un hervidero de sirvientes durante esos días. Todos correteaban de un lado para otro intentando que todo estuviera preparado para el día del enlace. Sheena miraba todo una y otra vez como si aquello fuera ajeno a ella. Era una decoración preciosa, sin embargo, ella deseaba haber podido elegir respecto a su vida. Incluso descubrió que algunas de las sirvientas del castillo la miraban a escondidas como si esperases que en cualquier momento la joven se revelara contra los deseos de su padre y cancelara el enlace. Sin embargo, sabía que no podía ser así, ya que crearía un nuevo conflicto con los Mackay.

Durante esos días, Sheena se planteó la idea de contarle a su padre lo que había ocurrido con las joyas de sus antepasados, ya que estaba segura de que si él lo supiera, no la casaría con Alasdair. Sin embargo, volvió a recordar la promesa que se había hecho a sí misma de no confesar la verdad.

Sheena se encontraba tremendamente nerviosa aquella mañana. Sabía que no debía estarlo, que aquello era solo una pantomima para alegrar a su padre moribundo, sin embargo, algo dentro de ella le decía que no era así. Que aquel nerviosismo se debía a que iba a casarse con el hombre al que tanto había deseado en su adolescencia, el que tanto le quitaba el sueño y el que la traicionó de la manera más vil.

La joven suspiró y se dirigió hacia el alféizar de la ventana. Se sentó sobre los cojines antes de que alguna de las sirvientas fuera hacia su dormitorio para prepararla para la ocasión. Desde allí podía ver la entrada y salida de personas del castillo. Todas corrían como nunca e incluso habían habilitado unas antorchas en el suelo para cuando la llegada de la noche impidiera ver en el patio del castillo.

Sheena sonrió. Sabía que cualquier mujer habría deseado una boda como aquella, con el que había sido el hombre de sus sueños. Sin embargo, ese día sentía que era el verdadero fin de su libertad. Que todo lo que había conseguido en la vida ese día iba a desmoronarse. Que ya no podría salir del castillo con total libertad sin tener que dar explicaciones a su marido.

Un nudo comenzó a formarse en su garganta al tiempo que un dolor agudo se instaló en su pecho. Siempre había sido una mujer fuerte, ya que había tenido que crecer rodeada de hombres y educada para algún día tomar posesión del cargo que ahora regentaba su padre. Ser jefe de un clan no era fácil, sin embargo, siempre se había sentido capaz de sobrellevarlo. Pero ¿podría hacerlo con la sombra de Alasdair tras ella? ¿Podría hacerlo sin tener que contar con el joven Mackay? Ahora la atenazaba la duda, algo que siempre había odiado. Dudaba sobre ella misma, sobre sus capacidades, y tenía miedo de transmitir esa inseguridad al clan y a sus enemigos.

Sheena miró al cielo con los ojos llenos de lágrimas y deseó con todas sus fuerzas que su matrimonio no fuera como el de la gran mayoría de las mujeres. Ella no deseaba ser la sirvienta de un marido que solo la quería para tener hijos. Deseó con todas sus fuerzas que Alasdair la dejara ser como ella siempre había soñado. Sin embargo, temía que el joven se vengara de ella haciendo precisamente lo contrario.

Sheena se limpió las lágrimas con rabia y justo en ese momento vio que su futuro marido llegaba a

caballo junto a su padre. Uno de los sirvientes corrió para ayudarlos y vio que ambos les dejaban a su cargo a sus caballos. Con decisión y paso firme, Alasdair entró en el castillo, no sin antes dedicar una mirada cargada de intención a la ventana del dormitorio de la joven. Sheena se levantó como movida por un resorte. ¿Acaso sabía que lo estaba observando desde la ventana? Se alejó unos pasos de allí justo en el momento en que unos nudillos insistentes llamaban a su puerta.

—¡Adelante! —dijo Sheena.

La joven cerró los ojos cuando la puerta de su dormitorio se abría para dar paso a la comitiva de doncellas que la acicalarían para su boda. Sin lugar a dudas, ya había acabado su soledad en ese castillo, pues a partir de ese momento, sus movimientos, decisiones, vestimenta y peinados dependían exclusivamente de las mujeres contratadas por su padre exclusivamente para la boda.

Pasadas un par de horas que le parecieron interminables, Sheena por fin se vio sola en su dormitorio. El silencio se había hecho a su alrededor y dio gracias por que así fuera justo antes de tener que salir para enfrentar a su destino. Durante esas dos horas, las doncellas la habían bañado, secado el pelo, decidido por ella el tipo de peinado que llevaría y habían puesto sobre la cama el que sería su vestido de novia. La joven había intentado por todos los medios no mirar hacia el lecho, sin embargo, la curiosidad la venció y antes de terminar su baño había echado un vistazo a su vestido. Con sorpresa, descubrió que se trataba del vestido que había usado su madre para su boda, y una sonrisa se dibujó en su rostro, pues siempre había pensado que aquel era el vestido más bonito que había visto jamás.

Se trataba de una prenda que habían confeccionado exclusivamente para su madre para el día de su boda años atrás. Por un lado, tenía una camisola básica de color blanco con mangas francesas y escote pronunciado. Sobre esta debía llevar un corsé de color champán con flores blancas bordadas a lo largo de toda la tela, y con un gran lazo en la parte de atrás para fijarlo fuertemente sobre el cuerpo. Finalmente, estaba el vestido propiamente dicho. Este era de color crudo casi en su totalidad, excepto en la parte central del corpiño, que volvía a ser de color champán y con rosas rojas bordadas en el pecho. Sheena fijó la mirada en la parte baja de la falda del vestido y vio las mismas rosas bordadas en el ribete, provocando que aquel vestido fuera la pieza más espectacular del baúl de su difunta madre.

Sheena siempre había soñado con probarse ese vestido, aunque no para su propia boda, sino solo para verse reflejada en el espejo e intentar descubrir cómo se había visto su madre el día de su boda.

Cuando las doncellas comenzaron a peinar su pelo e intentar descubrir qué peinado era el más favorecedor para la joven, ella agarró sus manos y se dio la vuelta para decirles:

—Lo quiero suelto.

Las sirvientas se miraron escandalizadas entre sí sin saber reaccionar, ya que no querían llevarle la contraria a la joven, pero tampoco deseaban que los demás pensaran que no habían hecho bien su trabajo.

—Pero, señorita, una novia debe llevar el pelo recogido. Es la tradición.

Sheena sonrió y se volvió de nuevo hacia el espejo antes de decirles:

—Las tradiciones están para cambiarlas.

Con la duda aún reflejada en sus rostros, las jóvenes comenzaron a peinar su pelo y a hacerle ondas que quedaran bonitas para llevar el pelo suelto. Admiraron la decisión y determinación de la futura novia para modificar y saltarse las normas de una boda. Ya habían oído ciertos cuchicheos sobre el carácter rebelde de la joven, pero aquello rozaba lo revolucionario.

Cuando terminaron con el pelo, Sheena se levantó para vestirse lentamente. Quería disfrutar de la sensación que pudo experimentar su madre el día en el que estrenó aquel vestido para su boda. Deseaba contagiarse de esas mismas sensaciones para poder disfrutar de aquel día tanto como ella. Sin embargo, ahora que se encontraba sola ante el espejo, ya que las doncellas se habían marchado para dejarla sola los momentos previos a la salida del dormitorio, no pudo sino derramar las últimas lágrimas de la libertad.

Sheena quiso abrir la ventana y proclamar a los cuatro vientos que era una mujer libre, sin ataduras, y que no deseaba nada de lo que iba a acontecer aquel día, que aquella situación era provocada por los deseos de su padre.

Pero ella era una mujer fuerte, siempre lo había sido. Nunca tuvo la oportunidad de sentirse débil. Entonces ¿qué hacía llorando una y otra vez? No podía dejar que aquel matrimonio no deseado pudiera con ella. No estaba dispuesta a que Alasdair venciera en su particular guerra. Por eso, Sheena se limpió con rabia las lágrimas de las mejillas y miró con determinación su reflejo en el espejo.

—Ni siquiera esto podrá conmigo —dijo antes de caminar hacia la puerta dispuesta a afrontar su destino con la misma valentía con la que se enfrentaba a un rival.

A medida que bajaba las escaleras, su determinación iba en aumento. Sheena sentía que nada podría pararla. El pasillo estaba vacío, y el resto del castillo también. Por lo que dedujo que ya todos debían estar en la capilla esperándola. Se había retrasado unos minutos, pero a pesar de eso caminaba con lentitud hacia donde estaban todos esperándola.

Sheena levantó la barbilla cuando vio la figura de su padre esperándola en la puerta de la capilla. Se sentía fuerte, capaz de poder atravesar incluso por encima de brasas ardiendo. Miró a su padre a los ojos y vio en él un orgullo que jamás le había transmitido.

—Estás hermosa, hija —dijo con una sonrisa—. Eres la viva imagen de tu madre.

Sheena le devolvió la sonrisa agradeciendo el cumplido. Nunca se había sentido tan bonita con un vestido, de hecho, ni siquiera había tenido el deseo de verse guapa con ningún tipo de ropa. Tan solo cuando hacía unos años se veía con Alasdair en la charca. Desde entonces había usado muy pocos vestidos bonitos. Hasta entonces.

Suspiró ligeramente nerviosa cuando la puerta de la capilla se abrió lentamente para darles paso a su interior. Esta era pequeña y se encontraba repleta de gente, que giró el cuello para verla aparecer.

El lugar siempre le había parecido muy acogedor, incluso ese día en el que estaba adornado con infinidad de flores blancas. Los muros de piedra sujetaban la techumbre de madera, y en uno de esos muros una vidriera dejaba paso a la luz multicolor de un dibujo sobre la crucifixión de Jesucristo. Los sirvientes habían dispuesto muchas velas alrededor de toda la capilla, llenando de luz el lugar y dándole un toque íntimo a la celebración del matrimonio.

El altar lo conformaban una mesa de piedra, sobre la que había un crucifijo y una copa de oro, y la imagen de un ángel alado, cuyos brazos se abrían como si quisiera dar un abrazo a los recién llegados. Frente a este altar había dos sillas para los novios, y una de ellas había estado ocupada por Alasdair hasta segundos antes de abrir la puerta para recibir a Sheena.

Cuando la joven dio un paso al frente y caminó lentamente hacia el altar, del brazo de su padre, sintió como si su estómago saltara dentro de ella cuando fijó su mirada en el que iba a ser su marido. Durante unos segundos, dudó sobre si realmente era el Alasdair que conocía, pues no se parecía en nada a cómo lo había visto hasta entonces. El joven llevaba puesto un uniforme de gala que lo hacía

tan impresionante que la dejó sin aliento durante unos momentos.

Cuando Sheena pudo volver a respirar, se fijó más detenidamente en Alasdair. Su pelo rubio estaba bien peinado y recogido en una pequeña coleta en la que podía verse una lazada con los colores típicos del clan Mackay, cuyas puntas reposaban sobre una camisa blanca reluciente con mangas ligeramente acampanadas y en cuyo cuello y puños había un pequeño encaje. Rodeando su hombro derecho, llevaba la típica capa escocesa, cuyos colores azul y verde, característicos del clan al que pertenecía, resaltaban sobre la camisa blanca. Se sujetaba la capa con un broche de oro que llevaba la forma del emblema de los Mackay.

De su cadera colgaba el kilt con los mismos colores que la capa de su hombro y, bajando aún más la mirada, vio que sus piernas estaban vestidas con unas medias de lana de color hueso. Alasdair se había enfundado también la espada, que colgaba de su cadera, y el *sporrán*.

Sin lugar a dudas, para Sheena estaba realmente impresionante. Jamás lo había visto de aquella guisa y la joven lo vio más atractivo que nunca.

—¿Estás bien, hija? —le preguntó su padre en apenas un susurro.

Sheena asintió, pues el nudo que se había instalado en su garganta le impedía pronunciar sonido alguno. Su corazón deseaba saltar y correr hacia Alasdair y besarlo, pues los ojos del joven la miraban de tal manera que le resultaba casi imposible resistirse a ellos.

Cuando por fin llegaron al altar, Arthur se apartó para sentarse en las sillas que habían habilitado para los familiares y dejó que el sacerdote comenzara con la misa.

—Hermanos, nos encontramos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a esta joven pareja: a Alasdair Mackay y Sheena MacLeod. El destino ha unido sus vidas para amarse y respetarse y ahora han decidido llevar un paso más este amor...

Sheena levantó una ceja y miró disimuladamente hacia el lugar donde estaba sentado su padre. La joven perdió el hilo de las palabras que estaba diciendo el sacerdote, pues con ese comienzo, en el que cada palabra era mentira, estuvo a punto de echarse a reír.

Su padre escuchaba atento al sacerdote y, a pesar de que sabía que la joven lo estaba mirando, obvió y huyó de los ojos acusadores de su hija, que volvió lentamente la cabeza de nuevo hacia el altar.

Sheena apretó los dientes con fuerza e intentó calmar la respiración, que se había acelerado tras escuchar el comienzo de la misa. Intentó huir mentalmente de aquel lugar para no seguir escuchando lo que ella consideraba que eran tonterías, pues no estaba interesada en oír que debía serle fiel a su marido y cuidarlo y respetarlo durante toda su vida.

Miró de reojo a Alasdair y vio que él sí estaba atento a las palabras del sacerdote, y no pudo evitar elevar de nuevo una ceja suspicazmente. Recordaba que siempre le había dicho el joven que la religión no era algo que le interesara en lo más mínimo y, sin embargo, en ese momento estaba realmente atento a las palabras.

Cuando Alasdair giró la cabeza hacia ella, la joven estuvo a punto de volver la mirada hacia el suelo, sin embargo, la sonrisa pícaro de Alasdair la distrajo y no supo cómo reaccionar. Durante unos segundos, se embebió del precioso color de ojos del joven y dejó vagar de nuevo su imaginación. Sin embargo, Alasdair carraspeó a punto de echarse a reír y miró al sacerdote cuando este la llamó insistentemente.

—Señorita MacLeod —La voz chirriosa del cura le hizo girar la cabeza hacia él lentamente, a sabiendas de que se había perdido algo de la ceremonia—, ¿me ha oído?

Sheena carraspeó al tiempo que respiraba hondo, pues no creía recordar un momento tan bochornoso como aquel en su vida. De reojo miró hacia atrás y descubrió que todos estaban esperando a que la joven reaccionara y contestara al sacerdote. Después dirigió de nuevo la mirada hacia Alasdair y vio que, disimuladamente, se tapaba la boca para que nadie viera que se estaba riendo.

Enfadada por ser el hazmerreír del joven, se volvió hacia el sacerdote y le dijo:

—No, no lo he escuchado.

El sacerdote chasqueó la lengua, contrariado.

—Le he preguntado, señorita —comenzó diciendo con mala cara—, si acepta por esposo a Alasdair Mackay y promete serle fiel todos los días de su vida.

Sheena sintió que su corazón se aceleró cuando escuchó las últimas palabras. “Todos los días de su vida...”. Esos eran muchos días...

Alasdair dejó de reír a su lado y la miró con intensidad esperando una respuesta por su parte. Sentía en la nuca todas las miradas de los allí presentes, especialmente la de su padre, que carraspeó intencionadamente para que dijera algo cuanto antes. La joven sabía qué quería decir su padre con ese carraspeo. Cerró los ojos durante un segundo y cuando los abrió, dijo:

—Sí, acepto.

Sheena creyó ver que Alasdair volvía a respirar a su lado, aunque cuando lo miró, este había vuelto la mirada y no pudo ver reflejado en sus ojos lo que estaba pensando en ese momento.

—Y usted, joven Mackay, ¿acepta por esposa a Sheena MacLeod y promete serle fiel todos los días de su vida?

Alasdair sonrió de lado y dijo:

—Sí, acepto.

—Entonces no me queda nada más que añadir. Tan solo espero que seáis felices en esta nueva etapa de vuestra vida. —Y dirigiéndose a Alasdair, dijo—: Sellad esta unión con un beso.

Sheena levantó la mirada de golpe. ¿Había oído bien? Su corazón comenzó a latir con fuerza. Miró a Alasdair, que ya estaba mirándola fijamente esperando a que ella diera un paso hacia él. Sin embargo, el nerviosismo provocó que la joven se mantuviera en el sitio sin poder moverse de allí, tan solo mirando a su ya marido.

La mirada de Alasdair se volvió intensa a medida que pasaban los segundos. Todo el mundo estaba esperando el deseado beso entre ambos y mantenían su vista sobre los novios. Sheena recordó en ese momento lo que había ocurrido entre ellos en la almena los días previos a la boda. Ese beso había provocado en ella sentimientos encontrados que creía haber olvidado hacía años. Y ahora estaba a punto de revivir ese momento.

Alasdair dio un par de pasos hacia ella lentamente, sin apartar sus ojos de los de la joven. Levantó la mano derecha para posarla en la mejilla de Sheena con tanta suavidad que la joven dudó sobre si se trataba de la misma persona que días atrás la besó con tanta intensidad y fiereza. Después, aproximó su cuerpo al de ella con la misma calma y, sin apartar la mirada de Sheena, acortó la distancia entre sus labios. Con una delicadeza extrema, Alasdair saboreó los labios de su ya esposa, que estuvo a punto de gemir cuando sintió la suavidad y el calor que emanaban de ellos.

La joven creyó que todo el mundo había desaparecido a su alrededor, pues perdió la noción del tiempo durante aquel beso. Deseó que este no acabara nunca, que todo volviera a ser como hacía años entre ellos y que Alasdair no la hubiera traicionado de la manera más vil. Sheena sintió un nudo

en la garganta al ser consciente de que acababa de cumplir un sueño que creía inalcanzable cuando Alasdair y ella eran amigos: casarse con él. Sin embargo, las cosas eran tan diferentes ahora que no pudo evitar derramar una lágrima.

Alasdair se separó de ella lentamente, y volvió a fijar su mirada en la joven. Frunció el ceño cuando vio que Sheena estaba llorando y volvió a la realidad cuando todos a su alrededor aplaudieron con vítores.

—¡Vivan los novios! —vociferaban.

Sheena bajó la mirada y se volvió hacia los demás. Alasdair aún mantenía sus ojos fijos en ella, intentando descubrir el motivo que la había llevado al llanto. ¿Acaso no le había gustado su beso? ¿Tan difícil se le hacía pensar que iban a pasar juntos el resto de sus vidas? El joven sintió una punzada en el corazón, aunque lo achacó enseguida a que le enfadaba que Sheena mostrara ante todos la amargura que sentía por haberse casado con él.

Aquellos pensamientos desaparecieron de su mente cuando todos los hombres de su clan se aproximaron a él para felicitarlo por el enlace. Se prometió dejarlos a un lado y sacarlos cuando por fin tuviera la oportunidad de preguntarle con tranquilidad a Sheena.

—Gracias —decía una y otra vez a aquellos que se acercaban a él.

Perdió de vista a Sheena, ya que sus hombres lo sacaron fuera del castillo para lanzarlo al aire, ya que en su clan era costumbre hacer aquello cuando alguien perteneciente a la familia del jefe se casaba.

Cuando volvieron dentro del castillo, Alasdair volvió a sentir la desazón que lo había atenazado desde que había visto llorar a Sheena. No supo por qué, pero era algo que lo molestaba y entristecía al mismo tiempo. Se sentía enfadado consigo mismo, pues desde que la había besado sentía algo diferente en su interior, algo que había cambiado. Descubrió que Sheena era capaz de derrumbarse, que no era la joven que quería mostrar a todo el mundo, que había un fondo de tristeza en su interior...

Alasdair chasqueó la lengua y se maldijo a sí mismo por tener la mente ocupada en lo que para él era algo banal. Y junto a su familia se dirigió con decisión hacia el salón principal, donde ya los esperaban las familias del clan MacLeod que habían asistido al enlace, sin saber que la felicidad que embargaba a todos en ese momento se iba a esfumar poco minutos después.

CAPÍTULO 6

Sheena y Alasdair estaban sentados en la mesa principal, junto a Arthur e Ian, que se les veía pletóricos por su reciente amistad. Por una parte, ver a su padre feliz alegraba enormemente a Sheena, ya que hacía años que no lo veía con esa sonrisa en los labios ni con esa juventud recuperada. Sin embargo, había oído hablar tantas veces de Ian y del odio que sentía su padre hacia él, que ahora le resultaba extraño verlos sentados en la misma mesa uno al lado del otro.

La joven frunció el ceño al tiempo que dedicaba una larga mirada por todo el salón. Miró a ambas familias y vio que estaban también felices por ese enlace y disfrutaban la cena con regocijo. Entonces, si todos estaban felices, ¿por qué ella no podía sentir la misma felicidad? ¿Por qué sentía que aquello que estaban celebrando no iba con ella? ¿Por qué sentía ese vacío en su interior? Parecía que todo se había acabado para ella, como una niña que de repente tiene que madurar y dejar atrás todo con lo que ha jugado hasta entonces. Sheena sintió de nuevo que la atenazaban las lágrimas. Sin embargo, no quería que Alasdair volviera a verla llorar. No quería mostrar de nuevo una debilidad impropia de ella, ya que pensaba que el joven podría aprovecharse de esos momentos.

Miró de reojo a su padre cuando lo escuchó reír por enésima vez. Lo vio extraño, como si fuera una persona totalmente diferente al que había sido días atrás. Sentía que la había fallado, algo que jamás había considerado dentro de ella, ya que para la joven su padre era el único hombre al que había adorado de verdad. Lo vio levantar la copa una y otra vez y brindar con Ian.

Sheena suspiró y miró de nuevo su plato. Ese plato del que aún no había probado bocado y que apartó con brusquedad justo en el momento en el que uno de los invitados levantó su copa y gritó:

—¡Un beso de los novios!

Sheena apretó los puños sobre el mantel. ¿Por qué sentía que todo el mundo quería obligarla ese día a hacer algo que no deseaba? Alasdair también se removió incómodo sobre su silla. Desde que había sentido algo extraño dentro de él en la capilla cuando la besó estaba diferente, raro. Durante la cena había intentado averiguar qué demonios le había ocurrido, pero no había logrado encontrar la respuesta. Y eso lo molestaba.

—Ni lo sueñes —le susurró Sheena a Alasdair cuando vio que este retiraba su plato.

Finalmente, tras la insistencia de todos los invitados, incluidos sus padres, Alasdair se levantó intentando fingir una sonrisa y miró a Sheena, que aún estaba sentada en la silla y no parecía tener intención de levantarse.

—Venga, hija —la animó Arthur con una sonrisa.

Sheena se fijó en la sonrisa de su padre, sin saber que esa sería la última que vería sobre sus labios. La joven se levantó para contentar a su padre. No quería que por su culpa enfermara aún más y se sintiera peor. Con lentitud, se levantó y, tras echar una última mirada a su padre, se giró hacia Alasdair, que la esperaba con la misma sonrisa que había tenido durante la ceremonia.

—Creía que ibas a negarte con más insistencia, querida —dijo con picardía en un susurro—. Ya veo que mis besos te son tan gratos que estás esperando ansiosa otro de ellos.

Sheena frunció el ceño con rabia.

—Vete al infierno —le dijo antes de intentar girarse para rechazarlo.

Sin embargo, Alasdair fue más rápido y la agarró de la cintura para sujetarla con fuerza. Después la acercó a él con rapidez y la besó antes de que la joven pudiera decir lo contrario. Aquel beso no fue tan delicado como hacía unas horas en la capilla, sino que fue con pasión, lo cual levantó el

ánimo de los invitados, que elevaban sus copas y brindaban por ellos.

El beso se alargó más de lo pensado, pues, sin saber por qué, Alasdair se sentía muy cómodo de esa manera, incluso Sheena estaba tan sorprendida por su efusividad que no supo reaccionar más que cuando escuchó una tos sospechosa a su espalda.

Al instante, la joven se separó de Alasdair y miró a su padre. Este se llevaba en ese momento la mano al pecho para intentar buscar algo de aire con el que llenar sus pulmones. Tosía con tanta vehemencia que Sheena sintió cómo la adrenalina aumentó en su cuerpo.

—¡Padre!

La joven intentó sujetar a su padre por el hombro, pero este separó de golpe la silla en la que estaba sentado y se levantó. La falta de aire estaba comenzando a hacer mella en él y el color de su piel cambiaba por momentos.

Varios sirvientes que estaban cerca se aproximaron para intentar ayudarlo, pero no pudieron hacer nada por él, ya que Arthur se derrumbó en el suelo cuando una serie de convulsiones lo atacó y, de repente, se quedó quieto con los ojos abiertos de puro terror.

Sheena estaba asustada y conmocionada por lo que acababa de ver. Su corazón latía tan deprisa que parecía que en cualquier momento iba a derrumbarse también en el suelo. El color había desaparecido de su tez y las manos le temblaban tanto que parecían las mismas convulsiones de su padre. La joven miraba sin parpadear la imagen de su padre en el suelo. No podía reaccionar a lo que acababa de ocurrir, ni siquiera podía mover un solo músculo para comprobar cómo se encontraba su padre.

Fue Alasdair el primero en reaccionar. Apartó a los sirvientes con rapidez y llevó sus manos hacia el cuello de su suegro con la intención de comprobar los latidos de su corazón. Sin embargo, tras unos segundos, negó con la cabeza mirando a Ian.

—No tiene pulso —dijo lentamente—. Y huele a almendras, padre.

Después miró hacia Sheena, que tenía una expresión de horror en el rostro. ¿A almendras? La joven sabía lo que aquello significaba; además, la espuma que salía de la boca de su padre le confirmaba las palabras de Alasdair: su padre había sido asesinado.

Sheena miró hacia su marido cuando este se levantó lentamente del suelo con la mirada fija en ella. No supo descifrar lo que había en su mirada, pero el temor que sentía en su interior comenzó a dar paso a una ira que jamás había experimentado. Una rabia intensa comenzó a surgir por todos los poros de su piel cuando una idea cruzó por su mente.

Alasdair se acercó a ella con lentitud. No quería asustarla más de lo que ya estaba después de ver morir a su padre.

—Será mejor que todo el mundo salga del salón —comenzó diciendo Alasdair—. Después llamaremos a un médico para que examine el cuerpo y nos diga de qué ha muerto, Sheena.

—¿De qué ha muerto? —preguntó la joven en apenas un susurro—. Yo te diré de qué ha muerto. Ha sido asesinado.

Después levantó la cabeza y miró en dirección al padre de Alasdair.

—Sheena, no saques conclusiones —dijo el joven.

—¿Tan tonta me crees? Has dicho que huele a almendras. —Alasdair tragó con fuerza—. Eso es que alguien le ha echado cianuro en la copa.

Sheena señaló con el dedo a Ian.

—¡Mi padre estaba perfectamente esta tarde! ¿Tan deprisa querías quitártelo de encima? —lo

acusó.

—Querida, te estás equivocando —contestó Ian intentando calmar a la joven—. Las diferencias que había entre tu padre y yo habían desaparecido estos últimos días.

—¡Mentira! —vociferó la joven al borde de las lágrimas.

El silencio fue sepulcral dentro del salón hasta que los hombres de ambos bandos se levantaron de sus sillas y desenvainaron las espadas preparados para luchar los unos contra los otros.

—¡Parad! —gritó Alasdair—. Hoy es el día de mi boda y no quiero más sangre derramada. Os juro por mi nombre y por mi honor que... —Miró a Sheena— como esposo de la nueva jefa de este clan voy a descubrir al verdadero culpable de este asesinato.

—¡Hay que matarlo! —gritó uno de los presentes.

—¡Estoy de acuerdo con usted, buen hombre! —intentó calmar Alasdair—. Pero no quiero matar a un inocente y vivir con la culpa durante toda mi vida. Buscaremos a ese malnacido y lo ajusticiaremos.

Los hombres lo vitorearon y clamaron su nombre antes de salir del gran salón para dejarlos completamente solos. Tan solo un par de sirvientes se quedó con ellos.

—Busca a un médico y a más sirvientes que os ayuden a llevarlo a su alcoba.

Uno de los sirvientes asintió y salió junto con el otro en busca de más ayuda. Cuando por fin se quedaron solos, Sheena miró a Alasdair con los ojos inyectados en lágrimas.

—Era esto lo que querías, ¿no? Ganarte a mis hombres.

—Si lo que estás intentando decirme es que he matado a tu padre, no malgastes tu energía, mujer —contestó el joven con el ceño fruncido—. Yo no tenía ningún interés en matarlo.

Sheena apretó los puños con rabia contenida. Las manos le temblaban aún con fuerza y solo acertó a decir:

—Fuera. —Alasdair la miró enfadado—. ¡He dicho fuera!

Ian se dio la vuelta en silencio y se dirigió hacia la puerta. Entendía a la perfección el dolor de la joven, pero no estaba dispuesto a soportar que lo acusaran del asesinato. Alasdair se quedó más rezagado y cuando pasó por el lado de Sheena le dijo:

—Es la segunda vez que me acusas de algo injustamente. —Se aproximó a ella hasta quedarse a solo un palmo de su rostro—. No voy a descansar hasta que vea muerto a quien ha hecho esto.

Después se marchó del salón, dejándola sola junto al cadáver de su padre. Solo entonces, la joven pudo permitirse derrumbarse y llorar mientras le agarraba la mano al que había sido su compañero durante tantos años, al hombre que le había enseñado a usar la espada y el arco; el hombre que la había tratado como una más del clan; el hombre que no había hecho distinción alguna por su género para enseñarle todo lo que debía saber del manejo de un castillo... Aquel era la última familia que le quedaba en el mundo. Y la había dejado completamente sola ante el peligro...

El entierro de Arthur reunió a mucha gente perteneciente al clan MacLeod. Había sido uno de los jefes más queridos, ya que siempre se había preocupado por sus vecinos, y así lo demostraron estos al acudir a darle el último adiós en el cementerio que había justo al lado del acantilado, un poco apartado del castillo.

Aquel día había amanecido lluvioso. Después de toda una noche velando el cuerpo muerto de su padre en la alcoba de este, Sheena estaba a punto de desfallecer por el cansancio. Había derramado tantas lágrimas que en ese momento, en el que dos de los encargados de enterrarlo metían su cuerpo bajo tierra, sentía ya los ojos secos. Un intenso dolor le atenazaba el pecho y sentía que algo dentro

de ella se rompía en mil pedazos.

La joven miró a su alrededor para intentar vislumbrar la cabeza de Alasdair. No lo había visto desde el momento en el que su padre murió y lo había culpado de su muerte. Durante todo ese tiempo no se había molestado siquiera en preguntar a los sirvientes dónde se encontraba, pero había tenido la esperanza de al menos sentirse arropada por él en ese momento tan duro. A pesar de su mirada de un lado a otro, no logró ver al joven, por lo que volvió de nuevo la vista a la caja que ya desaparecía en la tierra con el cuerpo de su padre.

Justo al lado del hoyo había un sacerdote, el mismo que la había casado dos días atrás, y dijo unas palabras de consuelo para aquellos que habían disfrutado de la compañía de Arthur durante tantos años. Sin embargo, Sheena no escuchó las palabras del sacerdote, tan solo era capaz de atender a su propio dolor, el que emanaba de su pecho, y la soledad que la rodeaba en ese momento a pesar de estar rodeada de gente.

Miró hacia un grupo de gente que había cerca de ella. Se trataban de varios sirvientes del castillo que formaban parte de una misma familia. Envidió el amor que se tenían y el consuelo que se daban unos a otros. Ella, por el contrario, estaba totalmente sola. Nadie la consolaba ni le ofrecía un hombro donde llorar. Ni siquiera el que era su marido estaba allí para despedir a su suegro.

El nudo que le atenazaba la garganta se hizo más patente y no pudo reprimir más una lágrima, aunque otras tantas se quedaron en su garganta hasta que todos se hubieron ido de allí.

Poco a poco, los presentes le dieron las condolencias y volvieron cada uno a su casa. La lluvia era cada vez más intensa y mojaba su vestido lentamente. No obstante, a Sheena no le importaba mojarse, ni siquiera caer enferma debido a la frialdad que tenía el agua de la lluvia. Solo quería quedarse sola con su dolor de una vez por todas y dejar de escuchar las condolencias y gemidos de los sirvientes y gente del clan.

La joven comenzó a tiritar de frío justo cuando el último asistente se marchó. La lluvia ya calaba entre los ropajes y sentía en su propia piel el frío. Sin embargo, ella siguió allí de pie, mirando sin ver la tumba en la que yacía su padre, aún sin poder creer que la había abandonado de la peor manera posible.

Finalmente, tras varios minutos en soledad, decidió marcharse. Sabía que nada podía hacer allí más que seguir llorando la pérdida de una parte de su corazón, que se había enterrado junto a su padre. La joven se dio la vuelta. Una gran tristeza la embargaba y no podía dejar de preguntarse qué sería de su vida ahora que no tenía a nadie que pudiera protegerla. Ni siquiera Alasdair había ido a acompañarla en ese duro trance. Las lágrimas caían por sus mejillas y se confundían con las gotas de lluvia. Una lluvia que no era capaz de limpiar la negrura que sentía en el alma en esos momentos.

Sheena miró hacia el mar. El acantilado estaba a tan solo unos metros del cementerio y, sin saber por qué, la amargura que sentía en ese momento la llevó hacia el precipicio. Lentamente, pues no deseaba llegar aún al castillo, se aproximó hacia el terreno escarpado. El viento comenzó a soplar con tanta fuerza que Sheena era empujada por él. Sin embargo, no le importó. No tenía miedo de ese viento. Ya nada le daba miedo.

—¿Por qué? —preguntó elevando los ojos hacia el cielo.

La joven esperó durante unos momentos a pesar de que no obtendría respuesta. Sin embargo, mantuvo la esperanza hasta que, finalmente, volvió a mirar por el acantilado. Estaba a tan solo un metro del precipicio y desde allí podía ver y escuchar el sonido del agua rompiendo en las rocas. Pero no sintió miedo. De hecho, la fuerza de la amargura que sentía en ese momento le hizo dar un

paso más hacia esa caída mortal de más de cuarenta metros sobre el mar.

—Nada me retiene, padre —susurró al viento al tiempo que cerraba los ojos.

Dio otro paso más hasta que sus pies se quedaron en el mismísimo borde del acantilado. Abrió los ojos una última vez y miró hacia el cielo para disfrutar de las gotas de lluvia sobre su rostro antes de inclinar el cuerpo hacia adelante y dejarse caer por el acantilado.

CAPÍTULO 7

Se había pasado toda la noche cabalgando de taberna en taberna esperando encontrar a alguien de un clan enemigo de los MacLeod que pudiera haber llevado a cabo el asesinato de Arthur. Sin embargo, no logró descubrir nada que le diera una pista sobre el culpable, ni siquiera los sirvientes podían explicarse qué demonios había ocurrido durante la cena en la que el vino que se sirvió a la copa de Arthur estaba envenenado. Incluso mostraron su preocupación cuando se dieron cuenta de que podrían haber envenenado a cualquier otra persona.

Después de quitarse la ropa manchada de barro y polvo del camino, Alasdair se dio un baño de agua caliente. Uno de los sirvientes le había comunicado minutos antes que el entierro de Arthur se estaba llevando a cabo en esos momentos, pues Sheena había decidido enterrarlo cuanto antes.

El joven maldijo en silencio haber llegado tarde al entierro, aunque supuso que Sheena se quedaría un buen rato frente a la tumba de su padre cuando todo el mundo se marchara. Por eso, se bañó y vistió con rapidez. Quería llegar cuanto antes y acompañar a Sheena a pesar de que esta lo había acusado y echado de mala manera del salón. Sabía que estaba muy unida a su padre, pues era la única familia viva que le quedaba y estaba sufriendo mucho.

Alasdair no entendía muy bien esa sensación de protección que tenía hacia la joven, pues desde aquel día en el que se pelearon en la charca había dejado de sentir algo por ella. Sin embargo, desde que se habían besado por primera vez había sentido como si un hilo muy fino tirara de él hacia la joven, deseando en todo momento verla y protegerla de cualquier mal, especialmente después de saber que alguien había envenenado el vino de su padre.

Cuando Alasdair bajó las escaleras, vio regresar a los sirvientes del funeral y uno de ellos se aproximó a él:

—Señor, el padre de la señora ya está enterrado.

Alasdair asintió:

—¿Y mi esposa?

El sirviente chasqueó la lengua.

—Se ha quedado sola en el cementerio. No ha querido regresar con nosotros.

—¿Con esta lluvia? —preguntó enfadado con la joven.

El hombre asintió y se marchó con el resto de sirvientes, dejándolo solo mientras maldecía una y otra vez la tozudez de su esposa.

Con premura, salió de los muros del castillo y se dirigió a pie hacia el acantilado. No entendía el motivo de la preocupación que lo había embargado cuando le habían dicho que la joven se había quedado sola en ese lugar, y más teniendo en cuenta lo que había sucedido con su padre.

Alasdair suspiró cuando vio que Sheena abandonaba el cementerio. Sin embargo, vio en el rostro de la joven reflejada una amargura impropia de ella, algo que había comenzado el mismo día de su boda y que desde entonces lo tenía contrariado y en parte preocupado.

—¡Sheena!

Alasdair llamó a la joven con la intención de hacerse ver para que volviera con él dentro de los muros del castillo, pues el viento que se había levantado con la lluvia no le gustaba, y deseaba regresar cuanto antes. Sin embargo, su esposa hizo caso omiso a su llamada, ni siquiera dio muestras de haberlo escuchado, ya que el viento arrastraba las palabras en dirección contraria.

Alasdair frunció el ceño. Le extrañó ver que la joven se aproximaba peligrosamente al borde del

precipicio. Sheena no era tan inconsciente para hacer una locura, sin embargo, sabía que se encontraba en un momento delicado de su vida y era capaz de hacer cualquier cosa.

—¡Sheena!

Alasdair corrió hacia su esposa cuando descubrió las intenciones de la joven. Durante unos instantes, pensó que no llegaría a tiempo para salvarla, pero justo cuando el cuerpo de Sheena estaba a punto de caer por el precipicio, Alasdair alargó los brazos y tiró de ella hacia atrás.

Sheena pensó que era el final. No tenía ganas de vivir una vida que no le correspondía, pues no estaba dispuesta a vivir únicamente para tener hijos y llevar a cabo los deseos de un marido al que la habían obligado a casarse. No obstante, cuando estaba a punto de perder el equilibrio y caer, sintió que unos brazos fuertes la agarraban y tiraban de ella para alejarla del precipicio.

—¿Se puede saber qué demonios haces, mujer?

La voz rasposa y enfadada de Alasdair se hizo paso a través de sus pensamientos. Abrió los ojos cuando sintió bajo su espalda la hierba fresca, pues Alasdair la empujó contra ella cuando trastabilló y estuvo a punto de caer él mismo por el acantilado.

Sheena frunció el ceño cuando el peso de Alasdair estuvo a punto de caer sobre ella, aunque su marido fue más rápido y puso las manos sobre la hierba para no hacerle daño. El joven la miraba con los ojos muy abiertos y con una expresión de auténtica sorpresa por no creer lo que había estado a punto de hacer.

Lentamente, Alasdair se separó de ella y se sentó sobre la hierba con un suspiro esperando una respuesta a su pregunta. Respiraba con dificultad y Sheena vio que le temblaban las manos.

La joven desvió la mirada, pues no podía soportar la de su marido.

—Eso no es de tu incumbencia —contestó levantándose del suelo.

Alasdair la secundó y la sujetó por los hombros.

—Lo es, pues eres mi esposa.

Sheena bufó y se apartó de golpe como si las manos del joven quemaran como el fuego.

—No necesito tu preocupación —fue lo último que dijo antes de dar la vuelta y marcharse hacia el castillo con los ojos impregnados en lágrimas.

El resto del día Sheena estuvo encerrada en su dormitorio. No acudió al salón para la comida, ni tampoco para la cena. Cuando la noche cayó, estaba tan agotada que tenía la sensación de que en cualquier momento iba a caer desfallecida al suelo. Sin embargo, la fortaleza que siempre la había acompañado no la abandonó y tiró de ella para intentar sentirse mejor.

A esa hora de la noche se encontraba sentada en el alféizar de la ventana contemplando las salidas de los sirvientes hacia el patio y los últimos minutos de trabajo de los cuidadores de los caballos. El fuego crepitaba en la chimenea y poco a poco el calor fue sumiéndola en un estado de relajación que solo se vio interrumpido por unos nudillos insistentes que llamaban a la puerta.

Con cara de pocos amigos, se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta. No quería ver ni hablar con nadie. Únicamente deseaba estar sola y seguir envuelta en el dolor por la muerte de su padre.

Antes de llegar a la puerta, esta se abrió y dio paso a varios sirvientes que apenas conocía, pues sabía que pertenecían al clan Mackay y estaban al servicio de Alasdair y su padre. Los miró sorprendida por la rapidez con la que entraron en el dormitorio con algunos baúles, que dejaron justo al lado de la ventana.

Una ligera idea cruzó por su mente y tenía miedo de preguntar a aquellas personas, pues temía

saber la respuesta. Sin embargo, se adelantó a ellos y antes de que se marcharan les preguntó:

—¿Qué es esto? —La joven tragó saliva y rezó para que no contestaran justo lo que temía.

—Son las pertenencias del señor, mi señora —contestó uno de ellos agachando la mirada.

Sheena apretó los puños y se obligó a calmarse, ya que aquellas personas solo cumplían órdenes.

—¿Y quién ha mandado que las traigáis?

Los sirvientes se miraron entre sí, temerosos de que pudiera castigarlos de alguna manera.

—He sido yo.

Otra vez esa voz autoritaria y rasposa que tanto le había gustado hacía años, que tanto había deseado escuchar una y otra vez y que ahora volvía a provocar en ella sentimientos encontrados.

Sheena tragó saliva antes de girarse hacia la puerta y encarar a Alasdair. Lo retó con la mirada durante unos segundos y finalmente se volvió hacia los sirvientes y les dijo:

—Está bien, podéis marcharos.

Sin embargo, estos se miraron entre sí y después giraron sus miradas hacia Alasdair para esperar su aprobación.

—Sí —fue la escueta respuesta del joven.

Sheena cerró los ojos al tiempo que respiraba profundamente. Ya sentía el peso del matrimonio, ya que no podía creer que los sirvientes esperaran la respuesta de Alasdair en lugar de obedecerla a ella.

—Estarás contento, ¿no? —le reprochó—. Tienes más poder que yo en mi castillo.

—Bueno —comenzó diciendo después de cerrar la puerta tras él para quedarse a solas—, ahora también es mi castillo. No olvides que estamos casados.

Esas últimas palabras las dijo con un asomo de sonrisa en los labios. Siempre le había gustado irritarla, pues le encantaba el color de ojos de la joven cuando se enfadaba. Y sin saber por qué, esa manía había vuelto a aflorar después de volver a verla tras cuatro años.

—¿Y qué hacen tus cosas aquí? —le preguntó intentando obviar esas palabras.

—Te lo repito: estamos casados —le dijo lentamente.

—Eso no te da derecho a invadir mi dormitorio.

—Querida, ahora lo tuyo es mío. Y no olvides que los matrimonios deben dormir juntos.

—Nosotros no.

Alasdair levantó una ceja y se cruzó de brazos, divertido. Esperó una explicación por parte de la joven, que no tardó en llegar.

—Nuestro matrimonio ha sido de conveniencia. No tenemos por qué dormir juntos.

—Querida, casi todos los matrimonios son de conveniencia.

—¡No me llames así! —estalló la joven.

—¿Querida? —preguntó Alasdair con una sonrisa a pesar de que sabía la respuesta—. Está bien, querida...

Sheena apretó la mandíbula. Sentía que la situación se escapaba de sus manos y no podía hacer nada para evitarlo. Alasdair había invadido su espacio. Ya estaba comenzando a tomarse por su mano los deberes conyugales. Y eso no le gustaba. Aunque le gustó aún menos lo que vio después.

Alasdair se quitó el cinto y lo dejó cerca de la chimenea. Sin quitarle la vista de encima comenzó a desabrocharse la camisa. En sus labios se dibujó una sonrisa cuando vio que la joven se comenzó a sofocar y desvió la mirada.

—¿Puedo saber qué demonios haces, Alasdair?

—Desvestirme —contestó con naturalidad—. Me he pasado toda la noche y todo el día buscando al asesino de tu padre. Estoy cansado, y quiero dormir.

—¿Y no puedes dormir vestido? —le preguntó al tiempo que lo miraba y se quedaba sin respiración.

Alasdair ya se había desnudado completamente y se mostraba ante ella en todo su esplendor. Sheena abrió la boca para pedirle que se tapara, pero las palabras se quedaron ahogadas en su garganta. Tampoco podía quitarle los ojos de encima. Alasdair había cambiado muchísimo a lo largo de esos años. Ya lo había comprobado vestido, sin embargo, así sin ropa era más evidente el cambio. Los músculos del joven habían aumentado considerablemente y mostraban tal fortaleza que Sheena dudó sobre si lo que estaba viendo era real. El pecho de Alasdair parecía llamar su atención, pues se veía realmente imponente. Algo en él llamó su atención, algo que había estado deseando ver desde que volvió a encontrarse con él: la inicial de su nombre. Por ello, llevó su mirada hacia la pequeña cicatriz, apenas visible, de su pecho. Ahí podía verse la “S” que la joven había tatuado con la punta de su daga cuatro años atrás.

—No me sorprendió verlo cuando desperté solo en el bosque —interrumpió Alasdair sus pensamientos sabiendo lo que la joven estaba vislumbrando.

Sheena levantó la mirada y la dirigió hacia los ojos del joven.

—Solo alguien como tú tendría esa idea...

—Sé que has aceptado casarte conmigo para vengarte por eso —le dijo señalando la cicatriz.

Alasdair sonrió y se aproximó unos pasos hacia ella.

—Cualquier hombre lo hubiera hecho por eso —dijo lentamente—, pero yo no soy cualquiera. Yo busco algo más.

Tras esas palabras, Alasdair miró hacia la cama y después a ella. La recorrió lentamente con la mirada. Esta estaba cargada de deseo y de intenciones, sin embargo, se dirigió hacia la cama en silencio.

—Te equivocas si piensas que me voy a meter en la cama contigo, Alasdair. No me vas a obligar a... eso.

Alasdair la miró de reojo y le dijo:

—Descuida. Nunca he tenido que obligar a ninguna mujer a acostarse conmigo.

¿Pero sí te has acostado con ellas sin obligarlas?, estuvo a punto de preguntarle Sheena. La joven no sabía si sentirle aliviada, halagada o malhumorada por aquella confesión. Por una parte, se había quitado un peso de encima al saber que Alasdair no iba a tomarla por la fuerza como hacían otros maridos con sus mujeres. Sin embargo, por otro, le dolía más de lo que deseaba aparentar que el joven se hubiera acostado con otras mujeres. Cuando eran amigos, sabía que él aún no había tenido nada con ninguna mujer, por lo que durante los cuatro años en los que no se habían visto Alasdair había probado el sabor de la intimidad femenina.

Apretó los puños con enfado, y este aumentó al verlo acostarse entre las sábanas de su cama y darle la espalda con la clara intención de dormir.

Durante unos segundos sopesó la idea de marcharse al dormitorio de su padre para dormir allí, sin embargo, llegó a la conclusión de que nadie iba a echarla del que había sido su dormitorio toda la vida; así que se dirigió hasta la cama y se acostó sin desvestirse. No se fiaba del todo de la palabra de Alasdair, pues si la había traicionado con lo de las joyas de su familia, podría mentir respecto a que no le tocarían un solo pelo.

—¿Ya no te desvististe para dormir? —le preguntó Alasdair con sorna—. Antes me contabas que dormías sin ropa.

Sheena se maldijo a sí misma. ¿Tantas cosas le había contado a Alasdair? No recordaba algunas de las cosas que le había detallado de su vida, pero al parecer Alasdair recordaba mucho de la época en la que eran amigos.

El corazón de la joven comenzó a latir con fuerza. No sabía qué responder a eso. Por primera vez en mucho tiempo se había quedado sin palabras ante él. No obstante, después de unos momentos de reflexión, se dio la vuelta y le dijo:

—No me fío de tus verdaderas intenciones.

—No soy ningún violador —dijo Alasdair con cierto enfado.

Sheena calló unos instantes. Una pequeña parte de ella tenía la necesidad de hacerle daño a Alasdair por su traición. Sin embargo, la voz de su propio corazón y su conciencia le pedían que le diera una oportunidad al joven, que no desconfiara tanto de él, pues algo interno le decía que su marido decía la verdad. Además, si hubiera sido el asesino de su padre, no habría estado buscando al verdadero durante toda la noche y el día, además de que le debía un favor por haberla salvado en el acantilado. En su pecho comenzó a formarse una bola de nerviosismo. Estaba realmente incómoda con aquel vestido puesto, ya que la doncella se lo había apretado demasiado y ahora le oprimía las costillas.

Con un suspiro, apartó de nuevo las sábanas y se levantó de la cama para desanudar los cordones del corsé. Le dio la sensación de que a su espalda se movió Alasdair, sin embargo, no quiso mirar, pues era la primera vez que se desnudaba delante de un hombre, y el hecho de que fuera Alasdair la ponía aún más nerviosa, pues en su adolescencia siempre deseó que el joven fuera el primero en verla desnuda.

Lentamente, comenzó a deshacer los nudos. Le costaba bastante hacerlo, ya que los nudos estaban demasiado apretados y al estar en la espalda no alcanzaba demasiado bien a algunos.

—Demonios... —Chasqueó la lengua cuando sus manos no llegaban a uno de esos nudos.

Soltó el aire de golpe, enfadada. Intentó pensar en otra opción para quitarse el corsé, pero no logró descubrirla.

—Si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedirla —dijo Alasdair con un susurro.

Sheena miró hacia la cama y descubrió que la estaba mirando. No pudo evitar sonrojarse con la idea de que parte de su vestido estaba ya tirado en el suelo y que solo se encontraba con la camisola y el corsé.

—Está bien —dijo casi en un susurro.

Casi al instante, escuchó que a su espalda Alasdair retiraba de su cuerpo desnudo las sábanas con las que lo cubría. Un escalofrío recorrió la espalda de Sheena cuando sintió la presencia de Alasdair detrás de ella. Sin embargo, cuando las manos del que era su marido comenzaron a tocar las cuerdas que amarraban el corsé el frío se cambió por un intenso calor que se instaló en su vientre.

Con lentitud y pericia, Alasdair desató los nudos y poco a poco sus costillas fueron liberándose de la presión que sentía con el corsé. Cuando por fin este cayó al suelo, junto a sus pies, respiró hondo y llevó sus manos al costado para masajearlo, no obstante, se detuvo de repente cuando los dedos de Alasdair fueron directos a los cordones que sujetaban su camisola.

El calor de su interior creció por momentos y comenzó a respirar con dificultad. Los hábiles dedos de Alasdair comenzaron a desatar los cordones, a lo que la joven no opuso resistencia a pesar

de que su mente intentaba por todos los medios reaccionar. Sin embargo, su cuerpo no respondía a las órdenes. Solo deseaba quedarse quieta para ver qué ocurría después. Durante un momento se maldijo a sí misma, pues se había prometido no caer en el evidente encanto de su marido. Pero no era capaz de seguir sus propias normas.

Cuando todos los cordones estuvieron desatados, Alasdair los soltó y llevó sus manos a la tela que pendía de los hombros de la joven. Sheena cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que le provocaban aquellas manos. Alasdair retiró lentamente la fina tela de la camisola, dejando a las vistas el fino cuello y el suave hombro de Sheena.

El joven se aproximó a ella y le dijo al oído:

—Pararé cuando quieras.

Sheena abrió la boca para contestar, pero no pudo hacerlo. Estaba tan embargada de esos sentimientos tan extraños en ella que solo deseaba seguir. Sin embargo, cogió aire intentando calmarse, se dio la vuelta para encararlo y le dijo:

—Maldito seas, Mackay —susurró—. ¿Qué demonios me estás haciendo?

Alasdair aproximó su rostro al de la joven y le preguntó:

—¿Acaso quieres que pare? —Su voz estaba más ronca de lo normal debido a la excitación que sentía.

—Te mataré después de esto, pero no quiero que pares.

Aquella eran las palabras que Alasdair estaba esperando escuchar. Sin más dilación, acortó la distancia que los separaba y pegó su cuerpo al de la joven. Quería sentir todas y cada una de las partes de su anatomía. La besó con pasión desmedida, como si aquella fuera la primera y última vez que lo hiciera. Alasdair dejó a un lado los sentimientos de rencor y dolor que lo habían atormentado durante cuatro años. Solo quería disfrutar y dar rienda suelta a la pasión que lo embargaba en ese momento.

Sheena, por su parte, recibió la boca de Alasdair como agua de mayo. A pesar de que ya se habían besado en más de una ocasión, aquella fue completamente diferente. Había algo distinto en Alasdair, una fogosidad que jamás había visto en él. La besaba casi con rabia, succionando sus labios con fuerza, y con una mano sujetaba su cabeza para evitar que la joven rechazara sus labios.

Sheena sintió la otra mano de Alasdair acariciando sus caderas con suavidad. El joven ya había hecho desaparecer la camisola que llevaba bajo su vestido, mostrándose ahora completamente desnuda ante él. Durante unos segundos sintió vergüenza. Aquella era la primera vez que un hombre la veía desnuda y, a pesar de que en su juventud soñaba con acostarse con Alasdair, ahora que tenía la oportunidad se veía pequeña ante él, y más desde que le había dejado caer que se había acostado con otras mujeres. Para ella era su primera vez, y tenía miedo de defraudarlo. Sin embargo, se armó de valor y llevó sus manos a los fornidos brazos del joven. Los acarició lentamente, disfrutando de su tacto y de la fortaleza y protección que le transmitían. Después subió sus manos hacia los hombros, recreándose por completo en la desnudez de su marido.

Segundos después, Alasdair la cogió en brazos y la dirigió hacia la cama para tumbarla sobre las sábanas blancas, que los recibieron con el calor que sus propios cuerpos habían dejado minutos antes. Allí Alasdair se regocijó en la suavidad de su piel, provocando escalofríos de placer en la joven.

Sheena sintió vergüenza cuando un gemido se escapó de su garganta en el momento en que Alasdair llevó sus dedos a la intimidad de la joven. Para acallar los gemidos venideros, Alasdair

selló la boca de Sheena con sus propios labios, volviendo a saborear la dulzura de los mismos al tiempo que aumentaba la presión de los dedos sobre el clítoris de su esposa.

Sheena se retorció de placer bajo el cuerpo de Alasdair, que ya palpitaba con intensidad deseando introducirse dentro de la humedad de la joven. Un intenso orgasmo le sobrevino a Sheena, sorprendiéndola gratamente, tan enérgico que la joven se agarró a las sábanas con fuerza creyendo que estaba a punto de morir de placer.

Cuando los espasmos de Sheena fueron calmándose poco a poco, Alasdair se puso de rodillas en la cama para contemplar lo que había conseguido. Las mejillas de la joven estaban teñidas de un intenso color rosado y respiraba con dificultad mientras se recuperaba. Alasdair le acarició las piernas mientras sonreía de lado. Le encantaba hacerla disfrutar y verla allí tendida sobre la cama, tal y como había deseado durante años, estuvo a punto de provocarle un orgasmo sin apenas tocarse, sin embargo, continuó tocando el interior de los muslos de la que era su esposa.

Cuando Sheena abrió los ojos y lo vio observándola con tanta intensidad, instintivamente se llevó las manos a los pechos. No se sentía cómoda a sabiendas de que había alguien mirándola fijamente. No obstante, al instante Alasdair, con ternura, le apartó las manos de los pechos.

—Nunca te tapes —dijo en un ronco susurro—. Eres muy hermosa como para esconderte.

Al terminar de decir aquello, Alasdair se inclinó sobre el cuerpo de Sheena, que se había quedado sin palabras, para succionar uno de sus pezones. Lo hizo despacio, sin prisas, intentando degustarlo mientras aproximaba lentamente su miembro a la entrada de su vagina. Deseaba hacerlo lento, aunque sabía que pronto iba a acabar, pues estaba demasiado excitado.

Alasdair intentó calmar el respingo de Sheena cuando esta sintió la punta de su miembro intentando atravesar la barrera de la entrada.

—Shh —susurró Alasdair a su oído antes de empujar con más fuerza y penetrarla lentamente.

Sheena frunció el ceño cuando sintió un ligero dolor en su vagina. Sin embargo, instantes después, cerró los ojos cuando ese dolor se transformó en un agudo placer que la llevó a un orgasmo mucho más intenso que el primero, justo al mismo tiempo en el que Alasdair se derramaba dentro de ella con una embestida.

Pasaron varios minutos en esa misma postura, sin moverse ni solo milímetro más que para retomar aire para que su respiración volviera a ser normal. Sheena estaba entre sorprendida y alarmada. Lo primero, porque jamás en su vida había imaginado que el acto de amor que llevaban a cabo los matrimonios era tan placentero como realmente había sido. Lo segundo, porque había despertado de nuevo sentimientos que habría deseado enterrar para siempre en lo más profundo de su corazón. Había descubierto a un Alasdair que no sabía que existía. Aquel hombre fornido y viril se había comportado con ella como si fuera a romperse en cualquier instante. La había tratado con cariño, incluso le había dedicado unas bonitas palabras. ¿O lo había soñado? No, estaba segura de que le había dicho que era hermosa. Eso no podía ser un sueño.

Cuando por fin recuperaron el aliento, Alasdair se apartó de ella, provocando en la joven un inmenso vacío en el alma. Sheena se vio envuelta en un torbellino de vergüenza que le impedía mirar a Alasdair a los ojos. Sus mejillas se enrojecieron aún más de lo que ya estaban y no sabía cómo reaccionar ni qué decir en esos momentos.

Alasdair, por su parte, se sentía enfadado consigo mismo. En su mente también se remolineaban pensamientos contradictorios y tampoco sabía cómo reaccionar. Se mantuvo en silencio mientras se apartaba de ella, sin embargo, algo dentro de él sufría si le hacía daño a su esposa, por lo que se giró

hacia ella entre las sábanas y la abrazó con los ojos cerrados.

Sheena se dejó hacer. Le agradaba la sensación de un cuerpo desnudo abrazándola y proporcionándole el calor que necesitaba después de que se apartara de encima de su cuerpo. Cerró los ojos lentamente. Poco a poco su cuerpo había ido recuperándose. Sentía un pequeño escozor en la entrada de su vagina, sin embargo, se sentía pletórica. Siempre había tenido miedo de experimentar lo que sucedía entre los amantes, pero cuando era una adolescente y pensaba hacerlo con Alasdair solo sentía curiosidad y deseo por llevarlo a cabo. Por eso, al haber cumplido uno de sus deseos juveniles aquel día, se sentía feliz. Poco le importaba que Alasdair la hubiera traicionado años atrás ni que acabara de enterrar a su padre. Ese momento era uno de los más felices de su vida, aunque su orgullo le impedía mostrarlo al mundo tanto como realmente desearía.

Sheena sacudió la cabeza para intentar sacar de su mente esos pensamientos. Poco a poco su cuerpo se fue relajando, al igual que Alasdair, que se había dormido al instante debido al cansancio.

La madrugada ya había caído sobre el castillo y apenas se escuchaban los pasos de los sirvientes, tan solo de los pocos que se quedaban hasta altas horas de la noche para adelantar parte del trabajo del día siguiente. Sheena agradeció la calma que se respiraba dentro del castillo. La noche anterior había sido tremendamente espantosa para ella, y el día no había sido menos. Por eso, necesitaba la tranquilidad que ahora le regalaban el resto de habitantes del castillo.

Justo antes de dormir, le vinieron a la mente las palabras de Alasdair antes de llevarla a la cama. Le había dicho que durante toda la noche y parte del día había estado buscando al asesino de su padre. ¿Sería verdad? ¿Estaba tan interesado en esclarecer lo sucedido que se había quitado horas de sueño? Instintivamente, giró la cabeza hacia su derecha para apoyar la mejilla en la cabeza de Alasdair. Necesitaba de su cariño y la tranquilidad que le transmitía en ese momento. Solo entonces logró conciliar el sueño que tanto había anhelado durante todo el día.

CAPÍTULO 8

El día siguiente amaneció encapotado. El cielo amenazaba lluvia desde la primera hora de la mañana, aunque Sheena no abrió los ojos hasta bien entrada la mañana. Poco a poco fue desperezándose, pensando que aún era temprano y que Alasdair estaría a su lado aún durmiendo. Sin embargo, cuando llevó su mano y comprobó que las sábanas a su lado estaban frías abrió los ojos de golpe y descubrió que estaba totalmente sola en el dormitorio.

Se sentó en la cama y miró a su alrededor. No había ni rastro de las armas que el día anterior había portado Alasdair, ni tampoco de su ropa, por lo que dedujo que hacía tiempo que la había dejado sola. Frunció el ceño preguntándose dónde estaría su marido, aunque por otra parte, agradeció que no estuviera con ella al despertar, pues no habría tenido fuerzas para mirarlo a la cara después de lo que sucedió la noche anterior.

La joven estiró su cuerpo antes de retirar las sábanas para levantarse. Sintió cómo se relajaban cada uno de sus músculos y notó aún cierta quemazón en su entrepierna. Sin embargo, a su mente solo acudían los recuerdos del placer que sintió en todas y cada una de las acometidas de Alasdair. Se sonrojó al pensar de nuevo en ello, por lo que se levantó y se dirigió a la jofaina que siempre reposaba en la mesa cercana a la chimenea.

Sheena se lavó a conciencia, disfrutando de la tibieza del agua al tiempo que pensaba en lo primero que le diría a Alasdair en cuanto lo viera aquel día. Su cuerpo se fue relajando poco a poco, permitiendo que el calor penetrara en sus músculos y huesos doloridos.

Preparó uno de los vestidos más cómodos que solía usar para el día a día en el castillo. No iba a cambiar su forma de vestir solo por que ya estuviera casada, por lo que esperó que Alasdair no pusiera objeción alguna por no vestir como debía hacerlo una cortesana. Se trataba de un dos piezas cuyo corpiño era de color marrón muy deslucido por el uso y el paso del tiempo y en cuya falda podían verse los colores típicos del clan MacLeod. Sheena torció el gesto cuando descubrió que el bajo de la falda estaba roto en varias zonas debido al gran uso que había hecho del vestido a lo largo del tiempo. Sin embargo, se trataba de uno de los más cómodos de los que disponía y no quería deshacerse de él tan fácilmente.

Peinó su cabello con rapidez y lo recogió en una trenza. Después se dirigió hacia el espejo para ver el resultado antes de dirigirse al piso de abajo para tomar un desayuno ligero. No obstante, la calma de la que había disfrutado hasta entonces se tornó en nerviosismo cuando puso un pie fuera del dormitorio.

Sheena frunció el ceño cuando escuchó el alboroto que había en el piso inferior. Podía oír las voces de algunos de los mejores hombres que habían servido a su padre mientras fue jefe del clan y que ahora estaban a su servicio. No obstante, no logró entender lo que fuera que estaban hablando. La voz de Alasdair se levantó frente a las demás, dando órdenes que no lograba comprender. Con paso lento para intentar no hacer ruido con la suela de los zapatos contra la fría piedra del suelo, Sheena se aproximó a las escaleras intentando escuchar algo más, aunque solo logró oír algunas palabras sueltas.

—Han insultado a nuestro clan —decía Alasdair— y han cometido el peor de los crímenes.

El corazón de Sheena se agitó cuando oyó esas últimas palabras. ¿Acaso estaban haciendo referencia a la muerte de su padre? ¿Habían encontrado ya a los responsables de su envenenamiento?

Siguió escuchando el vozarrón de Alasdair, que no parecía el mismo de la noche anterior. Ahora

se mostraba inflexible y duro. Sin lugar a dudas, había ocurrido algo tremendamente grave como para que todos los guerreros del clan estuvieran presentes en las puertas del castillo.

—Demostrémosles a esos malditos Munro que con los MacLeod no deben meterse.

—¡Muerte a los Munro! —vociferaban los guerreros una y otra vez.

A medida que Sheena bajaba las escaleras, las palabras de Alasdair y los guerreros fueron haciéndose más y más claras a sus oídos. Cuando por fin estuvo a las vistas de todos, poco a poco fueron apagándose las voces para dirigirle la mirada a la que ya era nueva jefa del clan. Sheena los miró sin entender el motivo de esas miradas de curiosidad. Supuso que esperaban que dijera algunas palabras a sus guerreros, aunque no podía hacerlo sin saber el motivo que los había llevado hasta allí.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó la joven mirando directamente a Alasdair, sin acordarse de lo sucedido entre ambos la noche anterior.

Alasdair le devolvió la mirada. Una mirada totalmente diferente a la que estaba acostumbrada, incluso le dio la sensación de no conocerlo, ya que en sus ojos podía ver un odio impropio de él.

—Los que han matado a tu padre son del clan Munro. Esta madrugada hemos sido informados.

—¿Esta madrugada? —preguntó Sheena con un deje de rabia en la voz—. ¿Y por qué no he sido informada?

Uno de los mejores guerreros de su padre se adelantó y le dijo:

—Mi señora, con todos nuestros respetos, a la guerra vamos los hombres. Por eso hemos avisado al señor.

Sheena bajó el último escalón que le quedaba mirando fijamente al soldado que le había contestado de esa manera. Durante unos segundos, la joven sintió tal rabia que estuvo a punto de derribarlo de un puñetazo. Sin embargo, se tragó ese odio y le contestó:

—A la guerra vamos los que sabemos luchar —dijo secamente—. Y recuerdo haberte tumbado en más de una ocasión, Philip. Y como jefa del clan debo ser informada inmediatamente de cualquier cosa que suceda dentro de nuestras tierras, independientemente de lo que sea. ¿Queda claro? —preguntó elevando la voz.

Los guerreros se miraron entre sí antes de carraspear y asentir a su petición.

Después, Sheena se giró hacia Alasdair, que la miraba con ojos divertidos por su mal carácter.

—¿Cuándo partimos?

El gesto de Alasdair cambió al instante, tornándose en sorpresa, al tiempo que un murmullo comenzó a expandirse entre los hombres del clan. El joven miró alternativamente a su esposa y a los guerreros, que esperaban pacientemente una respuesta por su parte. Sin embargo, no estaba dispuesto a darles a los hombres carne de disputa con Sheena.

—Vayamos mejor al despacho.

Sheena miró la mano de su marido que indicaba el camino a seguir para charlar de forma íntima entre ambos. Sabía que la respuesta que iba a darle no le gustaría, pues si estaba dispuesto a que la joven los acompañara le habría contestado al instante delante de sus hombres. No obstante, ella tampoco quería crear polémica en el clan sobre una mala relación con su reciente marido.

Caminó con paso rápido hacia el que había sido despacho de su padre y ahora le pertenecía a ella. Cuando la puerta se cerró tras la entrada del matrimonio, Sheena se giró echa un basilisco hacia Alasdair.

—¿Por qué demonios no quieres que os acompañe? —Alasdair elevó una ceja—. No te hagas el

sorprendido, por favor. Sé que me has traído aquí para decirme que no quieres que vaya con vosotros.

—Sheena... —comenzó diciendo Alasdair sin saber cómo continuar—. Sé que eres una buena guerrera, pero no es lo mismo luchar en un entrenamiento en el castillo que en una batalla de verdad. Ahí muere gente.

—¿Y? ¿Acaso no me ves capaz de matar a nadie? ¿Crees que no voy a poder sobrevivir a un combate con los Munro? Soy más fuerte de lo que piensas, creía que te lo había demostrado a lo largo de los años —le dijo abriéndole parte de la camisa y enseñándole la cicatriz que ella misma le hizo con la inicial de su nombre.

—Esto —contestó señalándose el pecho— es una chiquillada en comparación con lo que podrían hacerte los Munro. Han matado a tu padre. ¿Qué crees que te harían a ti si caes prisionera?

—¡No me importa! —vociferó—. Mi padre me enseñó a luchar. Soy mejor guerrera que muchos de los hombres que había en el corredor. Mi padre será vengado por su hija. Así demostraremos a los Munro que las mujeres de este clan no nos amedrentamos ante ellos.

Alasdair se quedó mirándola durante unos segundos que le parecieron eternos. Parecía estar sopesando las palabras de la joven hasta que finalmente sonrió.

—Siempre me gustó tu disposición a la guerra, Sheena.

La joven levantó una ceja, sorprendida por sus palabras. Durante unos momentos estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Sin embargo, se mantuvo serena y seria ante él, pues no deseaba que conociera los sentimientos que le habían provocado sus palabras.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Alasdair se quedó mirándola. Parecía que estaba deseando decirle algo, pero no llegaba a atreverse.

—Que ahora, como marido tuyo, debo protegerte.

—Querrás decir “prohibirme”.

Alasdair negó con la cabeza en silencio. No quería cortar las alas de Sheena bajo ningún concepto, pero estaban hablando de luchar de verdad, no a modo de entrenamiento en medio del patio. Deseaba creer en sus palabras. Creer que realmente era capaz de protegerse a sí misma en el campo de batalla y de no caer en la amargura cuando sus manos se mancharan de sangre. Deseaba mantener la bondad y ternura en ella, no quería que su alma se ennegreciera por culpa de la muerte.

—Solo quiero protegerte —dijo en un susurro.

—Solo quieres oprimir mi libertad.

Alasdair suspiró y negó de nuevo con la cabeza. La miró dolido y se giró hacia la puerta.

—Te quedarás en el castillo, Sheena. Es una orden.

El joven no esperó a escuchar la respuesta de Sheena, aunque por el resoplido de la joven supo que estaba realmente enfadada. No obstante, no iba a ceder en algo tan importante como una posible batalla. El joven recordó, mientras caminaba hacia los establos para tomar uno de los caballos, la primera hora de aquella misma mañana y no se arrepintió en lo más mínimo de haberle prohibido a Sheena ir con ellos. Aún la recordaba con el pelo revuelto y esparcido por toda la almohada, durmiendo a pierna suelta y sin ropa pegada a él y disfrutando el calor de su cuerpo. Aún recordaba sus gemidos mientras hacían el amor durante la noche... No. Definitivamente, Sheena no debía ir a una cruenta lucha entre clanes. No podía dejar que su alma se ennegreciera, que esa parte de su alma que aún guardaba la bondad y amabilidad que la habían caracterizado en su juventud se perdiera para

siempre. A pesar de que ya no la veía tal y como era hacía cuatro años, sabía que en el fondo de su ser esa Sheena seguía existiendo.

Los hombres del clan MacLeod y los pocos que habían acudido de su propio clan a su boda ya estaban armados y preparados para ir a luchar, excepto su padre, que había abandonado el castillo a petición de su hijo para evitar males mayores con Sheena. Varios de esos hombres habían sido los encargados de informarle esa mañana de que alrededor de trescientos hombres del clan Munro se estaban acercando al castillo Auld para atacarlos, pues pensaban que con la muerte de Arthur estaban débiles para luchar. Alasdair se había vestido deprisa esa mañana, despidiéndose de Sheena con un suave beso en la frente para intentar no despertarla del profundo sueño en el que estaba sumida y había reunido a todos los guerreros del clan en menos de lo que había imaginado, pues habían corrido la voz muy deprisa y estaban deseosos de vengar la muerte de su antiguo jefe.

Alasdair caminó deprisa hacia su caballo, lo montó y se dirigió hacia sus hombres.

—¡Vamos a demostrar la fuerza de nuestro clan! —vociferó.

—¡Matemos a esos perros Munro! —gritaron muchos de ellos.

Tras una mirada hacia atrás, para intentar descubrir si Sheena había salido a despedir a sus hombres, suspiró largamente con decepción. Habría deseado que la joven hubiera salido a dedicarles unas palabras de aliento y desearles suerte, pues era una de sus muchas funciones como jefa del clan. Sin embargo, sabía que el orgullo de la joven se había visto herido de muerte tras negarle viajar con ellos para luchar.

Alasdair miró por última vez el castillo y lo grabó en su memoria, ya que podía ser la última vez que sus ojos lo vieran. Después, marchó junto con los guerreros con el ánimo encendido para luchar y así limpiar su nombre y su honor, aunque internamente sabía que el verdadero motivo por el que hacía aquello era para ganarse de nuevo el amor de aquella fiera guerrera cuya inicial llevaba grabada en el pecho.

Sheena no podía creer que Alasdair la hubiera dejado con la palabra en la boca y se hubiera ido sin esperarla. Sabía que debía salir al patio para despedir a los guerreros que iban a dejarse la vida por ella y por el clan. Sin embargo, estaba tan rabiosa que las únicas palabras que saldrían de su boca no serían precisamente de ánimo hacia los hombres. Estaba cansada de que siempre la trataran como una mujer más dentro del clan. Ahora ella era la jefa y tenía la libertad de decidir sobre si acompañaba o no a sus hombres a la batalla. Su propio padre le había dicho antes de morir que solo la aceptarían como jefa si se casaba, pero lo único que había conseguido era que la dejaran apartada sin opción a luchar para vengar la muerte de su padre.

Caminó de un lado a otro del despacho sin saber qué hacer. Finalmente, decidió quedarse allí hasta que todos se hubieran marchado del castillo. Una idea acababa de cruzar por su mente, y Alasdair no estaba allí para prohibirle nada. En sus labios se dibujó una sonrisa pícaro.

Se dirigió hacia la puerta del despacho y antes de salir comprobó que no hubiera nadie en los pasillos, ni cerca de donde ella se encontraba. Cuando vio que todo estaba despejado, caminó deprisa y sin hacer ruido hacia su dormitorio. Necesitaba cambiarse de ropa para llevar a cabo lo que había pensado, pues ese vestido solo le traería problemas.

La suerte estuvo de su lado hasta su dormitorio, ya que todos los sirvientes estaban pendientes de la comida de ese día y a esa hora nadie pululaba por los pasillos. Cuando entró en su dormitorio, suspiró aliviada. Sabía que en su rostro se reflejaba la travesura que iba a realizar, y no deseaba que ningún sirviente le cortara el paso, ya que esta vez no iba a ceder tan deprisa.

Corrió hacia el baúl donde guardaba todos los pantalones y camisas que usaba exclusivamente para entrenar en el patio con la espada y el arco y para cabalgar con más soltura. Cogió lo primero que vio, unos pantalones de lana escocesa con los colores del clan MacLeod y una camisa blanca básica sobre la que se puso un broche con el emblema del clan. Después, hurgó dentro del mismo baúl para buscar su espada, la daga con la que había grabado su inicial en el pecho de Alasdair, que no había vuelto a usar desde entonces, y su arco con un carcaj lleno de flechas.

Con rapidez se colgó de la cadera la espada y la daga. Y después cruzó sobre su pecho la cuerda del carcaj para ajustarlo a la espalda. Deshizo la trenza de su pelo para volver a hacerla de nuevo, pues muchos mechones se habían escapado y le caían sobre el rostro, impidiendo que pudiera ver con claridad. Para completar sus ropajes buscó una de las boinas que habían pertenecido a su madre, deseando que le diera suerte para lo que iba a hacer.

Cuando por fin estuvo lista y preparada, se miró en el espejo para darse el visto bueno. Sonrió y rezó para que todo saliera como lo tenía pensado, pues sabía que una batalla no era un juego en medio del patio del castillo. Su padre se lo había inculcado desde pequeña, pero estaba preparada para luchar y defender lo que siempre había sido suyo y de su familia.

Con decisión y sin un solo temblor en las manos, abandonó su alcoba para dirigirse hacia el piso inferior. La suerte siguió de su lado y nadie se cruzó en su camino. Sonrió mientras salía de entre los muros del castillo y se dirigía hacia los establos para ensillar a *Thor*. Su fiel caballo la había acompañado desde que era tan solo una niña y su padre le había prohibido montarlo al tratarse de un corcel demasiado entusiasta. Sin embargo, sus ansias por probar cosas nuevas y mostrar sus habilidades le hizo montarse sobre él y cabalgar lejos. Desde entonces, la había acompañado siempre.

Con rapidez, ya que temía que el mozo de cuadras la sorprendiera y diera la voz de alarma, ensilló el caballo y montó sobre él. Sin mirar atrás y sin pensarlo dos veces, cabalgó para tomar el camino que la llevaría en dirección a la posición del clan Munro, donde encontraría a los guerreros de su clan defendiendo sus tierras.

Alasdair miró en la lejanía y divisó a los hombres del clan Munro mientras descansaban para recomponer las fuerzas antes de marchar de nuevo hacia el castillo Auld. Alasdair sonrió al saber que tenían el efecto sorpresa sobre ellos, pues su informador había sido muy discreto y no había contado nada a nadie hasta minutos antes de reunir a todos los hombres para salir en busca del clan enemigo.

Una vez más su mente voló hacia Sheena. Le habría gustado estar allí, sentir la adrenalina que corría por las venas de todos los guerreros allí presentes y, especialmente, la tranquilidad de vengar la muerte de su padre. Sabía que su mujer tenía un espíritu tan guerrero como los que estaban a su alrededor, sin embargo, pensar en el simple hecho de verla luchar y pensar que pudieran herirla hacían saltar sus nervios. Por eso, con ella en el castillo se sentía más tranquilo.

No obstante, intentó que sus pensamientos estuvieran atentos a lo que pudiera ocurrir a su alrededor, ya que no quería que una distracción le costara la vida en aquel valle.

Miró hacia sus hombres y, a una señal de su mano, desmontaron de los caballos y los dejaron atados cerca de donde se encontraban para evitar que los dejaran allí solos y que no los escucharan sus enemigos. Después de eso, todos se internaron en el bosque lentamente e intentando hacer el menor ruido posible para esconderse entre los matorrales y árboles y así sorprender a sus enemigos cuando atravesaran aquel lugar.

No esperaron durante mucho tiempo. Al cabo de media hora, los guerreros del clan Munro comenzaron a recoger sus viandas y se dirigieron hacia los caballos para montarlos y seguir su camino. Alasdair sacó la espada del cinto cuando vio ese movimiento de los Munro, algo que también hicieron el resto de sus hombres. Todos se encontraban preparados para sorprender a sus enemigos en cuanto se internaran en el bosque. Los ánimos de todos estaban caldeados. Aquellos bastardos habían envenenado a su jefe de clan y la sed de sangre era tan grande que algunos estuvieron a punto de salir de su escondite antes de tiempo para atacarlos. Sin embargo, la pericia y calma de Alasdair los mantuvo en su lugar.

El corazón de Alasdair comenzó a latir con fuerza cuando los cascos de los primeros caballos empezaron a escucharse entre los árboles. Casi podía sentir el calor de sus cuerpos y el nerviosismo que los atacaba por llegar cuanto antes al castillo Auld, algo que iba a impedir Alasdair con todas sus fuerzas. Él no había perdido a su jefe de clan, pero aquellas personas habían destrozado el corazón de Sheena y tenía la misma necesidad que todos sus guerreros en vengarse de ellos.

Las voces de los Munro se escuchaban a solo unos metros de ellos. En ese momento, Alasdair miró hacia sus hombres. Todas las miradas estaban puestas en su persona, esperando que diera la orden de abandonar sus puestos y salir a luchar. Les pidió calma, pues aún no estaban lo suficientemente cerca como para sorprenderlos y salir victoriosos, ya que la distancia a la que se encontraban podía facilitarles unos momentos para sacar la espada y hacerles frente.

Alasdair miró entre los matorrales para comprobar la posición del enemigo y comprobó que estaban muy cerca de él. Y fue en ese momento cuando volvió la mirada hacia los guerreros y asintió con firmeza antes de levantar la espada y abandonar su escondite.

—*¡Crua chan!*—vociferó Alasdair al tiempo que se dejaba ver a los hombres del clan Munro.

El resto de los MacLeod lo secundaron y salieron de sus escondites con el mismo grito de guerra que el joven Mackay. No obstante, algo sorprendió a Alasdair y fue la cara de normalidad que expresaron los Munro ante su incursión. Al mismo tiempo que chocaba la espada con el primero de ellos, le dio vueltas a una idea que le comenzó a rondar por la cabeza, y era que ellos ya los estaban esperando. Antes de salir se había fijado en que los Munro tenían la mano sobre la empuñadura de la espada, algo no muy común si vas cabalgando sin esperar nada de nadie. Sin embargo, aquello le confirmó que sus enemigos estaban avisados de sus planes, por lo que miró a su alrededor con la idea en la cabeza de que alguno de sus hombres o alguien del castillo era un traidor al clan MacLeod.

En pocos segundos, lo único que se podía escuchar a través de los árboles era el choque de las espadas y los gritos de dolor de los hombres de ambos bandos.

En un primer momento, Alasdair había calculado mal la cantidad de hombres que debía llevar con él. Su informador se había equivocado con el número de hombres de los Munro, ya que realmente había muchos más guerreros de lo que pensaba. Sin embargo, los MacLeod no se quedaban atrás. Había decidido llevar más hombres con la intención de que tardaran lo menos posible. No obstante, los Munro parecían salir de entre los árboles a medida que pasaban los minutos.

—*¡Mackay!*—vociferó un Munro aproximándose a Alasdair con la espada en alto y el rostro con restos de sangre de algún pobre desgraciado.

Alasdair se giró de golpe hacia él. Logró frenar la primera estocada dirigida directamente hacia su corazón. Después, quien atacó primero fue él, sin embargo, su atacante frenó también su jugada.

—*¿De verdad pensabas que no sabríamos vuestras intenciones?*—le gritó antes de echarse a reír.

Alasdair lo miró extrañado. Aquello le volvió a confirmar que había un traidor entre sus filas. El

joven perdió unos segundos de distracción para mirar a sus hombres, momentos que aprovechó el Munro para atacarlo con la espada y abrirle una brecha en el hombro. Después le dio en la cara con la empuñadura de la espada, provocando que Alasdair cayera al suelo de rodillas.

—Entérate bien, muchacho —comenzó diciendo antes de ponerse tras él con rapidez y poner su brazo alrededor del cuello de Alasdair—. El clan MacLeod caerá bajo el yugo de mi padre.

Después apretó con fuerza el brazo, cortando por completo la respiración de Alasdair. Sin embargo, aprovechó aquella postura para sacar la daga que siempre llevaba en la bota y clavársela en la pierna. Al instante, el brazo del Munro desapareció y lo liberó, dejando que Alasdair pudiera respirar con normalidad de nuevo.

—No mientras la jefatura esté en mis manos, maldonado —contestó al tiempo que le clavaba la espada en el pecho.

—¡No! —escuchó Alasdair a solo unos metros de su espalda—. ¡Hijo de perra!

Se volvió enseguida y vio que un chico de una edad parecida a la del joven que acababa de matar se aproximaba a él con rapidez. Lo último que vio del joven fue la ira reflejada en sus ojos y una sed de venganza rezumaba por todos los poros de su piel. En ese momento se dio cuenta de que ambos chicos tenían cierto parecido en sus rostros, por lo que supuso que se trataba de hermanos. Alasdair levantó la espada para atacarlo, sin embargo, una flecha cruzó cerca de su oído silbando con fuerza y fue a parar al pecho del Munro.

Alasdair se giró sorprendido hacia el lugar de donde provenía la flecha y la sorpresa estuvo a punto de clavarlo en el sitio.

Sheena cabalgaba tan deprisa como podía su caballo. Lo espoleó con fuerza para intentar llegar lo antes posible a la batalla. Los hombres de su clan le llevaban cierta ventaja y quería estar allí para ayudarlos desde el principio. Sabía qué cara pondría Alasdair cuando la viera llegar, incluso sería capaz de abandonar a sus hombres para sacarla de allí lo antes posible. Y también conocía las posibles consecuencias por desobedecer a su marido. Sin embargo, no le importaba. Siempre había deseado mostrar su habilidad con la espada en una lucha de verdad. Quería demostrar a los hombres de su clan que podía hacer lo mismo o más que cualquier otro hombre. Y aquella era una oportunidad perfecta para ello, pues acababa de tomar el mando del clan y sentía que su deber era demostrar su fortaleza, no su habilidad cosiendo camisas para su marido.

Cuando por fin logró salir del camino, vio en la lejanía a los hombres de su clan. Acababan de salir de un escondite y luchaban ya con los Munro. Distinguió desde su posición los colores del clan enemigo y sintió desde allí un intenso calor que le recorría el cuerpo de arriba abajo. La sed de venganza comenzó a abrirse paso en sus sentimientos y deseó que su padre pudiera estar allí para verla pelear como tantas y tantas veces en el patio del castillo tal y como él mismo le había enseñado a hacerlo.

Sin embargo, a su alrededor en ese momento no había nadie. Estaba totalmente sola y con el factor sorpresa de su lado. Espoleó al caballo de nuevo, deseando llegar cuanto antes al lugar de la pelea. Desde la distancia intentó vislumbrar a Alasdair. No sabía por qué, pero deseaba saber cómo se encontraba o si estaba herido en algún lugar de su cuerpo. Tardó en vislumbrarlo pues se encontraba en primera línea de batalla luchando contra uno de los hijos del jefe del clan Munro.

—Malditos sean —murmuró antes de agarrar el arco a su espalda junto con una flecha y apuntar desde allí.

Maldijo de nuevo cuando vio que el Munro estaba a punto de ahogar a Alasdair después de

herirlo, sin embargo, vio desde la lejanía el movimiento de su esposo con la daga y lo dejó hacer. Sin embargo, sí vio que el otro hijo del jefe Munro se aproximaba a ellos por la espalda de Alasdair. Por eso, sin frenar el galope del caballo, apuntó al pecho del joven y soltó la flecha antes de que pudiera herir a Alasdair.

—Eso por mi padre, desgraciado —dijo para sí.

Con rapidez, pasó cabalgando entre los hombres del clan, que se quedaron asombrados al verla aparecer, y a los pocos segundos, llegó a la altura de Alasdair, que ya se había girado hacia ella con un gesto de sorpresa en el rostro, aunque enseguida pasó a uno de ira. El joven se aproximó a ella con dos zancadas cuando la joven descendió del caballo al tiempo que volvía a colgarse a la espalda el arco para sacar después la espada y seguir luchando. Sin embargo, la fuerte garra de Alasdair se asió de su brazo y le impidió hacer nada más que una mueca de dolor.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, Sheena? —vociferó con rabia.

—Salvarte la vida —respondió ella con el mismo ímpetu al tiempo que intentaba zafarse de su mano.

—Esto no es un juego.

—Nunca he dicho que lo sea. He venido a ayudar, y tú no eres nadie para impedírmelo.

Alasdair se aproximó tanto a ella que se quedó a un solo palmo de su rostro.

—Soy tu marido.

Sheena intentó mantener la mirada en los ojos de Alasdair, pero la desvió sin querer hacia la boca del joven. Sus carnosos labios la distrajeron durante unos momentos que le parecieron eternos. Inconscientemente, se mordió los labios, deseando probarlos de nuevo como la noche anterior, volver a sentir la suavidad y fortaleza de los mismos.

Alasdair también estaba distraído de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Jamás le había ocurrido algo así en medio de una pelea, pero lo que Sheena provocaba en él hacía que olvidara de repente lo demás para centrarse únicamente en la mujer que tenía al frente. Sin embargo, se obligó a volver los pensamientos hacia el momento en el que se encontraba y abrió la boca para decirle algo más, pero escuchó demasiado cerca una espada y un grito y con pericia volvió a levantar la suya y apartó a Sheena de un empujón antes de que uno de los Munro le atacara por la espalda.

Sheena cayó sobre la hierba, aunque al instante se levantó de un salto para ayudar a Alasdair. Sacó la espada del cinto y, sin pensar en lo que iba a hacer, la clavó en el costado de su enemigo. La sangre de aquel desgraciado cayó sobre su ropa y manos, aunque no le importó. Se sintió bien al ayudar a Alasdair a acabar con él.

Miró a los ojos de su marido y vio durante unos momentos lo que le pareció ser orgullo y agradecimiento. Alasdair fue hacia ella y sin pensar en lo que hacía le rodeó la cintura con la mano izquierda y la estrechó contra sí fuertemente para después sellar su boca con un sonoro beso. Sheena le correspondió al instante. Le gustaba sentir los labios de Alasdair contra los suyos, especialmente en un beso como aquel, tan salvaje y feroz como si se tratara del último.

—Está bien, señora MacLeod —dijo contra sus labios antes de separarse de ella—. Mantente cerca de mí, y que no se te ocurra apartarte de mi lado. No quiero te que hagas la heroína. ¿De acuerdo?

Sheena sonrió ampliamente. Por primera vez en su vida se sentía como una más del grupo y aceptada entre los hombres. La joven asintió repetidamente y sintió un profundo agradecimiento por ofrecerle la oportunidad de ayudarlo en algo tan importante para ella.

—Trato hecho —contestó.

Al instante, ambos volvieron junto al resto de los hombres del clan para seguir luchando contra los Munro. Claramente, estaban venciendo a sus adversarios, que poco a poco estaban cayendo en aquella arboleda. Pocos eran los hombres del clan MacLeod que habían caído en el combate, aunque las bajas no dejaban de ser importantes para ellos, especialmente para Sheena, que conocía a algunos desde que era muy pequeña.

Sheena demostró ante todos sus hombres que era tan capaz como ellos de luchar cuerpo a cuerpo sin protección en medio de una batalla. Sin descanso, la joven peleaba contra los Munro que se cruzaban por su camino y se reían de ella por ser mujer. A todos les demostró que no importaba ser mujer para acabar con sus vidas.

Al cabo de media hora, los pocos hombres del clan Munro que aún quedaban con vida decidieron marcharse de allí e intentar huir para buscar la protección de su clan, ya regresarían a por los cuerpos de sus compañeros cuando todo hubiera acabado. Pocos fueron los que tuvieron la suerte de encontrar algunos de los pocos caballos que no habían huido al escuchar el sonido de las espadas y lograron escapar con vida de entre los árboles, prometiendo una y otra vez volver para vengarse de los MacLeod.

Cuando Sheena y Alasdair dieron por finalizada la lucha, se miraron entre sí. Ambos sentían lo mismo el uno por el otro, pero no se atrevían a demostrarlo. La respiración de ambos era aún rápida debido al ejercicio realizado sin parar, sin embargo, lo que sentían sus corazones en ese momento no podían explicarlo con palabras. Tan solo las miradas de ambos hablaban por sí solas. No necesitaron hablar para entenderse tan bien como lo habían hecho cuatro años atrás. La química que siempre habían tenido había aflorado de nuevo en medio de aquella arboleda durante una batalla. Por eso, sin poder evitarlo, a pesar de haberlo intentado, Alasdair soltó de golpe la espada y de una zancada acertó la distancia entre los dos y la besó con pasión. Una pasión que había permanecido guardada en lo más profundo de su corazón desde hacía años y que había intentado enterrar tiempo atrás para sentir odio hacia ella. Llevó sus manos al rostro de la joven para apretarla contra él y así evitar que volviera a alejarse de él. Quería gritar lo que su corazón estaba sintiendo en ese momento sin importarle que los guerreros del clan estuvieran presenciando un acto de amor entre los esposos. Alasdair profundizó el beso, sintiendo así como si todas las fibras de su ser abrieran el paso a algo que nunca creyó que volvería a sentir por Sheena: un intenso amor por la joven que traspasaría cualquier barrera impuesta anteriormente por ellos mismos o por sus padres.

Finalmente, a regañadientes, pues gran parte de los hombres del clan estaban mirándolos, se separó de la joven, aunque siguió con la frente pegada a la de Sheena:

—Estoy muy orgulloso de ti, mi guerrera.

El corazón de Sheena comenzó a latir con fuerza. Nunca pensó que Alasdair pronunciaría esas palabras después de todo lo que había pasado entre ellos. Lo miró a los ojos y sintió como si su marido hubiera olvidado todo lo ocurrido durante esos años. Parecía tener la misma mirada pícara que en la juventud y la observaba con el mismo cariño que entonces. Sin saber por qué, Sheena sonrió y se sintió segura y querida. Después de mucho tiempo creía que podía mostrarse de nuevo tal y como era con Alasdair sin miedo a nada. La había ayudado a ella y a su clan a vengar la muerte de su padre, y le agradecía enormemente ese gesto.

Su corazón le pedía confiar en él de nuevo y enterrar de una vez por todas el odio que había sentido hacia él durante años. En ese momento, le dio la sensación de que un nuevo mundo se abría

ante ella, como si hubiera estado dormida durante mucho tiempo y ahora volvía a despertar. Sentía que su antiguo yo regresaba en el momento que menos había esperado, pero sin lugar a dudas era el mejor.

Sheena abrió los labios para contestar, sin embargo, lo que su corazón quería gritar no salía de su garganta, ya que las palabras parecían haberse quedado atascadas en ella. Por ello, la joven se apartó ligeramente de su marido e intentó recomponerse de nuevo.

Con una sonrisa en el rostro, Alasdair se dio la vuelta, momento que los guerreros del clan decidieron vitorear a los nuevos jefes. Se aproximó a ellos y abrazó con agradecimiento a los más cercanos a él.

—Muchas gracias por todo, jefe —dijo uno de ellos—. La verdad es que dudábamos de usted por pertenecer a un clan que siempre había sido enemigo.

Alasdair asintió restándole importancia.

—No pasa nada, camarada —contestó apretando con fuerza su hombro—. Sheena y yo estaremos siempre ahí para lo que el clan necesite —dijo señalando a la joven y ofreciéndole su mano para que se aproximara a ellos.

Sheena se acercó lentamente con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Sabía que tenía que echarle una man...

Las palabras se quedaron atascadas en la garganta de Sheena en el mismo instante en el que una flecha lanzada desde la lejanía por uno de los supervivientes de la batalla se clavó directamente en su costado. La velocidad del impacto provocó que la joven diera un traspiés y estuvo a punto de caer hacia adelante, sin embargo, logró mantener el equilibrio al tiempo que mantenía una mirada de sorpresa en los ojos de Alasdair.

A su alrededor se hizo el silencio. Los guerreros del clan se giraron sorprendidos hacia el costado de la joven, del que ya comenzaba a manar sangre. No obstante, Alasdair se mantuvo con la mirada fija en sus ojos y con el gesto congelado. Se sentía completamente paralizado ante lo que tenía ante sus ojos. No podía reaccionar ni moverse. Parecía que el tiempo se había quedado parado a su alrededor.

Sin embargo, cuando el joven vio que Sheena avanzaba un paso lentamente y comenzaba a desplomarse ante sus ojos, Alasdair reaccionó y se precipitó hacia ella para agarrarla a tiempo antes de que la joven cayera sobre la hierba.

CAPÍTULO 9

Alasdair se arrodilló en el suelo con el cuerpo de Sheena pegado al suyo. Sujetaba su cuerpo con el brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha intentaba hacer reaccionar a la joven.

—¡Sheena! —La llamaba a gritos.

Durante unos momentos, levantó la mirada para dirigirla hacia el lugar de donde había provenido la flecha. Desde allí vio al responsable y se giró rápidamente hacia uno de los mejores hombres del clan.

—Duncan, no descanses hasta que ese malnacido esté muerto.

El aludido asintió y se dirigió con rapidez hacia uno de los caballos para montarlo y cabalgar con premura hacia el lugar donde se encontraba el arquero.

Mientras tanto, Alasdair seguía intentando hacer reaccionar a Sheena hasta que la joven, lentamente, fue despertando y abrió los ojos. Lo primero que vio fue el rostro preocupado de Alasdair a tan solo unos centímetros del suyo. A su alrededor estaban el resto de guerreros del clan en completo silencio, pero ella no entendía qué había ocurrido para que se encontraran así.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

Sheena intentó levantarse del suelo, pero un intenso dolor en el costado le cortó la respiración.

—No, no te muevas —le pidió Alasdair dulcemente, aunque con autoritaria.

El joven tragó saliva. Sabía que era su deber decirle lo que había ocurrido, ya que tenía que estar preparada para lo que venía a continuación, pero no se veía con la fuerza suficiente como para comunicárselo. Sin embargo, el carraspeo de uno de los hombres del clan lo incitó a decirle lo que había pasado.

—Tienes una flecha clavada en el costado, Sheena.

Alasdair esperó su reacción, sin embargo, esta no llegó. La joven recordó al instante el momento y el dolor que había sentido cuando la flecha se había clavado en ella. Por eso, asintió en silencio y miró a Alasdair intentando aparentar una fortaleza que no sentía, pues el dolor del costado provocaba que le costara respirar con normalidad.

—Debemos sacarte la flecha —siguió Alasdair—. Lo entiendes, ¿no?

Sheena cerró los ojos y apretó la mandíbula. Sabía que no podía llegar al castillo con la flecha clavada en el costado, pero el miedo que sintió en ese momento al pensar que hubiera una sola posibilidad de que no sobreviviera provocó que su cuerpo comenzara a temblar. No quería morir ahora que parecía que las cosas entre Alasdair y ella se habían solucionado, ahora que había nacido en su interior un intenso amor por él que sobrepasaba lo que había sentido por el joven en su adolescencia. Ahora era un amor de verdad, adulto.

—Adelante —fue su respuesta.

Alasdair suspiró con fuerza. Si hubiera podido, se habría puesto en su lugar. Antes de dirigirse hacia uno de los allí presentes, echó un vistazo hacia el lugar por el que había desaparecido Duncan en busca del responsable de aquello. El joven guerrero ya volvía con la espada manchada de sangre que aún goteaba y en la mano derecha vio cómo portaba la cabeza del culpable.

—¿Me ayudas, Sloan?

El veterano asintió en silencio. Había sido uno de los mejores guerreros del padre de Sheena y la conocía desde el día de su nacimiento. Por eso, verla en aquel estado le dolía como si se tratara de su propia hija. Se arrodilló detrás de la joven y ayudó a Alasdair a incorporarla. Sheena lanzó una

exclamación de dolor cuando la flecha se movió dentro de su cuerpo y se aferró con fuerza a Alasdair, que la abrazaba con firmeza y le transmitía un cariño que jamás pensó que volvería a recibir por su parte.

Durante un instante, el joven se separó y la miró directamente a los ojos. No pudo evitar un gesto de preocupación extrema cuando vio la expresión de dolor y el rostro enfermizo y pálido de Sheena. Por ello, aproximó la cara a la de la joven y le preguntó:

—¿Estás lista, guerrera MacLeod?

—¿Tú qué crees? —le preguntó intentando esbozar una sonrisa que solo se quedó en una mueca de dolor.

Alasdair sonrió apenado y durante unos segundos miró hacia Sloan y asintió quedamente para que Sheena no lo viera. El aludido comprendió lo que quiso decirle su nuevo jefe y se preparó para tirar de la flecha hacia él mientras Alasdair volvía a hablar con su esposa.

—No ha estado mal tu primera lucha fuera del castillo —dijo apretándola con fuerza contra sí.

—Bueno, no ha acabado como yo esperaba —contestó en un hilo de voz mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su esposo.

La joven se sentía cada vez más débil y no podía mantener los ojos abiertos por más tiempo. Sabía lo que vendría a continuación, pues conocía de sobra la táctica que estaba usando Alasdair con ella: distraer su atención sobre otra cosa que no fuera la flecha hasta que se la sacaran. La joven sintió un ligero tirón en el costado y apretó la mandíbula con fuerza.

—Al final resulta que no eres tan buena como pensabas... —dijo Alasdair sabiendo que aquello siempre le había enfadado.

Sheena clavó los dedos en el costado de Alasdair mostrándole su desacuerdo con esas palabras, y justo en ese momento Sloan tiró con fuerza de la flecha, dejando sin aliento a la joven, que se desmayó en brazos de su marido.

No sabía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera estaba segura de seguir viva, ya que no sentía su cuerpo. Creía estar flotando sobre una nube y dando vueltas continuamente, pues estaba realmente mareada. Sin embargo, el sonido que hacía el fuego al crepitar en la chimenea le confirmó que estaba viva y la nube sobre la que estaba era el colchón de su cama.

Sheena intentó abrir los ojos, pero los sentía tan pesados que solo quería volver a dormir. Se preguntó cómo habría llegado hasta el castillo Auld y quién le había curado la herida, pero en ese momento no se sentía con fuerzas para realizar tantas y tantas preguntas.

A medida que fueron pasando los minutos, Sheena se sintió con más fuerzas para abrir los ojos lentamente. La luz inundaba la habitación, que, efectivamente, era su dormitorio, y por la posición del sol descubrió que era mediodía. Miró a un lado y a otro y descubrió que en el sofá que había justo al lado de la chimenea se encontraban sentadas dos de las doncellas que siempre la habían ayudado a acicalarse. Sonrió al verlas mirando tan fijamente y en silencio las llamas y se apiadó de ellas al pensar que seguramente llevaban demasiado tiempo con ella, pues en sus rostros podía leerse el cansancio.

Intentó hablar, pero sentía la boca tan seca que de su garganta solo pudo salir un pequeño gruñido que llamó la atención de las jóvenes doncellas. Inmediatamente, una de ellas salió corriendo hacia la puerta y desapareció tras ella mientras que la otra se precipitó sobre la cama con gesto de preocupación y le puso la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre. Después, alargó la mano hacia la mesita de noche y cogió un vaso de agua para Sheena.

Cuando por fin pudo mojar su garganta con el líquido, se aclaró y preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Mi señora, han pasado cuatro días con sus noches. Este es el quinto día desde que el señor la trajo herida en su caballo.

—¿Me trajo Alasdair?

La doncella se sorprendió de su pregunta.

—Sí, señora, él mismo.

Sheena miró incómoda hacia un lado intentando averiguar dónde se encontraba su marido. En aquel bosque habían sucedido cosas entre ellos que le hicieron creer que las cosas habían cambiado, pero no se encontraba junto a ella esperando que despertara.

—El señor ha bajado a comer, señora —le dijo la doncella adivinando sus pensamientos—. Ha estado con usted durante todos estos días. No se ha separado del lecho en ningún momento. De hecho, sus hombres lo han sacado casi a rastras del dormitorio para que bajara a comer y reponer fuerzas.

Sheena asintió e intentó incorporarse, pero un dolor seco en el costado le hizo quejarse de dolor.

—¡Señora! —exclamó la joven al tiempo que se precipitaba sobre ella para detenerla—. No debe moverse.

—Solo quiero incorporarme —contestó intentando zafarse de sus dedos.

—Son órdenes del señor. No debe moverse.

Sheena la miró al tiempo que elevaba una ceja.

—Beth, ¿cuándo he hecho caso de las órdenes?

La doncella sonrió y la miró con orgullo. Admiraba de verdad la valentía y coraje de su señora, ya que ella siempre se había sentido inferior al resto. Por eso, trabajar para Sheena le encantaba, ya que intentaba aprender ciertos modales de la joven para parecerse a ella y ser más valiente en el día a día.

—Pocas veces, señora —contestó sonriendo—. Pero no quiero perder mi puesto por no obedecer al señor.

—No te preocupes, Beth. Mientras yo siga en este castillo, trabajarás aquí.

La doncella asintió agradecida y se incorporó sobre la cama para colocarse a un lado de ella y no molestarla. Sheena se apoyó sobre el costado sano para incorporarse y sentarse sobre la cama justo en el momento en el que Alasdair entró en el dormitorio como una exhalación.

La doncella que estaba al pie de la cama se apartó de golpe y se dirigió hacia la puerta para salir de allí cuanto antes.

Sheena se quedó petrificada nada más verlo, pero poco a poco se incorporó, no sin hacer algún que otro gesto de dolor. Alasdair observó todo desde la puerta, que enseguida cerró tras él y se aproximó lentamente hacia la cama sin dejar de observarla.

—¿Tan terca eres que no puedes obedecer la orden de quedarte tumbada hasta que venga la curandera a ver la herida?

El tono con el que formuló la pregunta era de enfado, sin embargo, en sus ojos podía verse la alegría por verla ligeramente recuperada. Sheena se mantuvo callada y lo observó hasta que se quedó a los pies de la cama con los brazos cruzados en el pecho mirándola intensamente y esperando una respuesta por su parte.

—Ya sabes cómo soy.

Alasdair se mantuvo en silencio durante varios minutos. Se notaba a leguas que estaba realmente

enfadado por algo que se escapaba al entendimiento de Sheena, no obstante, la joven lo miraba con la misma intensidad esperando que su marido fuera el primero en hablar. Sin embargo, después de varios minutos, cuando su nerviosismo estaba alcanzado las cotas más altas, Sheena resopló y torció el gesto.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—Tú. Eso es lo que me pasa...

Sheena frunció el ceño sin comprender. No estaba segura de lo que había ocurrido en los días que había estado inconsciente y pensó que había dicho algo que lo había incomodado mientras se encontraba en ese estado de inconsciencia.

—¿A qué te refieres?

—A que no debiste ir al bosque a buscarnos saltándote mi orden.

—Tengo el mismo derecho que tú a luchar por mi clan. Soy la jefa de los MacLeod y como tal debo dar ejemplo a mis hombres.

—Y yo soy tu marido.

—¿Y? Eso no impide que lleve a cabo mis obligaciones como jefa del clan, Mackay.

Alasdair se inclinó sobre la cama y puso ambos puños sobre las sábanas blancas que tapaban el cuerpo semidesnudo de Sheena.

—Te dije que te quedaras aquí porque sé cómo son los Munro. Los de ese clan son los más traicioneros que puedas echarle a la cara. Por eso te ordené que te quedaras, pero claro, Sheena MacLeod tiene que demostrar siempre que está por encima de cualquier cosa.

—Yo no necesito demostrar nada a nadie. —Saltó de la cama no sin sentir un ligero mareo que disimuló apoyando una pierna contra la cama—. No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago. Además, si no hubiera sido por mi aparición, estarías muerto.

—¿Acaso eso te preocupa? —preguntó con sorna Alasdair—. Te recuerdo que intentaste matarme hace cuatro años junto a la charca donde nos veíamos.

Sheena sintió una punzada de dolor en pecho al escuchar las palabras de Alasdair. El recuerdo de lo que habían pasado juntos al lado de la charca durante tantos años le hacía daño, pues chocaba intensamente con lo sucedido después con las joyas y su actual matrimonio.

—Traicionaste mi confianza —le echó en cara—, y robasteis las joyas de mi familia.

Alasdair endureció el gesto y se aproximó a ella lentamente al tiempo que apretaba los puños con fuerza.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que yo no te he robado nada? —preguntó con los dientes apretados—. Tu padre se ganó muchos enemigos en vida. Deberías plantearte la opción de que tal vez los Munro lo hicieron, no los Mackay. Nosotros no necesitamos robar a nadie.

Sheena bajó la mirada durante unos segundos. Alasdair tenía razón. Tal vez se había centrado demasiado en echarle en cara que había sido él quien había robado a su familia y roto la confianza y amistad entre ellos dos. Sin embargo, su orgullo le impedía darle la razón a su marido, pues el odio que sentía en ese momento debido a los mandatos que Alasdair estaba empeñado en ordenarle era tal que no podía pensar con claridad.

—Nadie más sabía de la existencia de ese cambio de lugar de las joyas.

—¡Maldita seas! —vociferó Alasdair—. No voy a parar hasta demostrarte que estás equivocada. Mientras tanto, te quedarás recluida en el dormitorio. No quiero más sorpresas.

Sheena frunció el ceño y dio un par de pasos hacia él, pues Alasdair ya se dirigía hacia la puerta

para marcharse.

—No voy a quedarme encerrada. No puedes ordenarme eso. Además, mi herida ya está mejor.

Alasdair esbozó una sonrisa sarcástica de lado.

—La reclusión no solo será mientras estés herida...

—¿Qué? —gritó Sheena—. ¿Quién demonios te crees que eres para tratarme así? ¿Se puede saber por qué demonios haces esto?

Alasdair se dio la vuelta hacia ella tan rápidamente que, por un momento, Sheena sintió miedo. El rostro de Alasdair estaba contraído por la rabia, pero también por ciertos sentimientos que no lograba entender. Vio cómo su marido apretaba la mandíbula con fuerza, al mismo tiempo que los puños, y parecía intentar contenerse.

—¿Me preguntas por qué lo hago? ¿Acaso no es evidente?

—Para hacerme la vida imposible por haberte marcado el pecho.

—¡No! —vociferó al tiempo que cerraba la puerta de un sonoro portazo—. ¡Porque te amo, demonios!

El propio Alasdair fue el primero en mostrar sorpresa por lo que acababa de decir. No podía creer que hubiera confesado sus verdaderos sentimientos a Sheena, sin embargo, ya no había vuelta atrás, y estaba dispuesto a confesar toda la verdad.

Sheena estaba en shock. No estaba segura de haber escuchado bien las palabras de Alasdair. No obstante, el rostro del joven le confirmó que esas palabras eran ciertas. Su marido le había confesado su amor a bocajarro, sin esperarlo, en un momento en el que la rabia y el odio eran lo único que flotaba en el ambiente. No supo qué decir, sin embargo, no hizo falta, pues Alasdair siguió hablando por ella.

—Te amo desde el primer día en que te vi. Y te amé en silencio durante todo el tiempo que fuimos amigos y nos veíamos a escondidas de nuestros padres. Jamás había conocido a una chica con la valentía y rebeldía que mostrabas al escapar de este castillo para ir a mi encuentro; una guerrera como tú que no tenía miedo a los salteadores ni a la fama que tu padre le había dado a la gente de mi clan; una chica que era capaz de decidir por sí misma sin necesidad de tener a un hombre a su lado —Alasdair se aproximó unos pasos a ella—; una chica con una belleza tan extraordinaria que las mujeres de otros clanes sentían odio por ella aun sin conocerla.

Sheena levantó las cejas, sorprendida. Estaba sin palabras.

—Una chica con una mirada que podía traspasar mi alma cuando esos ojos se dirigían a mí. ¿De verdad crees que iba a traicionar a la mujer de la que estaba enamorado?

Alasdair por fin calló y se mantuvo en silencio durante unos segundos en los que ambos se miraban detenidamente esperando que el otro dijera algo. Cuando el joven vio que Sheena no iba a decir nada, se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

—Lo siento —dijo la joven en un hilo de voz—. Siento todo esto, Alasdair.

Las lágrimas brotaron de sus ojos incontrolablemente. Le dolía ver que todo se había roto por su culpa. Las imágenes de sus encuentros con Alasdair corrieron por su memoria en pocos segundos. Y entonces entendió el motivo por el que el joven siempre le daba un beso en la frente y la miraba con aquella intensidad. Sintió que su corazón se rompía en mil pedazos, pues estaba segura de que ya nada sería igual después de aquella confesión.

Alasdair estaba dolido por haberlo señalado como culpable del robo de las joyas de su familia. El joven se volvió para mirarla y descubrió que sus ojos mostraban tal aflicción que estuvo a punto

de abrazarlo. Sin embargo, no se sentía capaz de mostrar sus sentimientos hacia él de la misma forma que él lo había hecho con ella. Pero al ver que el joven volvía a darle la espalda para marcharse, se adelantó unos pasos y le dijo:

—¡Te amo!

Sheena sintió que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta, pero carraspeó para volver a hablar. Alasdair se había quedado parado en el quicio de la puerta, pero le daba aún la espalda.

—Yo... también estaba enamorada de ti, por eso intentaba arreglar mi ropa y mi peinado antes de que llegaras a la charca. Miraba mi reflejo en el agua para ver que no tuviera barro en la cara o algo descolocado que pudiera no gustarte. Pensaba en ti todo el rato hasta que por fin llegaba el día en el que nos íbamos a ver. Deseaba decirte que lo que sentía por ti no era una simple amistad, pero tuve miedo. Miedo de que me rechazaras o te rieras de mí y no quisieras verme nunca más. Incluso odiaba tu dichosa manía de besarme en la frente porque siempre deseé que me besaras en la boca.

La joven abrió la boca para decir algo más, pero Alasdair se dio la vuelta de golpe y acertó la poca distancia que los separaba para sellar los labios de Sheena con los suyos propios. Rodeó la cabeza de la joven con sus manos para evitar que se echara hacia un lado y lo rechazara. La besó con toda la intensidad que siempre había imaginado, con tal pasión que deseaba absorberla, dejarla sin aliento. El joven se sentía pletórico al descubrir que Sheena sentía lo mismo por él.

Sheena, por su parte, se agarró a la ropa de Alasdair para intentar no caer por la fuerza de su beso. Había olvidado el dolor del costado de golpe. Ya no sentía más que el calor que le proporcionaba el cuerpo de su marido. La barrera que había entre ambos desde hacía años acababa de hacerse añicos ante sus ojos. Volvía a ver a Alasdair con los mismo ojos de la adolescencia, aunque lo que sentía por él era en ese momento más fuerte que entonces. Ahora sentía verdadero amor. Sabía que sus sentimientos no eran algo pasajero que pudieran desaparecer de un momento a otro. Lo que su corazón rezumaba era adoración por Alasdair, necesidad de pasar con él el resto de sus vidas y de aprovechar el tiempo que ahora tenían por delante para olvidar los años que habían estado separados por un malentendido.

Sheena sintió que su vida cobraba sentido en ese momento mientras su marido la besaba con esa pasión. Fue llevada con tacto y delicadeza hacia la cama. Alasdair se controló lo suficiente como para no hacerle daño en la herida, pues podría abrirse si no tenía cuidado.

Sheena se dejó hacer. Deseaba como nunca tenerlo cerca y poder tocar su cuerpo con la certeza de que no iba a rechazarla.

—Dios, qué hermosa eres —susurró Alasdair contra sus labios cuando le apartó el camisón.

—Hazme tuya, Alasdair —le rogó la joven.

—Mía... —asintió mientras dejaba un reguero de besos por el cuello de Sheena.

Dedicaron todo el tiempo del mundo a darse placer mutuamente. Sheena olvidó su herida y lo empujó contra las sábanas cuando por fin Alasdair se separó unos centímetros de ella. El joven se dejó hacer, pues sabía que de aquella manera no haría daño al costado de su esposa.

Sheena vio el camino libre para tomar las riendas de la situación. La sonrisa de Alasdair la incitaba a seguir con su propósito y se inclinó sobre él para besarle el pecho. Se deleitó con la aspereza de la piel del joven y no dejó ni un solo milímetro de su piel y sus músculos sin probar. Se separó de él para admirar la belleza del cuerpo de su marido, especialmente el miembro del joven, que ya estaba erecto y palpitando por volver a sentir la suavidad de la cavidad de Sheena.

La joven volvió a tomar la iniciativa y se introdujo el miembro de Alasdair. Lentamente, comenzó a moverse sobre él, disfrutando de las sensaciones que le transmitía por todo el cuerpo. Alasdair aprovechó esa postura para agarrar los pechos de Sheena y lamer con intensidad uno de los pezones de la joven.

El placer que sentía Sheena provocó que comenzara a moverse más deprisa, ya que estaba a punto de alcanzar un orgasmo. Llegados a ese punto, Alasdair comenzó a bombear dentro de ella momento en el que la joven también se dejó llevar por el placer y comenzó a sentir los espasmos propios del orgasmo.

Al cabo de unos segundos, se derrumbó sobre el pecho de Alasdair y se dejó abrazar por él hasta que comenzó a tiritar de frío.

—Será mejor que te arropes —se preocupó Alasdair.

Sheena se tumbó a su lado y suspiró cuando sintió la suavidad de las sábanas sobre su cuerpo desnudo. Inconscientemente, se abrazó a Alasdair. Parecía que lo había hecho durante toda su vida, pues todo ocurría con mucha fluidez entre ellos. Sin pensar, Sheena dirigió la mirada hacia el pecho de Alasdair, donde podía verse la inicial de su nombre grabada en el mismo. Llevó su mano hacia ella y la acarició lentamente. Recordó el momento en el que la hizo y la rabia que había sentido hacia él en esos instantes. Se arrepintió profundamente. Ahora que sabía del amor que Alasdair le había tenido siempre, supo que jamás habría sido capaz de traicionarla por algo así.

Tragó saliva con dificultad, pues las lágrimas amenazaron con volver a salir de sus ojos. Sin embargo, la mano izquierda de Alasdair se posó sobre la suya e intentó calmarla.

—¿Te dolió?

Alasdair sonrió apenado.

—Me dolió más que me considerases un traidor. Jamás lo habría hecho, Sheena. Te lo juro.

—Lamento no haberte escuchado. Todo es culpa mía.

—No te aflijas por ello. Hace tiempo de esto.

Sheena asintió y cerró los ojos para relajarse. Estaba realmente cansada, pero no sentía dolor en el costado. Las heridas del alma le dolían más que las físicas y tardarían muchos años en curarse.

Se mantuvieron en completo silencio, ya que ninguno deseaba romperlo para que la calma siguiera siendo la misma. Tenían miedo de que al hablar todo desapareciera y no quedara nada de lo vivido recientemente. Ambos se habían declarado su amor y estaban tan satisfechos que el sueño profundo los sorprendió al mismo tiempo sin saber que les esperaba una nueva piedra en el camino. Y esta vez era aún más grande.

CAPÍTULO 10

Alasdair se encontraba durmiendo cuando unos nudillos tocaron suavemente la puerta del dormitorio. La primera vez estaba tan profundo que no los escuchó, pero la segunda vez que tocaron sí lo pudo escuchar y abrió los ojos de golpe. Pensaba que se había quedado dormido y que todos estaban esperándolo para algo, sin embargo, al dirigir la mirada hacia la ventana descubrió que estaba amaneciendo en ese momento.

Miró extrañado hacia la puerta y lentamente, y a su pesar, se separó de Sheena, que dormía profundamente abrazada a él. La joven se removió ligeramente, pero enseguida volvió a quedarse totalmente quieta. Alasdair agarró una camisola larga y se la puso para evitar salir desnudo al frío pasillo.

El joven abrió la puerta justo en el momento en el que la persona que llamaba volvía a tocar con los nudillos. Al otro lado se encontraba Duncan, el mismo que había acudido en busca del hombre que había herido a Sheena. Desde entonces se había convertido en su mano derecha y ahora lo esperaba con gesto de preocupación en medio del pasillo.

—Perdona que te moleste, Alasdair, pero me ha llegado una información preocupante.

Alasdair hizo un gesto con la mano para restarle importancia y lo instó a hablar.

—Uno de nuestros informadores ha visto a varios Munro cabalgando por nuestras tierras. Tal vez no tenga importancia y solo sean salteadores, pero después de que hayan intentado atacarnos creo que deberíamos salir a por ellos.

Alasdair asintió.

—Está bien. Los seguiremos. —Se dirigió hacia el interior del dormitorio—. Dame unos minutos para vestirme.

Duncan asintió y se dirigió hacia las escaleras para bajar al piso inferior y preparar algunas viandas para el camino.

Alasdair cerró la puerta del dormitorio y se dirigió directamente hacia la cama. Le habría gustado despertar a Sheena y despedirse de ella. De hecho, pensaba que si no lo hacía la joven iría de nuevo tras ellos para luchar. Se sentó en el borde de la cama y la observó mientras dormía. Con el rostro relajado parecía un ángel. Su pelo revuelto estaba esparcido por parte de la cama y su color negro resaltaba sobre las sábanas blancas. Alasdair apartó ligeramente las mantas para admirar su cuerpo desnudo. No podía creer que después de tantos años amándola en secreto pudiera hacerlo ahora en total libertad, y que ese amor fuera recíproco.

Sonrió tristemente. Habían perdido cuatro años de sus vidas por una tontería, pero tenía la certeza de que ahora podrían vivir la vida con libertad. No estaba dispuesto a atar en corto a Sheena. Siempre le había encantado su rebeldía y valentía, de hecho aquello era lo que lo había enamorado por completo. Por eso, no podía cortar las alas de su esposa. Pero sí protegerla por encima de todo.

Acarició con suavidad la curva de sus pechos, provocando un suspiro en Sheena. Detuvo la mirada en el costado, donde la herida parecía estar ya curada. Se sorprendió por la facilidad y rapidez con la que la joven se había recuperado de un flechazo y admiró su carácter fuerte para ello.

Bajó la mano hacia el vientre plano de la joven y allí se obligó a detenerse. Lo acarició con devoción, pero en el momento en el que su propio cuerpo comenzó a reaccionar apartó la mano como si le quemara el contacto.

Alasdair volvió a arroparla y se encaminó hacia el sofá que había frente a la chimenea, donde

había lanzado su ropa la noche anterior. Tardó varios minutos en colocarse el kilt, el cinto con la espada y la daga al tobillo. Cuando por fin estuvo preparado, se dirigió hacia la puerta, no sin antes volver la mirada de nuevo hacia Sheena. Su corazón dio un vuelco al verla y deseó estar de regreso pronto para volver a verla de nuevo.

Cuando el sol lucía ya en el cielo, Alasdair y varios de sus hombres partieron del castillo Auld en busca de los salteadores Munro que pululaban por sus tierras. El resto de hombres se quedaría en el castillo esperando el aviso de que los necesitaban allá donde fueran si era necesario.

Cabalgaron con premura, pues no sabían qué podían encontrarse y si alguien del clan estaba sufriendo por culpa de sus enemigos. Les habían informado de que los Munro habían sido avistados cerca de donde lucharon días atrás, por lo que dedujeron que no habían regresado a sus tierras después de ese día y se escondían en algún lugar de las tierras de los MacLeod.

—Duncan, ¿qué interés pueden tener los Munro en estas tierras? —preguntó Alasdair.

—No sé si Sheena te habrá hablado de ello, pero creo que es algo que necesitas saber. Cuando Robert fue nombrado jefe del clan, recibió un regalo de gran parte de sus familiares.

Alasdair temió seguir escuchando la historia, pues tenía una ligera idea de lo que diría Duncan a continuación.

—Unas joyas de gran valor. —El joven sintió que su corazón latía a la misma velocidad que cabalgaban los caballos—. Muchos de los clanes de alrededor lo supieron y se ganaron la enemistad de Robert al intentar ganar algo de esas joyas.

Duncan se veía incómodo al hablar de ese tema y desvió la mirada.

—¿Mi padre fue uno de ellos? —preguntó Alasdair consciente de la incomodidad del guerrero.

—Sí y no —contestó Duncan—. Vuestro padre y Robert ya eran enemigos muchos años atrás, pero lo de las joyas lo agravó.

—¿Ya eran enemigos?

Duncan asintió.

—Vuestro padre y Robert estaban enamorados de la misma mujer, señor.

Alasdair se quedó petrificado.

—¿Mi padre estaba enamorado de la madre de Sheena? —preguntó sorprendido.

—Sí. Era una mujer realmente hermosa. No había ninguna mujer por aquí que poseyera esa belleza tan natural. Muchos hombres intentaron ganarse su amor, pero solo Robert fue el único que lo consiguió. Y eso a vuestro padre no le sentó muy bien.

—¿Y qué ocurrió?

—Vuestro padre retó en duelo a Robert, pero el anterior jefe de los MacLeod logró pararlo antes de que alguno de ellos muriera. Habían sido los mejores amigos que pudieran existir, pero desde entonces se declararon su enemistad.

Alasdair asintió en silencio. Jamás había pensado que su padre pudiera estar enamorado de la madre de Sheena, aunque viendo la belleza que había heredado la joven de su madre, era normal que cualquier se hubiera enamorado de ella.

—Y respecto a las joyas, ¿qué ocurrió?

—Desaparecieron justo cuando las cambiamos de lugar. Nadie conocía el destino, ni siquiera Robert se lo comentó a los más cercanos. Solo su hija y yo conocíamos el paradero. Y de repente, desaparecieron. Robert siempre pensó que había sido alguno de sus enemigos quien las había robado, pero no pudo saber quién, por lo que no declaró la guerra a nadie.

—¿Y piensas que esas joyas las tienen los Munro?

—Puede ser. Son los únicos que han atacado desde que Robert murió. Y ese empeño por hacerse con nuestras tierras me hace sospechar de ellos.

Alasdair asintió y se quedó en silencio unos minutos.

—Entonces, tendremos que averiguar si ellos tienen esas joyas tan preciadas.

El silencio los invadió después. Cabalgaron con más rapidez hasta que llegaron al lugar donde pelearon. Los cadáveres de los Munro habían desaparecido, por lo que los hombres ya habían pasado por allí para recogerlos.

—Será mejor que atravesemos el bosque. Tal vez están más cerca de lo que pensamos.

Los hombres asintieron y recorrieron el mismo camino que los Munro habían tomado después de abandonar la lucha días atrás. Alasdair tenía una corazonada y esperaba que no fuera cierta porque, de ser así, deberían regresar al castillo Auld para avisar al resto de hombres.

Cabalgaron otro par de millas y por fin los encontraron. Habían hecho un pequeño asentamiento en un lugar donde jamás serían encontrados debido a que se trataba de una zona poco transitada y de difícil acceso.

—Malditos sean —murmuró Duncan al lado de Alasdair.

El joven jefe echó un vistazo al grupo que tenían a solo media milla de ellos.

—Son un grupo más numeroso que el nuestro.

—No son muchos más, solo nos harían falta unos veinte hombres —contestó Duncan.

Alasdair asintió. Estaba seguro de que sus hombres eran capaces de acabar con los Munro que tenían delante, pero no quería arriesgarse a que aparecieran más enemigos justo cuando comenzaran a luchar. Le enfadaba volver al castillo a por sus hombres, pues lo consideraba una pérdida de tiempo. Sin embargo, no había otra vía para la victoria, por lo que tomó la decisión.

—Regresaré a por el resto de hombres. Vosotros descansad cerca de aquí. Intentad que no os vean y, desde luego, no luchéis hasta que llegue con los refuerzos.

—Iré contigo —se ofreció Duncan.

Alasdair negó con la cabeza.

—Necesito que seas el jefe en mi ausencia. ¿Dónde os esconderéis? Tú conoces estas tierras mejor que yo.

—Al oeste hay una zona parecida a esta. —Señaló con la cabeza donde se encontraban los Munro—. Estoy seguro de que allí nadie podrá avistarnos. Los hombres saben dónde me refiero. Te llevarán allí.

Alasdair asintió y le dio suavemente en la espalda a Duncan para agradecer su confianza y amistad. Después, se dio la vuelta y cabalgó hacia el castillo Auld en busca de sus hombres, aunque lo que encontraría sería una sorpresa.

CAPÍTULO 11

Sheena abrió los ojos lentamente. Sentía todos los músculos de su cuerpo entumecidos, pero su corazón saltaba de alegría. Por primera vez después de tantos años, volvía a sentirse completamente feliz, como si el tiempo no hubiera pasado para ellos. Trataba de asimilar todo lo que había ocurrido desde que Alasdair había regresado a su vida. Habían pasado tantas cosas y tantos cambios que ahora le parecía extraño sentirse tan bien.

Sonrió al tiempo que se giraba en la cama para ver a Alasdair, sin embargo, la recibió la frialdad de las sábanas. Frunció el ceño, extrañada. Su marido volvía a dejarla sola antes de despertarse. ¿Acaso había problemas de nuevo en el clan? ¿Los Munro habían vuelto a atacar y Alasdair no había querido avisarla para que no se presentara de nuevo en medio de la lucha?

A medida que se hacía preguntas, su enfado fue aumentando, por lo que retiró las sábanas de golpe y se levantó echando un basilisco con la intención de llamar la atención de Alasdair. Se vistió deprisa y corrió escaleras abajo. El silencio dentro del castillo era ensordecedor. Su nerviosismo fue en aumento al pensar que algo grave había ocurrido en los alrededores y se maldijo por haberse quedado dormida en lugar de dirigir el liderazgo del clan, algo para lo que había estado preparándose durante toda su vida.

La soledad fue lo único que la recibió en el portal. Ni siquiera los sirvientes andaban de un lado para otro limpiando u ordenando las habitaciones. Conocedora de que siempre había alguien en la cocina, se dirigió hacia la misma con la intención de preguntarle a la cocinera o a sus ayudantes qué ocurría. Sin embargo, la puerta de la misma se abrió de golpe y de ella salió uno de los sirvientes, pero se extrañó al no reconocerlo. Miró fijamente su gran altura, su rostro ovalado, sus ojos negros como el carbón, al igual que su pelo, y esa extraña cicatriz que cruzaba parte de su mejilla derecha. Iba vestido como todos los sirvientes del castillo, pero su mente no era capaz de situarlo en ningún contexto.

—Mi señora —dijo el sirviente inclinando la cabeza.

—¿Nos conocemos? No recuerdo tu rostro —contestó con extrañeza arrugando la nariz.

El aludido sonrió.

—Lo siento. No he tenido oportunidad de presentarme. Soy Graham Mackay. Vine con la comitiva del señor.

—Soy yo quien debe sentirlo, Graham —dijo Sheena con una sonrisa en los labios—. Con los acontecimientos de esta semana no he tenido tiempo de presentarme a los nuevos sirvientes.

—¿Puedo retirarme, señora?

—Una cosa antes de marcharte. ¿Sabes dónde está mi marido?

—Sí, al parecer han encontrado a un grupo de Munro cerca del bosque donde los atacaron la última vez —contestó con voz siseante—. El señor se ha marchado con varios de sus hombres.

Sheena chasqueó la lengua con enfado. Alasdair había vuelto a hacerle lo mismo de nuevo. Sin embargo, intentó entender al joven. Ella aún estaba recuperándose del flechazo recibido y no quería que volviera a hacerse daño. Intentó sonreír al joven que tenía enfrente, aunque la cicatriz de su rostro le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

—Le recomiendo que desayune, señora —le dijo amablemente Graham—. Eara hace unas comidas estupendas.

—¿Eara? Tampoco la conozco.

—Venía con los de mi clan, señora.

Sheena asintió, aunque no muy convencida. Y no le pasó desapercibido el gesto que hizo Graham con los puños al cerrarlos. Sin embargo, supuso que aquello se debía a la enemistad que siempre habían tenido ambos clanes y le restó importancia.

Se despidió del sirviente, no sin antes volver a sentir un nuevo escalofrío recorriendo su espalda, y se dirigió hacia las cocinas. Entró con el gesto aún extrañado por las sensaciones que estaba notando. Se sentía como una extraña en su propia casa, y también le daba la sensación de que estaba siendo observada todo el rato.

—Buenos días, señora. —Una voz dulce la sacó de sus pensamientos.

Sheena levantó la mirada y la dirigió a la que supuso era Eara y le dedicó una sonrisa. Se trataba de una joven de unos dieciséis años, alta, delgada, con el pelo tan negro como el carbón y unos ojos negros exactamente iguales que Graham. Vestía con la ropa muy raída y le dio la sensación de que hacía mucho tiempo que no comía a pesar de trabajar en las cocinas desde hacía una semana.

—¿Eara? —La joven sonrió y asintió—. Me ha dicho Graham que eres una cocinera experta. Y tengo un apetito voraz esta mañana.

—Gracias por el cumplido, señora. He preparado unas gachas de avena.

—Entonces me serviré un tazón.

Sheena se dirigió hacia el plato donde estaban las gachas para servirse una taza, sin embargo, Eara la interceptó y la obligó a sentarse.

—Está herida, señora. —Intentó aparentar calma, pero un intenso nerviosismo hacía que sus manos temblasen incontrolablemente—. Será mejor que se siente.

Sheena asintió. No le pasó desapercibida esa agitación. Incluso le dio la sensación de que la joven tenía cierto gesto de temor en el rostro. Mientras la joven le servía el tazón se dedicó a observarla con atención. Había algo raro en esa joven, aunque no era capaz de encontrar el qué. Sheena intentó recordar el día en el que Ian Mackay apareció en el castillo, incluso el momento en el que ella estuvo a punto de dispararle desde la cascada y no recordó que hubiera una mujer entre ellos. De hecho, solo recordaba que había hombres entre los sirvientes del padre de Alasdair. Supuso que si hubiera alguna mujer se acordaría de esa chica.

Sheena carraspeó cuando la joven le llevó el tazón con una sonrisa en los labios. Ella se la devolvió y le dio las gracias por la comida.

—Eara, ¿tú viniste con la comitiva de los Mackay?

A la aludida se le escurrió el plato que llevaba entre las manos, lo cual le confirmó a Sheena que algo extraño estaba sucediendo en el castillo esa mañana. Eara estaba de espaldas a ella y vio cómo, visiblemente, bajaba los hombros derrotada.

Sheena se levantó de la silla en la que se encontraba y se dirigió lentamente hacia la joven con la intención de averiguar qué demonios estaba ocurriendo. Sin embargo, un ruido a su espalda le indicó que no estaban solas. Con rapidez, llevó la mano hacia la daga que escondía bajo el corsé del vestido que se había puesto ese día y se giró, sin embargo, no fue tan rápida como su atacante, que no era otro que Graham. Este dirigió su puño directamente a la mejilla de Sheena, que intentó defenderse a pesar del dolor que le causó en la herida, aunque Eara, por la espalda, la golpeó con algo en la cabeza. Lo último que vio Sheena antes de perder la conciencia fue el rostro de Graham sonriendo victorioso.

Alasdair tardó poco tiempo en llegar al castillo, aunque el nerviosismo que lo instigaba le hizo

sentir que hacía horas que cabalgaba para buscar a los hombres que lo esperaban en el castillo. Pensaba que ese estado lo causaba la pronta lucha contra los Munro, sin embargo, tenía la sensación de que estaba ocurriendo algo dentro de los muros del castillo. Deseaba llegar cuanto antes para ver que todo estaba en orden y Sheena se encontraba bien. Por eso, cuando en la distancia vio su nuevo hogar suspiró aliviado al descubrir que todo se veía tranquilo.

Gran parte de los guerreros se encontraban esperándolo en el patio del castillo. Cuando lo vieron llegar, se dirigieron hacia sus caballos para seguirlo a donde hiciera falta. Sin embargo, Alasdair desmontó el caballo y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—Esperadme aquí —les pidió.

Con una desesperación impropia de él, se dirigió hacia el dormitorio, donde había dejado horas antes a Sheena durmiendo. Supuso que por la hora ya no se encontraría en la cama, pero quería buscarla allí primero. Sin embargo, el dormitorio estaba vacío. De hecho, casi todo el castillo estaba vacío. Bajó al despacho casi corriendo, y lo encontró igual que el dormitorio. Ni rastro de Sheena.

Como última opción, se dirigió hacia las cocinas, ya que pensó que podría estar allí ayudando a la cocinera a elegir el menú del día. Deseó con todas sus fuerzas que estuviera allí metida. Sin embargo, la soledad fue lo único que lo recibió al entrar. Miró a su alrededor y vio todo desordenado, algo impropio en la cocinera, ya que solía pasar todo el día metida en la cocina para que todo estuviera en orden. Entró lentamente, al tiempo que sacaba del cinto la espada. Su corazón latía con fuerza, especialmente cuando vio un tazón de gachas encima de una de las mesas y con pinta de no haber sido tocado por su dueño. Y de pronto puso su mirada en el suelo, debajo de la mesa, donde brillaba con fuerza la daga que Sheena solía llevar consigo siempre, la misma con la que le había grabado la inicial de su nombre en el pecho.

—¿Dónde estás, Sheena? —susurró para sí.

Miró de nuevo a su alrededor intentando descubrir lo que había sucedido en aquel lugar. Sin embargo, no había más pruebas que le dieran alguna pista. Salió por la puerta de la cocina que daba a un patio pequeño donde siempre entraba el hombre que les vendía la verdura y fruta con el carro. Descubrió que todo estaba revuelto. Claramente les habían robado víveres, pero lo que más le llamó la atención fue un ruido procedente de un pequeño cuarto en el que las limpiadoras guardaban todos sus enseres.

Se dirigió allí con la espada en alto, preocupado por un posible ataque. Sin embargo, al abrir la portezuela descubrió a la verdadera cocinera y a su ayudante maniatadas y amordazadas, además de la cara ensangrentada.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido aquí? —preguntó preocupado.

—¡Señor! Nos atacaron por la espada y no pudimos hacer nada.

Alasdair las sacó de allí y les desató las manos.

—¿Los habéis visto?

—Sí, son Munro, señor —contestó la ayudante.

—Malditos sean —susurró Alasdair—. ¿Y Sheena?

Ambas se miraron preocupadas.

—Lo siento, señor. Se la han llevado. Lo hemos escuchado todo desde aquí.

Alasdair lanzó una maldición en gaélico. No podía creer que los Munro habían entrado en el castillo sin que los guerreros allí presentes fueran conscientes de ello. Una rabia incontrolable comenzó a envolverlo. Sheena estaba en manos de sus peores enemigos y no sabía de cuánto tiempo

disponía para salvarla.

Corrió hacia el patio principal, donde lo aguardaban los hombres y cuando lo vieron llegar con el rostro desencajado descubrieron que algo malo había sucedido.

—¿Se puede saber en qué demonios habéis empleado el tiempo desde que nos marchamos? —vociferó en medio del patio.

Los hombres se miraron entre sí sin comprender.

—¡Los Munro han entrado en el castillo y han secuestrado a Sheena!

Exclamaciones de sorpresa y horror se escucharon entre los hombres. Las maldiciones corrieron de unos a otros, jurando por lo más sagrado matar a sus enemigos antes de que la joven sufriera algún daño.

—Lo siento, señor —se adelantó un adolescente—. Estábamos aburridos de esperar y nos hemos distraído con una partida al tablero de ajedrez.

—Pues esa negligencia ha hecho que Sheena, vuestra jefa, esté en peligro. Ahora tenéis la oportunidad de ayudarla, así que marchémonos.

Alasdair no les dio tiempo para defenderse. Cuando todo esto pasara, ya castigaría al responsable de todo eso. Ahora lo único que le importaba era encontrar a Sheena sana y salva. Rezó para encontrarla antes de que fuera demasiado tarde, ya que estaba seguro de que el jefe de los Munro no le tenía preparado a la joven un buen recibimiento después de matar a uno de sus hijos.

Sheena despertó poco a poco. Había perdido la noción del tiempo y durante unos segundos no sabía qué había ocurrido. Sin embargo, el recuerdo de Eara y Graham le llegó a su mente como un soplo de aire y enseguida recordó todo lo sucedido. Abrió los ojos de golpe, sin embargo, algo tapaba su visión, ya que se encontraba envuelta en lo que parecía ser una manta. La oscuridad la envolvía, sin embargo, sus oídos escuchaban perfectamente y llegó a la conclusión de que se encontraba sobre un carro en movimiento, pues el traqueteo de las ruedas sobre las piedras y el movimiento incesante le indicaron que se dirigían hacia algún lado.

Intentó mover la cabeza, pero al instante cesó en su empeño, pues tuvo la sensación de que se le iba a partir en cualquier momento. El golpe que le había dado Eara había sido demasiado fuerte y casi podía sentir la sangre reseca en el pelo. Las muñecas le escocían debido a la fuerza con la que se las habían atado con cuerdas, por lo que cualquier movimiento para intentar huir era totalmente imposible.

Maldijo su suerte mentalmente, ya que su boca estaba tapada por un trapo cuyo sabor deseó no descubrir, pues le producía arcadas.

El intenso movimiento al que estaba siendo sometido el carro la mareaba. Sin embargo, intentó mantenerse despierta para escuchar con atención lo que sus secuestradores decían. No obstante, el sonido de las ruedas contra las piedras amortiguaba la conversación que mantenían Graham y Eara. Recordó sus rostros, especialmente el del primero, y los escalofríos que le produjo. Llegó a la conclusión de que no pertenecían al clan de Alasdair, tal y como le habían dicho, sino a los Munro.

El mareo se intensificó cuando llegaron a un lugar ligeramente escarpado. El escozor de sus muñecas también fue más fuerte e intentó deshacer los nudos que apretaban las cuerdas, sin embargo, no llegaba a alcanzarlos, por lo que desistió en su intento y esperó a que llegaran a su destino.

Al cabo de pocos minutos, aunque a ella le parecieron horas, el carro se detuvo. Un movimiento cercano a su cabeza le indicó que los ocupantes del carro se bajaron de él. El corazón de Sheena comenzó a latir con fuerza. Una parte de ella deseaba saber qué ocurriría a continuación, sin

embargo, se sentía indefensa sin su daga y maniatada, por lo que sentía miedo y frustración. Deseó con fuerza estar junto a Alasdair de nuevo y verse abrazada a él; poder disfrutar de nuevo de sus caricias y su cuerpo. Sin embargo, lo único que vio fue la cara de Graham cuando apartó de ella la manta.

—Vaya, vaya —exclamó saboreando el momento—. La jefa MacLeod se ha despertado.

Graham subió de un salto al carro y aproximó su rostro rajado al de Sheena.

—Espero que hayas disfrutado del paseo, maldita perra, porque ahora empieza la fiesta.

De un tirón, Graham la levantó sin esfuerzo y tiró de ella hacia la parte de atrás. Sheena intentó apartarse, pero Graham fue más rápido y la empujó fuera del carro. La joven lanzó una exclamación de dolor tras caer desde esa altura. Su rostro se contrajo de dolor, pero su secuestrador no le dio tregua alguna. Enseguida se puso a su altura y la levantó del suelo.

—En ese bosque mataste a uno de mis hermanos, zorra. —Sheena se sorprendió al descubrir que Graham era uno de los hijos del jefe Munro—. A ver si ahora eres tan valiente con mi padre.

Tiró de ella hacia la parte delantera del carro, donde estaba Eara con las mejillas sonrosadas y temblando como una hoja antes de caer del árbol. Sheena dirigió la mirada hacia adelante y descubrió que se encontraba en un asentamiento del clan Munro, pero aún dentro de los dominios de los MacLeod, pues aquella zona tan escarpada se encontraba cerca del castillo Auld.

Sheena intentó olvidar el mareo y el dolor que le martilleaba la cabeza para centrarse en lo que tenía delante. Ante ella se mostraban alrededor de una centena de hombres del clan Munro que la miraban con curiosidad y odio al mismo tiempo. Se apartaron hacia un lado para dejarlos pasar y Sheena miró todo el rato hacia adelante para evitar ver y escuchar las palabras de odio que salían por la boca de sus enemigos.

Con orgullo, levantó la cabeza cuando vio unos metros más adelante y en el centro del grupo al jefe del clan Munro. Este la esperaba con una sonrisa sádica en los labios. Comenzó a frotarse las manos lentamente mientras la miraba de arriba abajo con una ceja levantada.

—¡Qué honor! —exclamó con ironía—. ¡La jefa de los MacLeod ha venido a vernos!

Sus palabras levantaron carcajadas entre los allí presentes. Sin embargo, hicieron que Sheena elevara el mentón más de la cuenta. Si no hubiera tenido la mordaza en la boca, le habría escupido nada más verlo.

Cuando por fin llegaron a su altura, Dave, el jefe Munro, hizo una burlesca reverencia, lo cual avivó las risas de los hombres. Sheena lo miró intensamente de arriba abajo. Había oído hablar de aquel hombre, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo en persona. Su padre siempre le había comentado que era un vil traidor que hacía lo impensable para conseguir lo que deseaba, incluso matar a los más débiles. Sin embargo, ahora que lo veía en persona no pudo evitar un gesto de sorpresa al ver a un hombre más bien bajito y regordete que aparentaba estar a todas horas en una taberna en lugar de llevar la jefatura de un clan. Y muchos menos de tener las agallas y el coraje de luchar en una batalla. Su pelo era moreno y lo llevaba recogido en una coleta despeinada. Los ojos eran, al igual que su hijo Graham, negros como la noche; nariz aguileña y ligeramente torcida hacia la derecha; los labios eran regordetes y tenían todo el rato una especie de baba blanca en la comisura, lo cual provocó casi arcadas en Sheena. La persona que tenía ante sí parecía no haber tocado el agua en años, pues su olor llegaba a los dos metros de distancia que los separaba a ambos y la joven no pudo evitar arrugar la nariz cuando olió el sudor de Dave. Al igual que su hijo, tenía una cicatriz, aunque la suya se encontraba en la frente y parecía más reciente que la de Graham.

—Buen trabajo, hijos —dijo Dave dirigiéndose a Graham y a Eara.

Sheena se sorprendió al instante. ¿Aquella joven asustadiza era hija de ese bastardo? Dirigió la mirada a la joven, que se escondió tras la espalda de Graham y asintió levemente a su padre para después desaparecer casi corriendo entre los hombres de su clan.

Después su mirada regresó a Dave, que la miraba con tanta intensidad que la hizo sentir incómoda, aunque Sheena mantuvo la mirada dura y altiva.

—Graham, hijo, puedes quitarle la mordaza a la joven. No quiero que piense que no somos buenos anfitriones.

El aludido se giró hacia ella y desató los nudos de la tela que le tapaba la boca. Sheena respiró aliviada al poder cerrarla, sin embargo, la abrió enseguida para contestarle con voz enfadada:

—No sois anfitriones de nada. Estas siguen siendo mis tierras.

Sus palabras levantaron carcajadas en los demás, lo cual provocó que su enfado fuera en aumento, pero Sheena se mantuvo impasible e intentó no mostrar ningún tipo de sentimiento.

—De momento —contestó Dave simulando limpiarse las lágrimas que le había provocado la risa.

—Estas tierras han pertenecido siempre a los MacLeod —siguió Sheena—. No tienes ningún derecho para reclamarlas.

—Querida, no las voy a reclamar. Las voy a tomar por la fuerza.

—Hijo de perra —lo insultó.

Sus palabras hicieron que Graham se volviera hacia ella y, sin avisar, le diera un puñetazo en la cara. Sheena perdió el equilibrio y cayó al suelo con un gesto de dolor en el rostro. Cuando sintió la hierba bajo sus rodillas fue consciente de que un hilo de sangre caía por su mejilla y se perdía en el cuello y bajo sus ropajes.

Antes de que pudiera reaccionar, escuchó los pasos apresurados de Dave y sintió que la agarraba del pelo y tiraba de él hacia arriba para levantarle la cabeza.

—Había oído hablar de la valentía de la joven MacLeod, pero nunca que era una inconsciente que no sabía negociar con el enemigo.

—No hay nada que negociar. Estas son mis tierras.

—¡Qué vehemencia! —exclamó con una sonrisa—. Graham, vamos a tener que bajarle los humos a esta joven.

Graham esbozó la misma sonrisa sádica de su padre y se frotó las manos al tiempo que la observaba con claras intenciones.

—Adelante... —dijo Dave apartándose de ellos y dejándola en el centro del círculo junto a Graham.

Sheena sintió un nudo en la garganta. No sabía qué pensaban hacer y se sintió asustada. No obstante, miró con determinación a su enemigo antes de recibir la primera patada en el estómago. Aquello le cortó la respiración e hizo que se doblara sobre sí misma, apoyando la frente en la hierba fresca para intentar que sus pulmones se llenaran de aire. Sin embargo, de su boca no salió ni un solo grito de dolor.

Cuando por fin logró conseguir que el aire pasara hacia sus pulmones, levantó la cabeza y miró directamente a Dave:

—¡Jamás lo conseguiréis!

—Entonces tendremos que insistir —contestó antes de mirar a Graham y asentir.

A continuación, el aludido, sonriendo, y conocedor de la herida de la joven, propinó una patada en

el costado de Sheena, llegando incluso a levantarla ligeramente del suelo. La joven cayó de espaldas lanzando un grito de dolor. Se dobló sobre sí misma, ya que el dolor que sintió fue aún más fuerte que en el momento de clavarse la flecha. El mundo a su alrededor comenzó a dar vueltas y las voces las escuchaba cada vez más lejos, como si fueran apartándose de ella. Sin embargo, se obligó a sí misma a permanecer consciente porque solo así sabía lo que hacían con ella.

Cuando el dolor se calmó, intentó desatar las cuerdas que aún mantenía unidas sus muñecas, pero le fue imposible.

A una señal de Dave, Graham la levantó del suelo y la llevó ante él. La obligó a arrodillarse y la agarró del pelo, tirándoselo después hacia atrás.

Sheena abrió los ojos y clavó su mirada en la de Dave. Irradió todo el odio que sentía por él en ese momento y le dijo:

—Es muy fácil pegar a una mujer maniatada, pero así no muestras tu valentía —escupió—. ¿Por qué no me sueltas las manos y medimos las fuerzas justamente?

Dave la miró fijamente sopesando sus palabras a pesar de las risas que a su alrededor se escuchaban. Sonrió de lado y le dijo:

—Eres una mujer inteligente, pero creo que tu padre no te enseñó a corregir tu insensatez. ¿De verdad crees que vas a poder conmigo, muchacha?

—Vamos a probarlo, ¿no? —lo instigó Sheena—. ¿O acaso el jefe del clan Munro tiene miedo de una mujer?

Dave sonrió de nuevo y fijó su mirada en el escote de la joven.

—De acuerdo. Y después de demostrarte que no eres la guerrera que crees voy a divertirme mientras te dome. —Se agachó y se puso a su altura—. Y después dejaré que te dome el resto de mis hombres. A ver si tu valentía es algo más que palabras...

Un griterío generalizado se extendió a su alrededor. Todos deseaban ver cómo su jefe acababa con la obstinación de la joven MacLeod, pero sobre todo lo querían para disfrutar de los placeres que una fiera así pudiera aportarles en sus camas.

Dave hizo una señal a su hijo para que le quitara la soga de las manos a Sheena. A los pocos segundos, la joven ya se frotaba las muñecas doloridas y ligeramente marcadas por la cuerda. Sheena se levantó del suelo sin quitar la mirada de los movimientos que realizaba Dave a su alrededor. No quería verse sorprendida por algún movimiento en falso y perder en el primer asalto.

La reputación que se había ganado ante los hombres de su propio clan y los alrededores se vería seriamente afectada si perdía esa lucha entre ella y Dave, y no estaba dispuesta a perderla después de todo el trabajo que había tenido que hacer para conseguirla.

Dave le pidió prestada una espada a uno de sus hombres más cercanos y se la dejó tirada en el suelo. La joven se agachó para cogerla y entonces escuchó decir cerca de ella a uno de los Munro:

—Espero que sepas cómo cogerla, preciosa.

Sus palabras provocaron la risa de los allí presentes y Sheena, con el gesto serio, agarró lentamente la empuñadura de la espada y, sin previo aviso, con un ágil movimiento se la clavó en el costado al gracioso del grupo.

—Pues sí —comenzó diciendo entre dientes—, parece que sé cómo usarla.

A su alrededor se hizo el silencio mientras la joven clavaba el tacón de su zapato en el estómago del hombre y sacaba la espada de un empujón. Maldijo su vestido, pues no era una vestimenta apropiada para una lucha tan importante como aquella. Sin embargo, tenía la seguridad de que no era

la primera vez que lo hacía, así que cerró los ojos unos instantes para desear que todo fuera bien.

El cuerpo del insensato cayó al suelo con un sonoro golpe. Algunos de los hombres de su alrededor intentaron ir a por Sheena, sin embargo, Dave les hizo un gesto para que no se metieran, pues era él quien debía atacar ahora.

—Sin duda esos hombres —dijo señalando a los que habían intentado atacarla— van a disfrutar mucho contigo en la cama después de esto.

—¿Empezamos? —preguntó intentando disimular su impaciencia.

A su alrededor todos comenzaron a vitorear a su jefe. Las voces fueron en aumento a medida que ambos dibujaban un círculo para buscar el momento propicio para comenzar la lucha.

—Dime, muchacha, ¿qué color se le quedó a tu padre en el rostro cuando murió?

Sheena se quedó petrificada con la pregunta. Lo primero que vino a su mente fue atacarlo para matarlo, sin embargo, la voz de su propio padre pudo escucharla en su mente una y otra vez repitiéndole lo que siempre le había enseñado para luchar: “Lucha con la cabeza, no con el corazón”. Por lo tanto, poco a poco fue relajando los músculos de su espalda y esbozó una sonrisa que dejó descolocado a Dave.

—Dime, Munro, ¿qué hacías mientras tu mujer que acostaba con uno de tus mejores hombres? Está claro que estos no son hijos tuyos...

Eureka. Le había pagado con la misma moneda y la jugada le había salido a la perfección. Al instante, sus palabras provocaron el silencio más absoluto a su alrededor. Había escuchado rumores de que la mujer de Dave Munro aprovechaba sus ausencias para acostarse con un guerrero del clan. Y al parecer no era la única que lo había oído, pues Dave mudó el rostro antes incluso de que la joven terminara de pronunciar las últimas palabras.

—Hija de perra —dijo antes de atacarla con la espada en alto.

Con la tranquilidad que le proporcionaba saber que una persona enfadada no ataca con cabeza, Sheena frenó la estocada y se apartó con rapidez. Maldecía su vestido una y otra vez, pues se le enredaba en las piernas y le impedía moverse más deprisa de lo que realmente desearía.

Al instante, Dave atacó de nuevo. Sheena volvió a detenerlo otra vez. Sin embargo, aquel movimiento provocó en su costado un dolor incontenible que le hizo perder segundos valiosos para seguir luchando. Se llevó la mano al mismo y apretó con fuerza, no podía permitirse desfallecer en ese momento, ya que era crucial para demostrarle a ese clan y a cualquier otro que podía luchar como un hombre y defender su clan con valentía y presteza.

De reojo, vio que Eara aparecía de nuevo entre los guerreros Munro. Intentó no mirarla, ya que esa joven le inspiraba sentimientos encontrados. Por una parte, la odiaba por haberla engañado y herido en la cabeza, sin embargo, tenía la certeza de que la joven temía la ira de su padre y por ese motivo había actuado así.

Sin entender por qué, vio que Dave se detenía. Sheena lo miró sin entender y esperó cualquier movimiento por su parte. En el rostro de su enemigo se dibujó una sonrisa de lado que le heló el corazón.

—Muchacha, ¿eres capaz de reconocer el colgante que pende del cuello de mi hija?

Sheena frunció el ceño. Por un momento pensó que se trataba de una estratagema para distraerla, sin embargo, dirigió la mirada hacia donde le indicaba el jefe Munro y no pudo evitar una exclamación de sorpresa. ¡Era una de las joyas que su padre tanto había protegido!

Sheena apretó los puños con fuerza al tiempo que miraba con ira a Dave. No podía creer que

hubiera sido tan tonta. Su corazón comenzó a llorar por haber señalado a Alasdair durante tanto tiempo como el culpable del robo de esa y otras tantas joyas de su padre. Había perdido cuatro años de su vida envuelta en odio por una traición que realmente no había existido. Había odiado a la persona equivocada y el momento en el que grabó la inicial de su nombre en el pecho de Alasdair llegó a su mente.

Sin poder evitarlo, las lágrimas salieron de su rostro y corrieron por sus mejillas con rapidez, perdiéndose en los pliegues de su vestido. Lentamente, bajó la espada. Se sentía derrotada en ese momento, pues había hecho mucho daño a la persona que más había amado en su vida y, aunque se habían perdonado la noche anterior, los años robados no iban a volver para ellos, pues estaban perdidos para siempre por culpa de la persona que tenía delante.

—¡Qué ingenua! —se rio Dave—. ¿De verdad creías en la seguridad que te ofrecía la odiosa charca en la que te veías con tu querido Mackay? ¿Tan ingenua eras al pensar que estabais solos?

Los guerreros Munro se rieron con su jefe.

—Mi hijo Graham hizo un gran trabajo para mí al conseguir la información que tanto deseaba.

—Eres un hijo de puta —contestó Sheena con la mandíbula apretada.

Dave sonrió.

—¡Qué boca más deslenguada para ser una mujer, muchacha! —Chasqueó la lengua—. Me temo que vamos a tener que educarla de la misma forma que a las mujeres de nuestro clan.

Sheena vio que Eara cambiaba el gesto al instante y desaparecía entre los hombres del clan. Sin verlo venir, Graham, por la espalda, la atacó con algo que no supo descubrir qué era, pero que parecía ser una vara de madera. La joven cayó al suelo dolorida, pero sin lanzar ninguna exclamación.

—Claro, se me olvidaba que vosotros no tenéis las agallas suficientes como para atacar de frente —dijo la joven.

Contrajo el rostro antes de volver a levantarlo reflejando en él toda la rabia que sentía en ese momento. La persona que tenía enfrente era el causante de gran parte de sus males, y se juró en ese instante devolverle todo el daño que le habían causado a ella.

Graham le dedicó una sonrisa sádica antes de asestarle un puñetazo en la cara y sumirla en la inconsciencia.

CAPÍTULO 12

Alasdair cabalgaba como si no hubiera un mañana. Llevaba varios metros de ventaja al resto de sus hombres, que lo seguían espoleando a sus caballos con la misma intensidad que el joven. Sentía que a cada metro que avanzaba, Sheena estaba más y más lejos de su alcance, que no podría salvarla jamás de las garras de los Munro y que perderían una batalla que nunca quiso comenzar.

Por eso, cuando por fin llegaron a la zona que le habían indicado, saltó del caballo para avisar al resto de los hombres de lo que había ocurrido en el castillo durante su ausencia.

—Se han llevado a Sheena —comunicó casi sin aliento.

—Pero ¿cómo?

—Se han hecho pasar por sirvientes y la han atacado. —El joven sacó del cinto la daga perteneciente a Sheena y se la mostró.

—Sí, es la suya —confirmó Duncan—. Debemos atacar antes de que sea demasiado tarde.

—Han hecho lo imposible por ganar terreno. No quiero imaginar lo que puedan hacerle a Sheena.

—Tranquilo, jefe —dijo Duncan—. Esos Munro aún no conocen la fuerza de los MacLeod.

—Pues espero que Sheena muestre toda la que tiene —susurró Alasdair antes de montar de nuevo al caballo y lanzarse a cabalgar hacia el asentamiento de los Munro.

Sheena despertó lentamente. A su mente vinieron las imágenes de los últimos acontecimientos en el asentamiento de los Munro por lo que abrió los ojos de golpe. Se encontraba tirada en el suelo de lo que parecía ser una tienda de campaña con los colores del clan enemigo. A un metro de ella había unos suaves almohadones sobre los que supuso dormiría el jefe del clan y una simple mesa y una silla carcomida por el paso de los años era la única decoración de la tienda.

La joven intentó moverse, pero un intenso dolor de cabeza la frenó en seco. Se miró las manos y descubrió que estaba maniatada, aunque al menos habían tenido la decencia de hacerlo por delante. Intentó sonreír al darse cuenta del error que habían cometido con esa acción, pues a pesar de tener las manos atadas, tenía cierta libertad de movimientos, sin embargo, un intenso escozor en el labio inferior le hizo desistir. Se llevó las manos al rostro y comprobó que tenía sangre casi reseca en el mentón y parte de su corpiño estaba manchado de esa misma sangre.

Sheena se incorporó en el suelo y echó un vistazo a su alrededor para intentar encontrar algún arma que estuviera escondida en algún recodo de la tienda, sin embargo, no había absolutamente nada. Se levantó e intentó ir hacia la entrada, pero las sombras de dos de los hombres de Munro le impidieron seguir adelante. Maldijo su suerte y a su enemigo. Le enfurecía no saber qué había preparado su enemigo para ella, y estar allí maniatada y secuestrada no era una opción que alguna vez se hubiera fijado en la cabeza.

Pensó con rapidez qué podía hacer para salir de allí y evitar ser descubierta por alguien. Sin embargo, estaba segura de que esa tienda se encontraba en el centro del asentamiento, por lo que era imposible salir indemne de allí. Deseó con todas sus fuerzas que Alasdair supiera de su rapto y fuera a salvarla junto con los hombres del clan. No obstante, esa mañana no había logrado adivinar hacia dónde se habían dirigido todos los guerreros, por lo que tal vez podrían estar en el lado contrario de donde ellos se encontraban.

Respiró hondo para calmar los nervios que estaban comenzando a aflorar en su corazón. Su padre nunca la había preparado para algo así. Le había enseñado las cuentas del clan, a luchar, a intentar sobrevivir en una batalla, pero jamás le dio indicaciones sobre lo que hacer si algún día era

secuestrada.

“*Eres fuerte e inteligente, sabes qué hacer*”. Ahí estaba de nuevo la voz de su padre. Se emocionó al pensar que la estaba ayudando desde algún lugar invisible que ella no era capaz de ver. No obstante, no supo qué quería decirle. Intentó imaginar lo que su padre le diría a continuación, sin embargo, el sonido de unas pisadas a su espalda la distrajo.

La voz de Graham se filtró entre la tela de la tienda. Parecía estar hablando con los guardianes de la misma y, al instante, la tela de la puerta se levantó para darle paso.

El futuro jefe de los Munro sonrió al verla de pie.

—Vaya, ¿me estabas esperando?

—Mi marido os matará si me tocáis un solo pelo.

—¿La valiente jefa de los MacLeod ahora necesita la ayuda de su marido?

Sheena no contestó. Tan solo mantuvo la mirada altiva y fija en los movimientos de Graham. El joven comenzó a quitarse el cinto con lentitud, observando las facciones de Sheena con detenimiento para después pasear la mirada por el escote de la joven. Esta tragó saliva e inconscientemente dio un paso hacia atrás.

Odiaba sentir esa inseguridad en sí misma al encontrarse en esa situación y con las manos atadas sin tener la oportunidad de defenderse tal y como deseaba. Disimuladamente, tiró de las cuerdas para ver si flojeaban, pero no obtuvo el resultado deseado.

—Mi padre me ha hecho una petición que no he podido rechazar —comenzó diciendo Graham—. Quiere que dome a la fiera antes de arrebatarme sus tierras.

—Te sacaré los ojos si lo intentas —fue la respuesta de Sheena.

Graham sonrió de lado y la joven descubrió que cada vez que lo hacía su cicatriz provocaba que su rostro se contrajera en una fea mueca tan desagradable que Sheena apartó el rostro, asqueada. Ese gesto no pasó desapercibido para Graham, que se enfureció al comprobar que todas las mujeres reaccionaban de la misma forma ante su cicatriz. Por eso, dejó caer el cinto al suelo con gran estruendo. No estaba dispuesto a que otra mujer lo tratara igual sin llevar su merecido.

Después, comenzó a desabrochar su kilt, lo que provocó que Sheena deseara salir corriendo de la tienda sin mirar atrás. La joven comenzó a respirar al mismo ritmo que su acelerado corazón. Se sentía preparada para cualquier batalla en cualquier lugar, pero no para una invasión así. En esos momentos, se veía a sí misma como una niña que necesitaba la ayuda de su padre para salir adelante. Sin embargo, al pensar en Alasdair se vio fortalecida en ánimo y se dejó envolver por el recuerdo del hombre al que amaba.

—No te imaginas lo que voy a disfrutar domándote, maldita perra —dijo Graham relamiéndose los labios.

—Y tú no te imaginas lo que voy a disfrutar cuando tu cuerpo muerto caiga sobre la hierba.

De una zancada, Graham acortó la distancia y la abofeteó con fuerza. Sheena estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró recuperarlo antes de caer al suelo. La joven le devolvió el golpe asestándole una patada en la entrepierna, que hizo que Graham se doblara sobre sí mismo debido al dolor. En ese momento, Sheena aprovechó su confusión para intentar escapar por la puerta de la tienda. Poco le importaba lo que la esperase fuera de ella, pues no sería mejor que lo que podía vivir dentro de ella.

Sin embargo, al cruzar delante de Graham, este se levantó con rapidez y la agarró con fuerza. Pasó un brazo por la cintura de la joven y el otro se deslizó por sus hombros para sujetarla del cuello. Tiró

con fuerza de ella y la espalda de Sheena chocó con el pecho de Graham.

—¿A dónde crees que vas, zorrita? No voy a dejar pasar la oportunidad de probar el cuerpo de una MacLeod. A ver si es verdad que eres tan fiera como pareces...

Sheena intentó soltarse, pero sus intentos fueron en vano. Solo consiguió que Graham apretara el cuerpo de la joven contra el suyo con más fuerza de la ya empleada.

—¿Crees que esta es la primera vez que he podido conseguir tu cuerpo? —Sheena frunció el ceño con extrañeza—. Hace años podía haberte violado si no hubiera sido por ese maldito Mackay. ¿Crees que no te seguía por el bosque? ¿Jamás sentiste mi mirada sobre tu precioso cuerpo mientras esperabas ansiosa la llegada de tu amiguito? Un día estuve a punto de salir de mi escondite, pues estabas realmente hermosa. Te ponías muy guapa para él, ¿verdad? A ver si ahora me follas de la misma manera que seguramente se lo haces a él.

Graham empujó a Sheena contra los almohadones. La joven cayó sobre su dolorido costado y no pudo reaccionar a tiempo para apartarse cuando su secuestrador se tiró sobre ella. La joven se resistió con todas sus fuerzas, pero el destino y la suerte estaban de su parte y justo en el momento en el que Graham estaba a punto de desgarrarle el vestido uno de los hombres Munro apareció tras la puerta.

—Señor, lamento interrumpirlo, pero su padre lo quiere ya en los alrededores del campamento.

—¿Se puede saber para qué? —vociferó él contrariado.

—Los MacLeod nos han encontrado. Van a atacar si no les entregamos cuanto antes a... su jefa.

Graham miró con odio contenido a Sheena y se levantó para vestirse.

—Malditos sean.

Sheena suspiró aliviada cuando dejó de sentir sobre su cuerpo el peso de Graham. Se sentía asqueada allí donde las sucias manos de su enemigo habían tocado su carne. Sin embargo, una sensación de infinito amor y victoria se adueñaron de su ser. Alasdair estaba más cerca de lo que había pensado hacía solo unos minutos, y estaba segura de que faltaban pocos minutos para volver a estar junto a él y abrazarlo para no separarse del joven jamás.

—Señor, su padre quiere que la lleve... —dijo señalando con la cabeza a Sheena.

Graham terminó de vestirse y después se volvió hacia Sheena.

—No creas que esto se acaba aquí, zorra. Ya calentarás mi cama cuando vencamos a tus queridos guerreros.

—No creo que vivas para contarlo...

Graham frunció el ceño. Rezumaba odio por todos los poros de su piel. Dirigió la mirada hacia el hombre que esperaba en la entrada de la tienda y vio que de su cinto colgaba una cuerda gruesa. Extendió la mano y le dijo:

—Dame esa cuerda. A los caballos hay que atarlos para domarlos.

Sheena no entendió a lo que se refería, pues las manos ya estaban atadas. Sin embargo, vio cómo Graham de un extremo de la cuerda hacía un nudo con la forma de su cuello. La joven se levantó de golpe dispuesta a no dejar que le pusieran esa cuerda alrededor del cuello y cuando vio que Graham se dirigía a ella intentó darle una patada, que el joven logró esquivar.

—Sujétala —le ordenó al hombre que esperaba—. Tu querido marido debe ver cómo tratamos a las zorras como tú.

Con rapidez, Graham pasó la cuerda alrededor del cuello de Sheena y agarró el otro extremo de la misma. Finalmente, se dirigió hacia la puerta y tiró de la cuerda para que Sheena fuera tras él.

Caminaba con rapidez, a sabiendas del dolorido cuerpo de la joven y que no podría seguir sus pasos. Sin embargo, Sheena reunió todas las fuerzas de las que disponía y caminaba casi tan deprisa como Graham.

—Ya era hora, hijo —exclamó Dave enfadado—. ¿Se puede saber por qué demonios has tardado tanto?

—Lo siento, padre. Solo quería preparar a nuestra... invitada.

—Mi marido os arrancará las entrañas —intervino Sheena.

Dave sonrió de lado y se acercó a ella. Agarró su rostro y lo acercó al suyo hasta estar a un solo palmo.

—¿Crees que un sucio Mackay podrá con un Munro? Estás muy equivocada, querida.

Después acertó esa poca distancia y la besó en los labios. La joven sintió un asco terrible al instante. Su boca era ruda y pastosa, además de que su aliento tenía un olor indescriptible que le provocaba náuseas. Con decisión, y a sabiendas de que tomarían represalias, Sheena pisoteó con fuerza el pie de Dave, que se apartó de ella como si lo quemara.

—Maldita MacLeod. Vamos a ver a tu maridito.

Dave le quitó la cuerda a Graham de las manos y tiró con fuerza. En ese momento, el hilo de la soga se apretó aún más alrededor de su cuello, impidiéndole respirar con normalidad. Por ello, llevó sus manos a la cuerda e intentó frenar la angustia que sentía.

Alasdair esperaba con impaciencia la aparición del jefe de los Munro. Estaba tan preocupado por Sheena que habría roto la formación de su grupo para cabalgar hacia el centro del campamento del enemigo para intentar encontrar a su esposa. Los minutos corrían y los Munro hacían caso omiso a su llamamiento. Por un lado, sabía que los hombres de su clan estaban deseosos de entrar a luchar. Sin embargo, por otro, no debían mostrar esa impaciencia, pues tenían algo con lo que negociar con los enemigos.

Alasdair miró hacia atrás y sonrió al ver su moneda de cambio. No le gustaba ser así con las personas, su padre jamás lo había educado en esa forma de llevar las cosas, sin embargo, se había dejado convencer por Duncan, ya que el nerviosismo, la impaciencia y preocupación que sentía por Sheena eran tal que poco le importaban los métodos para conseguir que liberaran a su esposa.

De nuevo volvió la vista hacia el frente. Comenzó a verse cómo del centro del campamento se iba abriendo paso una comitiva. Desde su posición no lograba verlos, pero poco a poco, a medida que los Munro hacían un camino para ellos, vio que se trataba del que parecía ser el jefe de ese clan seguido de alguien.

—Hijo de mala madre —dijo para sí Alasdair al reconocer a la persona que iba detrás de Dave.

El joven no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Sheena era casi arrastrada por todo el campamento con una cuerda atada al cuello como si fuera un caballo. Vio también que las manos de la joven estaban atadas al frente e intentaba por todos los medios suavizar la presión que ejercía la cuerda en su cuello. Sin embargo, eso no era lo peor. Descubrió que su rostro estaba marcado con varias heridas de las que aún tenía sangre seca en toda la cara, además de varios moratones.

—Van a desear no haber nacido —dijo Duncan al ver lo mismo que Alasdair.

El joven asintió al tiempo que apretaba los puños alrededor de las riendas del caballo. Deseó coger también una cuerda y enredarla alrededor del cuello de Dave y apretar hasta que no quedara signo alguno de vida en él. Sin embargo, se obligó a mantener la calma, no por él, sino por el bien de su propia mujer, que al estar en sus manos podía sufrir más de lo que ya había soportado.

Alasdair y Duncan bajaron de los caballos y cedieron las riendas al hombre que tenían al lado. Se aproximaron hacia la línea invisible que habían marcado ambos clanes para negociar y esperaron a que Dave llegara hasta ellos. Este se quedó a unos tres metros de ellos y con una sonrisa sádica en los labios tiró de la cuerda con la que llevaba a Sheena para colocarla delante de él como escudo. Pasó su brazo derecho alrededor de los hombros de la joven y portaba una daga en la mano, cuya punta fue a parar al cuello de la joven.

—¡Qué honor! —comenzó diciendo—. ¡Los mejores hombres del clan MacLeod han venido a visitarnos! No hacía falta. Me conformaba con la visita de su jefa...

Sheena se sentía exhausta. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a caer al suelo presa del cansancio que pendía sobre sus hombros. Sin embargo, al ver de nuevo el rostro de Alasdair a solo unos metros de ella se intentó infundir energía a sí misma para soportar lo que viniera a continuación antes de que todo acabara.

Sheena vio que Alasdair no era capaz de quitarle los ojos de encima. Descubrió en ellos una preocupación que le hirió el alma. Deseó gritarle que se encontraba bien y que no sufriera, pero sabía que no podía mentirle tan descaradamente, pues estaba segura de que su aspecto no era precisamente el mejor.

Alasdair frunció el ceño y apretó los puños alrededor de la empuñadura de su espada. Miró fijamente a Sheena y le intentó infundir ánimos antes de dirigir la mirada hacia Dave, que esperaba tranquilamente para hablar.

—Estas no son vuestras tierras, Munro —comenzó Alasdair.

—Tampoco las tuyas, asqueroso Mackay —fue la respuesta de Dave.

Alasdair dio un paso hacia él con la clara intención de atacarlo, sin embargo, el brazo de Duncan se interpuso.

—Calma, jefe —le susurró entre dientes—. Quiere alterarnos.

Dave sonrió al ver el rostro de su contrincante y para perturbarlo algo más hizo un pequeño corte en el cuello de Sheena, que dio un respingo al tiempo que lanzaba una exclamación de dolor.

—¿Por qué no la sueltas y tratas con alguien de tu tamaño? —preguntó Alasdair—. ¿O es que necesitas esconderte detrás de una mujer para que no te hagan daño? ¿Tan cobarde eres que no la sueltas?

Dave amplió su sonrisa.

—Esta zorrita me servirá para reclamar lo que quiero.

—No tienes derecho a reclamar nada —siguió Alasdair—. Lo mejor que podéis hacer tú y tus hombres es marcharos de estas tierras.

Dave chaspeó la lengua y negó lentamente.

—¿Quieres que esta zorrita te vuelva a calentar la cama, Mackay? Entonces dadme la mitad de vuestras tierras.

Un murmullo de sorpresa se extendió entre los guerreros MacLeod. Sheena apretó los dientes con fuerza y después abrió la boca para decirle:

—Primero tendrás que matarme, malnacido.

Dave la miró sonriendo y después, mirando a Alasdair fijamente, le giró la cara para besarla en los labios. Sheena se resistió e intentó patearlo, pero los pliegues de su vestido se lo impidieron.

—¡Suéltala! —vociferó Alasdair.

Duncan necesitó de la ayuda de un par de hombres más para sujetar al joven, que ya había

desenvainado la espada para atacarlo. Al verlo, los Munro también hicieron lo mismo, esperando a que el joven Mackay fuera el primero en comenzar la batalla.

—¡Mackay! —comenzó Dave—. ¿Sabes que tu zorrita ha estado a punto de calentarle la cama a mi hijo? Los habéis interrumpido.

Dave señaló a Graham, que lo miraba con una sonrisa en el rostro y relamiéndose los labios.

—Sí —secundó a su padre—, pero no te preocupes, Mackay. En cuanto acabe contigo seguiré amaestrando a tu querida zorra. ¿Has visto las marcas de su cara? Así las domo.

—Hijo de perra —dijo Alasdair antes de dirigirse a los hombres que guardaban su sorpresa—. ¡Traedla!

Alasdair esperó impaciente a que aparecieran los hombres. Segundos después, la sonrisa se borró de los rostros de Dave y Graham al ver aparecer a Eara entre los brazos de los MacLeod.

—Repito que no estás en condiciones de reclamar nada. —Alasdair agarró con fuerza a Eara del brazo—. Creo que esta es tu hija, ¿no?

—Pero ¿cómo...?

—¿Cómo la hemos atrapado? —preguntó Alasdair—. Deberías medir la seguridad de tu clan.

—Suelta a mi hija —exigió Dave con voz grave—. Ella no tiene nada que ver en esto.

—Sheena tampoco tiene nada que ver en tu locura. De hecho, ninguno de nosotros deberíamos estar aquí. Estas son las tierras de los MacLeod. Siempre han sido tuyas, y así seguirá siendo mientras mi esposa y yo estemos al mando de este clan.

—Entonces ambos tendréis que desaparecer.

Como si todo fuera lentamente ante sus ojos, Alasdair vio cómo Dave empujaba a Sheena contra el suelo y sacaba su espada del cinto para dirigirla al corazón de la joven. Con rapidez, y con el corazón latiendo con fuerza por la preocupación, Alasdair sacó su daga del cinto y la lanzó directamente al pecho de Dave.

El sonido que hizo la daga al clavarse provocó que todo a su alrededor se sumiera en el completo silencio. Dave bajó la espada al instante y se miró el pecho con sorpresa. Se tambaleó ligeramente antes de caer de rodillas sobre la hierba al tiempo que una bocanada de sangre salía por su boca.

Sheena se levantó de un salto y corrió hacia Alasdair cuando el cuerpo muerto de Dave cayó a su lado. Su marido la recibió con los brazos abiertos y un suspiro de alivio. El tiempo parecía haberse quedado parado a su alrededor. Los Munro no eran capaces de reaccionar a lo que acababa de ocurrir y Graham miró el cuerpo de su padre con espanto antes de precipitarse sobre él.

—¡Hijos de perra! —vociferó—. Vais a pagar por esto.

El joven se levantó con decisión del suelo y agarró la espada de su padre para dirigirse directamente hacia Sheena y Alasdair, sin embargo, Duncan se colocó delante de ellos con su espada en la mano y no necesitó mucho tiempo para acabar con la vida del joven, que, al igual que su padre, acabó muerto sobre la hierba.

Sheena suspiró con alivio. Por fin se encontraba entre los fuertes brazos de su marido. Habían sucedido tantas cosas en las últimas horas que por un momento pensó que no volvería a verlo jamás. Alasdair la retiró unos centímetros para quitarle las cuerdas que ataban sus muñecas y maldijo para sí cuando vio las marcas que las mismas habían dejado sobre su delicada piel. Alasdair, al instante, llevó las muñecas de la joven a sus labios y las besó, deseando que ese gesto aliviara y curara el escozor que sentía su esposa.

—Gracias, Alasdair —dijo Sheena con lágrimas en los ojos.

El joven asintió en silencio y la atrajo para sí.

—Dios, por un momento pensé que no volvería a verte. ¿Estás bien?

—Sí, las heridas curarán. Soy más fuerte que ellas.

Alasdair volvió a sonreír y la abrazó con fuerza. Después miró a su alrededor y volvió a la realidad. No podía dejar todo en manos de Duncan, aunque comprobó que el guerrero sabía lo que hacía.

—¿Alguien más quiere seguirlos hasta el infierno? —vociferó Duncan.

Los Munro retrocedieron unos pasos.

—Si queréis luchar, aquí nos tenéis —gritó Alasdair—. Pero si deseáis vivir, podéis marcharos con libertad. Espero que lo sucedido hoy aquí acabe con la enemistad de ambos clanes.

La mano derecha de Dave se adelantó unos pasos, lo cual provocó que los MacLeod sacaran las espadas. El hombre levantó sus desnudas manos y se dirigió directamente a Alasdair.

—Muchacho, has demostrado tu valía y misericordia hacia nosotros en este día. Sin lugar a dudas, tienes nuestro beneplácito y unión hacia vuestro clan a partir de este día.

Después miró a los ojos de Sheena.

—Sois tan hermosa como vuestra madre, señora. —Se llevó las manos hacia el sporran y sacó un saquito pequeño—. Estas son parte de las joyas que Dave robó a vuestro padre. Lamento que no haya más. Mi señor vendió el resto.

Sheena alargó una mano para aceptarlas y esbozó una sonrisa.

—Gracias. Mi padre estaría muy feliz por la recuperación de uno de sus bienes más preciados.

El Munro sonrió y asintió.

—Vuestro padre siempre fue generoso conmigo, pero yo le debía lealtad a mi clan. Ahora ambos clanes son amigos, y espero que siga siendo así para siempre.

Sheena asintió al mismo tiempo que Alasdair y vieron cómo los Munro se retiraban de allí para recoger todas sus pertenencias y volver a sus tierras. Eara se mantuvo quieta en el sitio mirando los cuerpos. En su rostro podía verse reflejada cierta sensación de alivio, pues su padre se había encargado de que su vida fuera un completo infierno. La había obligado a hacer cosas que jamás imaginaría nadie y ahora que él y su hermano estaban muertos se sentía agradecida.

—No temas, muchacha —dijo Alasdair—. Puedes marchar con los de tu clan.

—Prefiero quedarme en el vuestro. No os molestaré. Y os juro que no volveré a traicionaros. Mi padre me obligó.

Alasdair miró a Sheena y esta asintió con decisión. La joven le transmitía tanta pena que no podía negarse a una petición así. Eara sonrió y suspiró aliviada. Por fin se sentía libre. Ahora que las personas que la ahogaban estaban muertas, podría vivir en paz.

Cuando todos se replegaron, los MacLeod hicieron lo mismo a una orden de Alasdair. Todos montaron sus caballos y Alasdair pidió a uno de los más jóvenes del grupo que llevara en su caballo a Eara, lo cual provocó que el chico se sonrojara nada más tocar la mano de la joven para montarla en la grupa del caballo.

—¡Qué malo eres!

—¿Yo? —se hizo el despistado—. No sé de qué me hablas...

—Claro, claro...

Sheena sonrió ampliamente. Y se abrazó de nuevo a su marido. El fantasma del pasado había desaparecido y volvían a ser entre ellos como hacía años. La joven no quería pensar en el día en el

que se habían separado para siempre. Y aunque ese dolor estaría siempre ahí, al menos habían conseguido superar su ruptura y volver a ser como eran.

Alasdair la ayudó a montar en el caballo. El dolor de su cuerpo era tal que a pesar de que intentaba mostrarse fuerte y decidida, caminaba cada vez más doblada sobre sí misma. Después, Alasdair montó tras ella y la apretó fuertemente contra su pecho. Quería infundirle todo el amor que sentía por ella y que durante toda su vida había estado ahí. La besó en la nuca y después hundió el rostro en el cuello de la joven:

—Mi guerrera... —suspiró contra ella—. No voy a volver a separarme de ti.

—¿Eso quiere decir que podré ir contigo a luchar la próxima vez?

Alasdair se lo pensó un momento mientras instigaba al caballo para que siguiera al resto del grupo.

—No. Eso quiere decir que yo me quedaré contigo en el castillo y te mantendré entretenida.

Sheena sintió un escalofrío de placer.

—¿Ah, sí? —Ahogó un grito cuando la mano de Alasdair bajó hasta su vientre—. ¿Y qué harás?

—Te ataré a la cama para que no escapes —susurró contra su oído poniéndole el vello de punta—. Te quitaré el vestido lentamente... Y besaré todos los recodos de tu piel.

—Me gusta ese entretenimiento —dijo la joven con la voz entrecortada.

—Y después te haré el amor una y otra vez hasta que caigas rendida sobre las sábanas —siguió el joven antes de morderle con suavidad en el cuello—. Te aseguro que no pensarás ir a ninguna otra batalla.

—No, ese plan es mucho mejor. —Sheena se volvió hacia Alasdair—. ¿Y cuándo dices que lo llevarás a cabo?

El joven sonrió y su mano se dirigió hacia la entrepierna de la joven con disimulo. Sheena ahogó una exclamación de placer y miró hacia sus hombres para ver si alguno los estaba mirando.

—En cuanto lleguemos a casa...

EPÍLOGO

Después de toda una noche en la que Alasdair le mostró lo que iba a hacer con ella cada vez que quisiera retenerla en el castillo, Sheena se despertó casi a mediodía. Con las primeras luces del alba, Alasdair por fin la dejó descansar y cayó rendida entre sus fuertes brazos a los pocos segundos.

La joven se movió ligeramente entre las sábanas y lanzó un quejido de dolor. Le dolían todos los huesos del cuerpo después de tantas emociones en tan poco tiempo. Sin embargo, sentía que todo había acabado y tenía un final feliz para ambos. No podía creer aún que había logrado solucionar el enigma de las joyas de su familia después de tanto tiempo, puesto que su propio padre las había dado por perdidas tiempo atrás.

Sonrió tontamente con los ojos aún cerrados y se giró entre las sábanas para abrazar a Alasdair. Sin embargo, la recibió el frío que había quedado después de que su marido abandonara el lecho.

—¿Otra vez? —se quejó enfadada abriendo los ojos de golpe.

—¿Otra vez qué?

Escuchó un carraspeo al otro lado del dormitorio y dirigió la mirada hacia allí. Alasdair la miraba con una copa de whisky entre las manos. Disfrutaba del calor que desprendía la chimenea al tiempo que la observaba con detenimiento.

Sheena se incorporó entre las sábanas y se sonrojó al tiempo que pensaba una respuesta diferente a la verdadera. No obstante, la joven no encontró respuesta alguna y finalmente, tras un suspiro, dijo:

—Pensaba que te habías ido sin despedirte.

Alasdair sonrió y movió la copa de whisky antes de apurarla y dejarla en la mesita justo al lado del sofá. Después se levantó y se dirigió hacia la cama sin dejar de observarla.

—Ya te dije que no iba a volver a marcharme —contestó mientras se sentaba en la cama y la acariciaba—. Me desperté temprano y bajé a las cocinas a por algo para desayunar.

Alasdair le señaló una bandeja repleta de comida que reposaba, aún humeante, a los pies de la cama.

—Al regresar seguías durmiendo, y no quise despertarte.

—¿Y has estado ahí hasta ahora?

—Sí, me gusta mirarte mientras duermes. Te ves preciosa.

Alasdair le acarició el brazo con ternura y después acortó la distancia entre ambos para besarla con suavidad.

—No sé qué me has hecho, Sheena, pero no puedo dejar de besarte —Le apartó las sábanas del cuerpo—, de mirarte, de tocarte...

Alasdair se quitó el kilt y cubrió el cuerpo de Sheena con el suyo.

—Me vuelves loco, mujer.

Lentamente, sin prisa alguna, Alasdair volvió a hacerle el amor hasta pasado el mediodía. Y antes de la cena volvió a mostrarle cuánto la amaba hasta que ambos cayeron rendidos y sin fuerzas para bajar a la cocina a tomar algo de comida.

Un año después, el día amaneció lluvioso. Una cortina de agua fina caía sobre el castillo Auld cuando Sheena se dio cuenta de que su marido la había dejado sola en la cama después de amanecer con ella todos los días desde que le hizo la promesa.

El corazón de Sheena comenzó a latir con fiereza al ver que se encontraba sola. Pensó que algo terrible debía de haber ocurrido para que Alasdair incumpliera su promesa. La joven se levantó y

vistió todo lo rápido que su cuerpo le permitía y bajó las escaleras deprisa buscando a su marido.

Al llegar al piso de abajo se dio cuenta de que nada había cambiado, que no había guerreros del clan pululando entre las paredes del castillo y que todos los sirvientes recorrían las estancias con el gesto relajado. Por un momento, la joven se calmó, sin embargo, ¿dónde se había metido su marido?

—Señora —La voz de Eara se abrió paso entre sus pensamientos—, si busca a su marido está en el acantilado.

Sheena asintió torpemente y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Al instante, la joven se dirigió hacia allí con pasos presurosos. La lluvia mojaba su rostro, impregnando su ropa de la humedad del ambiente. Sin embargo, a Sheena no le importó. Siempre había disfrutado de la lluvia cayendo sobre su cuerpo y refrescándolo. El agua le daba una sensación de libertad que le era imposible describir.

En la distancia vio a Alasdair a solo unos metros del abismo mirando detenidamente hacia el mar. Cuando estuvo a solo unos metros de él, descubrió que en su rostro podía verse la preocupación que lo atenazaba y se preguntó qué demonios eran esos pensamientos que lo habían sacado de la cama a horas tan tempranas.

—Alasdair —susurró Sheena aproximándose lentamente a él para no asustarlo.

El joven se volvió hacia ella con el pelo empapado por la lluvia y le dedicó la mayor de sus sonrisas. Después le tendió una mano para que la joven acertara la distancia que los separaba. Sheena aceptó encantada su mano y se dejó abrazar por la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó Sheena después de unos minutos de completo silencio entre ellos—. Se te ve preocupado.

—Lo estoy.

El joven escondió el rostro en el hueco que le proporcionaba el cuello de su esposa y le acarició la piel con la punta de la nariz.

—¿Qué ocurre?

—Tengo miedo de perderte, Sheena —dijo con la voz casi anñada acariciándole con ternura el vientre abultado de su esposa—. Tu madre murió en el parto y la hermana de la mía también. No quiero que te ocurra lo mismo.

Sheena sonrió y se giró para mirarlo. Con cariño le acarició la cara y después lo besó.

—Yo también tengo miedo, Alasdair, no te lo voy a negar. Pero estoy segura de que todo va a salir bien.

—Eres la mujer más valiente que he conocido —le dijo, besándola después—. No puedo creer que vayamos a tener un pequeño guerrero.

—Tal vez sea una guerrera...

Alasdair negó en rotundo.

—Con una guerrera tengo más que suficiente —dijo ganándose un manotazo de su esposa.

Alasdair sonrió.

—La verdad es que no me importa lo que sea. Solo deseo que estéis bien. No puedo creer en la inmensa suerte que tengo.

Sheena se volvió de nuevo hacia el mar y se apoyó en el pecho de Alasdair.

—Te he amado desde que te conozco, pero siempre pensé que no tendría la oportunidad de que me dejaras amarte como quería. Gracias por hacerme el hombre más feliz.

Sheena sonrió y le acarició la mano que reposaba sobre su abultado vientre. En ese instante, su

bebé dio una patada. Él también quería ser partícipe del amor de sus padres y les sacó una sonrisa a ambos cuando sintieron el movimiento.

—Gracias a ti, Alasdair, por permitirme tener la libertad que siempre he deseado.

Alasdair se encogió de hombros.

—Me enamoré de esa libertad y de tu forma de ser. No serías entonces la guerrera que amo.

Sheena sonrió y se dejó abrazar por él. La lluvia caía cada vez con más fuerza, pero no le importó a ninguno. Solo deseaban estar juntos y disfrutar de la compañía del otro. Durante ese año habían podido rellenar el hueco que los cuatro años de enemistad habían dejado en sus corazones. Y en poco tiempo, el amor que habían forjado durante tanto tiempo daría un fruto que uniría, aún más si cabe, sus almas para toda la eternidad.

